



Friedrich Schiller

# **La conjuración de Fiesco**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Friedrich Schiller**

# **La conjuración de Fiesco**

## PERSONAS

ANDRÉS DORIA, dux de Génova, venerable anciano de 80 años; conserva algo de su fogosidad primera y el rasgo principal de su carácter es la gravedad; imperativo y conciso en sus mandatos.

GIANETTINO DORIA, sobrino del anterior, pretendiente a la corona ducal, de 26 años, fanfarrón en sus palabras, en sus modales, en su porte; inoportuno, hinchado y áspero de condición.

Ambos Dorias visten de color de escarlata.

FIESCO, conde de Lavagna, jefe de los conjurados, 23 años, esbelto, hermoso, en la flor de la juventud; orgulloso con decoro, amable con majestad, tratable y al propio tiempo disimulado y malicioso.

Todos los nobles visten de negro. El traje, acuchillado a la antigua alemana.

VERRINA, conjurado republicano, 60 años, grave, ardiente y sombrío; traje oscuro.

BORGOGNINO, conjurado, 20 años, noble, de carácter agradable, orgulloso, vehemente y natural.

CALCAGNO, conjurado, alto y delgado, libertino, 30 años, complaciente y osado.

SACCO, conjurado, 45 años, hombre ordinario.

LOMELLINO, confidente de Gianettino, cortesano redomado.

ZENTURIONE, ZIBO, ASSERATO, malcontentos.

ROMANO, pintor, independiente, libre y orgulloso.

MULEY-HASSAN, moro de Túnez, esclavo de la República, de semblante que muestra al par agudeza y malicia.

Un OFICIAL ALEMÁN de la guardia del duque, ingenuo, noble, valiente y esforzado.

Tres Ciudadanos sediciosos.

LEONOR, esposa de Fiesco; 18 años, pálida, enfermiza, delgada, de exquisitos sentimientos; atrae pero no deslumbra; muestra en el semblante cierta melancolía romancesca. Viste de negro.

JULIA, condesa viuda Imperiali, dama de 25 años, alta y gruesa, coqueta, orgullosa, de belleza algo marchita y chocante; brillante pero no afable; burlona y mala. Viste de negro.

BERTA, hija de Verrina, muchacha ingenua.

ROSA, ARABELLA, doncellas de Leonor.

VARIOS NOBLES, CIUDADANOS, ALEMANES, SOLDADOS, CRIADOS Y RATEROS.

La escena en Génova, 1547.

Acto I

Escena I

Una sala en casa de Fiesco. Suena dentro música y tumulto de un baile.

LEONOR con antifaz. ROSA, ARABELLA salen con vivas muestras de turbación.

LEONOR (arrancándose el antifaz) .-¡No más, ni una palabra más!... Ya es de día. (Se echa en una silla.) Esto me abate por completo.

ARABELLA. -Mi buena señora...

LEONOR. (Levantándose.) -¡A mis ojos!... ¡Una coqueta conocida en toda la ciudad!... ¡en faz de toda la nobleza de Génova! (Con dolor.) Rosa, Bella... ¡A mis ojos, arrasados en lágrimas!

ROSA. -Tomadlo por lo que realmente es; un simple galanteo.

LEONOR. -¿Un galanteo, eh?... ¡Un galanteo aquel perpetuo cambio de miradas; aquella ansiedad con que seguía con la vista sus pasos; aquel prolongado beso en su brazo desnudo que aún guarda la marca de los ardientes labios rojos!... ¡Un galanteo! ¿eh? ¡aquel profundo estupor que le asemejaba a la estatua del sueño, como si hubiera desaparecido

para él el mundo, y se hallara solo con Julia en el vacío! ¡Esto es un galanteo!... ¡Pobre hija mía! Tú no has amado aún, y no has de enseñarme a distinguir los frívolos pasatiempos, del amor verdadero.

ROSA. -Tanto mejor, señora; con perder un marido ganáis diez galanes.

LEONOR. -¡Perderle! Porque se encienda un instante en su pecho culpable llama, ¿he de perder a Fiesco?... Anda, sal de mi presencia para siempre, lengua de víbora... ¡Un arrumaco!... ¡un galanteo!... ¿Verdad... mi buena Bella?

ARABELLA. -Claro que sí.

LEONOR. (Abismada en sus reflexiones.) -Pero... ¿si ella se sintiese dueña de su corazón? ¿si su nombre se hallara en el fondo de todos sus pensamientos, y la naturaleza entera lo repitiese a sus oídos a cada instante?... ¿Qué es lo que siento, Dios mío?... ¿A dónde voy a parar?... ¡Si la majestuosa belleza del mundo fuera tan sólo para él deslumbrador diamante, donde sólo se hallara grabada su imagen!... Tal vez la ama... ¡Julia!... dame el brazo, sosténme, Bella. (Suena de nuevo la música. Leonor se levanta.) Escuchad, ¿no es la voz de Fiesco la que ha sonado entre la algazara? ¡Cómo puede reír así, mientras llora Leonor en la soledad!... Ah, no;... es la voz grosera de Gianettino Doria.

ARABELLA. -Verdad, señora:... vamos a otra sala.

LEONOR. -Tú palideces, Bella; tú mientes. Algo leo en vuestros ojos, y en el semblante de los genoveses algo... (Ocultando el rostro.) ¡Ah! sin duda saben más de lo que le es permitido oír a una esposa.

ROSA. -¡Cómo exageran los celos!

LEONOR. (Con dolor.) -Cuando era todavía Fiesco, se adelantaba a veces por la calle de naranjos, a donde acudíamos a pasear alborozadas las doncellas. Reunía entonces en su persona la florida juventud de Apolo y la varonil belleza de Antínoo. Se adelantaba, digo, con nobleza y altivez, como si descansara en sus hombros la espléndida suerte de Génova. Todas le mirábamos a hurtadillas, y bajábamos los ojos apenas chocaban con los suyos, como si nos hubieran sorprendido cometiendo un sacrilegio. ¡Ay, Bella!... ¡Con qué afán recogíamos aquellas miradas! ¡Con qué envidia contábamos las que se dirigían a una vecina! Caían entre nosotras como la manzana de la discordia; las más pacíficas se enfurecían, las más indiferentes palpitaban de amor. Los celos nos arrebataban la paz que reinaba entre nosotras.

ARABELLA. -Ya lo recuerdo. Esta famosa conquista traía al retortero a todas las damas de Génova.

LEONOR. (Entusiasmada..) -¡Y pensar que ahora es mío!... ¡Oh inmensa dicha que me espanta! ¡Mío el primer hombre de Génova, dotado de tales perfecciones, que reúne en sí todas las grandezas de su sexo!... Oídme, muchachas. No puedo callar por más tiempo, y

voy a confiaros algo... (con misterio)... un proyecto. Cuando me hallé al pie del altar, junto a Fiesco, teniendo en mi mano la suya, se me ocurrió una idea, hartos osado en una mujer... Este Fiesco, cuya mano descansa en la tuya... tu Fiesco... Pero, silencio ¿eh?... No vayan a saber los hombres cuán orgullosos estamos de ver cómo se rinde a nosotras su fuerza superior... Fiesco, tuyo ahora... Digo que sois unas necias si mi proyecto no os entusiasma... Fiesco libertará a Génova de sus tiranos.

ARABELLA. (Sorprendida.) -¡Vaya una ocurrencia para una mujer el mismo día de su boda!

LEONOR. -¿Te sorprende, Bella? Pues esto se le ocurrió a una novia el día que se casó. Soy mujer, pero conozco la nobleza de mi sangre, y no puedo sufrir que la casa de los Doria pretenda sobrepasar a nuestros mayores. Grata puede sernos la clemencia con respecto a Andrés. Siga en buen hora llamándose dux de Génova. Pero Gianettino, su sobrino y heredero, es orgulloso, arrogante; Génova tiembla delante de él, y Fiesco... (con dolor)... ¡llorad conmigo!... Fiesco ama a su hermana.

ARABELLA. -¡Desgraciada!

LEONOR. -Id, y veréis ahora mismo, si os place, al semi-dios de los genoveses, sentado entre libertinos y ramera, entretenido en oír chistes obscenos y cuentos de hadas. ¡Y aquel es Fiesco!... ¡Ay de mí! Génova ha perdido un héroe, y yo un esposo.

ROSA. -Hablad más bajo. Alguien viene por la galería.

LEONOR. (Espantada.) -Es Fiesco... ¡Vámonos, vámonos! Tal vez le causaría tristeza el estado de mi ánimo. (Se va, seguida de las doncellas.)

Escena II

GIANETTINO DORIA con antifaz y capa verde. Un MORO.

(Salen conversando.)

GIANETTINO. -Me has comprendido

EL MORO. -Perfectamente.

GIANETTINO. -El máscara blanco.

EL MORO. -Bien.

GIANETTINO. -He dicho... el máscara blanco.

EL MORO. -Bien, bien, bien.

GIANETTINO. -Óyeme bien; donde quieras, menos aquí (señalando el pecho), porque errarías el golpe.

EL MORO. -Nada temáis.

GIANETTINO. -Que sea certero.

EL MORO. -Quedará satisfecho.

GIANETTINO. (Con cierta crueldad.) -Que no padezca mucho el pobre conde.

EL MORO. -Palabra... ¿Puede saberse cuánto pesa, poco más o menos, su cabeza en la balanza?

GIANETTINO. -Cien zequíes.

EL MORO. (Soplándose los dedos.) -Brrr... ligera es como pluma.

GIANETTINO. -¿Qué estás murmurando?

EL MORO. -Digo que la tarea es fácil.

GIANETTINO. -Eso corre de tu cuenta. El tal hombre es como un imán, que atrae a él los ánimos inquietos. Oye, canalla; sujétale bien, ¿eh?

EL MORO. -Pero, señor, una vez haya descargado el golpe, tendré que largarme hacia Venecia.

GIANETTINO. -Toma, pues, anticipada la paga. (Le echa un billete de banco.) Ha de haber muerto dentro tres días a más tardar. (Vase.)

EL MORO. (Recogiendo el billete.) -A esto se llama tener crédito. Sin recibo fía en mi palabra de petardista ese caballero. (Vase.)

Escena III

CALCAGNO, luego SACCO. Ambos con capas negras.

CALCAGNO. -Observo que espías todos mis pasos.

SACCO. -Y yo, que me huyes y te escondes. Oye, Calcagno. Hace algunas semanas me parece preocupado por alguna idea que nada tiene que ver con la salvación de la patria. Creo, hermano, que podríamos trocar secreto por secreto, sin que al cabo ninguno de los dos perdiera en ello. ¿Quieres ser franco conmigo?

CALCAGNO. -Tanto, que si tu oído no se toma la molestia de descender a mi interior, mi corazón acudirá a la lengua, a tu encuentro, hasta mitad del camino. Amo a la condesa Fiesco.

SACCO. -(Sorprendido.) Esto sí que no lo presumiera nunca, ni aun haciendo el recuento de todas las posibilidades imaginables. Tu elección me pone en un brete. Si triunfas, digo que no lo entiendo.

CALCAGNO. -Dicen que es dechado de la más austera virtud.

SACCO. -Mienten. Es un libro entero sobre un tema insípido. Una de dos, Calcagno; o renuncia a tu corazón, o renuncia a tu empresa.

CALCAGNO. -El Conde le es infiel. Gran tercera son los celos. La conjuración contra los Doria tendrá a Fiesco ocupado, y a mí me abrirá su palacio. Mientras él caza al lobo en el bosque, entra la zorra en su gallinero.

SACCO. -Bien previsto, por vida mía. Gracias; me excusas la vergüenza un instante. Puedo confesarte ahora lo que me avergonzaba de pensar tan sólo. Oye; si no sobreviene una revolución, soy hombre al agua.

CALCAGNO. -¿Tan enormes son tus deudas?

SACCO. -Tanto, que, ni que viviera ocho veces lo que he vivido, no saldaría una décima parte. Espero que un cambio en el Estado ha de ofrecerme algún desahogo, pues ya que no me ayude a pagar lo que debo, quitará a mis acreedores los medios de perseguirme.

CALCAGNO. -Enterado. Y si al fin, por suerte, Génova es libre, Sacco se hará llamar padre de la patria. Vengan ahora a pudrirme las orejas hablándome de lealtad, cuando la quiebra de un tronera y el capricho de un libertino deciden de la dicha del Estado. Pardiez, Sacco, que admiro en ambos las combinaciones de la Providencia, que salva el corazón con las úlceras de los miembros. ¿Conoce Verrina tu proyecto?

SACCO. -Como buen patriota que es. Génova, bien lo sabes tú, es como el huso, donde se enrollan sus pensamientos con viril tenacidad. Clavó su mirada de halcón en Fiesco, y a ti espera verte metido también en la osada trama.

CALCAGNO. -Tiene buen olfato. Ven; vamos a buscarle y aticemos con las nuestras sus ideas de libertad. (Se van.)

Escena IV

JULIA acalorada. FIESCO con capa blanca corriendo tras ella.

JULIA. -¡Lacayos! ¡Batidores!

FIESCO. -¿A dónde vais, Condesa? ¿Qué os proponéis?

JULIA. -No es nada. (A sus criados.) ¡El coche!

FIESCO. -Permitidme... no es menester... ¿Estáis ofendida?

JULIA. -Bah... Pero no... haceos a un lado... me estáis echando a perder el vestido. ¿Ofendida yo? ¿Y quién podría ofenderme aquí?... Retiraos.

FIESCO. (Hincando la rodilla.) -No será sin que me tildéis de temerario.

JULIA. (Cruzando los brazos.) -¡Divinamente! ¡Muy bien! ¡Admirable! A ver: que llamen a la condesa de Lavagna para que presencie esta escena. Pero, Conde, ¿qué es lo que está haciendo un hombre casado como vos? Mejor pareceriais en esa actitud en el dormitorio de vuestra esposa, cuando hallara por acaso algún yerro de cuenta hojeando el calendario de vuestras caricias. ¡Vaya, alzado! Buscad a otras damas de más baja estofa. Alzado... O será tal vez que queréis expiar con vuestros obsequios las impertinencias de la Condesa.

FIESCO. (Levantándose.) -¿Sus impertinencias? ¿Ha cometido alguna con vos?

JULIA. -Levantarse de repente, retirar la silla, volver la espalda a la mesa a la que yo estaba sentada...

FIESCO. -Esto es imperdonable.

JULIA. -¿Y no más? (Con sonrisa de complacencia.) Por lo demás ¿es culpa mía que el Conde vea lo que hay?

FIESCO. -El único delito de vuestra belleza, señora, consiste en no permitir que sea contemplada enteramente.

JULIA. -Dejemos los cumplidos, Conde, puesto que habla el honor. Pido satisfacción. ¿Me la daréis vos, o me la dará el tonante poder del Dux?

FIESCO. -La hallaréis en brazos del amor, que os pedirá perdón por los desbarres de los celos.



JULIA. -¡Los celos! ¡los celos!... ¿Qué quiere la niña? (Haciendo dengues delante de un espejo.) ¡Como si fuera posible alcanzar mejor prueba de su buen gusto, que viendo que es también el mío! (Con altivez.) ¡Doria y Fiesco! ¡Como si la condesa de Lavagna no debiese sentirse honrada de que la sobrina del Dux hallara su elección digna de envidia! (Amigablemente y dando su mano a besar al Conde.) Suponiendo, Conde, que tal me pareciera.

FIESCO. (Con viveza.) -¡Cruel!... ¡Atormentarme así! Harto sé, divina Julia, que sólo me es permitido sentir respeto por vos. Como vasallo que soy, mi razón me impone el deber de hincar la rodilla ante el linaje de los Doria, pero mi corazón adora a la bella Julia. Amor culpable y heroico al par asaz osado para franquear el muro que separa las jerarquías, y lanzarse hacia el sol deslumbrante del poder.

JULIA. -Vaya qué engañosas palabras sabe ensartar el Conde, que anda vacilante, con zancos... Su lengua me diviniza y su corazón palpita debajo del retrato de otra mujer.

FIESCO. -Decid mejor, señora, decid que palpita a despecho suyo debajo de este retrato y que quiere desprenderse de él. (Coge el retrato de Leonor que cuelga de una cinta azul y lo entrega a Julia.) Colocad esta imagen en ese altar, y así destruí el ídolo.

JULIA. (Coge el retrato con presteza.) -Gran sacrificio es este, palabra de honor, y merece una recompensa. (Cuelga su retrato del cuello de Fiesco.) Así; ahora, esclavo, ostenta la divisa de tu dueño. (Vase.)

FIESCO. (Con vehemencia.) -¡Julia me ama!... ¡Julia!... Ya no envidio a dios alguno. (Se pasea alborozado por la sala.) Celebren esta noche los dioses su carnaval, y realice el júbilo su obra maestra. ¡Hola! (Salen algunos criados.) ¡A ver! Inundad el suelo de esta sala con néctar de Chipre, y haced que la música despierte a la noche de su sueño de plomo, y millares de antorchas avergüencen a la aurora!... Quiero que la alegría sea general, y que la danza báquica con vertiginoso tumulto derribe el imperio de la muerte. (Vase.)

(Rompe la música con estrepitoso allegro. Se descorre un telón del fondo y aparece una sala iluminada donde bailan en tropel gran número de máscaras. A ambos lados, y en torno de las mesas de juego y del banquete, figuran los convidados.)

## Escena V

GIANETTINO, medio borracho. LOMELLINO, ZIBO, ZENTURIONE, VERRINA, SACCO, CALCAGNO (todos disfrazados). Muchedumbre de damas y caballeros.

GIANETTINO. (Con voz estrepitosa.) -¡Bravo! ¡bravo!... Mana el vino que es un primor... Las bailarinas brincan a merveille. Vaya alguno de vosotros a propagar por Génova la noticia de que estoy de buen humor, y que ya pueden divertirse. ¡Por vida mía!

Van a marcar con lápiz rojo este día en el calendario y a escribir debajo: «En esta fecha estuvo alegre el príncipe Doria.»

LOS CONVIDADOS. (Haciendo chocar las copas.) -Brindamos por la República.  
(Música.)

GIANETTINO. (Arrojando con violencia su copa contra el suelo.) -Ahí tenéis los pedazos.

(Tres enmascarados se levantan y rodean a Gianettino.)

LOMELLINO. (Llevándole hacia las candilejas.) -Señor, hace poco me hablabais de una mujer que hallasteis en la iglesia de San Lorenzo.

GIANETTINO. -Verdad, camarada, y me es necesario conocerla.

LOMELLINO. -Yo puedo procurarla a Vuesencia.

GIANETTINO. (Con viveza.) -¿Lo puedes? ¿Lo puedes?... Últimamente me pedías el cargo de procurador; tuyo será.

LOMELLINO. -Monseñor, es el segundo cargo del Estado, y lo solicitan más de sesenta nobles, todos más ricos y considerados que el humilde servidor de Vuesencia.

GIANETTINO. (Interrumpiéndole airado.) ¡Truenos y Doria! Tú serás procurador. (Los tres enmascarados se adelantan.) ¡Vaya con la nobleza de Génova! Ya puede echar en la balanza sus escudos y hasta sus abuelos si quiere; un pelo de la blanca barba de mi tío será bastante a que el platillo suba. Yo quiero que tú seas procurador, lo cual equivale a todos los votos de la nobleza.

LOMELLINO. (En voz baja.) -Esta doncella es la única hija de un tal Verrina.

GIANETTINO. -Es hermosa, y ha de ser mía, mas que se oponga el infierno.

LOMELLINO. -Pensadlo bien, señor; es la única hija del republicano más testarudo que he visto.

GIANETTINO. -¡Vete al diablo con tu republicano!... ¡Entre la cólera de un vasallo y mi pasión... mira tú! Es como si debiera derrumbarse el faro con las pedradas de los chicuelos. (Los tres enmascarados se adelantan agitados.) ¡Pues qué!... Bueno fuera que el duque Andrés hubiese recibido en el combate sus heridas a cuenta de estos miserables republicanos, porque después el sobrino se viese obligado a mendigar el favor de sus esposas y de sus hijas. ¡Truenos y Doria! Fuerza es que renuncien a esta satisfacción, o he de plantar sobre el cadáver de mi tío una horca, donde patalee hasta morir la libertad de Génova! (Los tres enmascarados se retiran.)

LOMELLINO. -Ahora está sola la niña. A su padre le tenemos aquí. Es uno de los tres enmascarados.

GIANETTINO. -Todo va a medida de mi gusto, Lomellino. Llévame al instante a su casa.

LOMELLINO. -Pero vos buscáis una manceba, y vais a encontraros con una mujer sentimental.

GIANETTINO. -La fuerza es la mejor elocuencia... Llévame allá inmediatamente.. Quiero ver a ese perro de republicano que se atreve con el oso de los Doria... (Se encuentra con Fiesco en el umbral.) ¿Dónde está la Condesa?

## Escena VI

Dichos. FIESCO.

FIESCO. -La he acompañado hasta el carruaje. (Coge a Gianettino la mano, y la aprieta contra su corazón.) Príncipe, estoy atado a vuestro servicio con dobles cadenas. Gianettino impera en mí y en Génova, y vuestra amable hermana en mi corazón.

LOMELLINO. -Fiesco se ha vuelto un epicúreo rematado. Mucho ha perdido en ello la buena sociedad.

FIESCO. -Pero no Fiesco. Vivir es soñar, Lomellino, y lo más cuerdo soñar agradablemente. ¿Dónde estará uno mejor? ¿Bajo los rayos del trono, y junto a la máquina del gobierno que rechina sin parar y ensordece los oídos, o en los brazos de lánguida beldad? Reine en buen hora, en Génova, Gianettino Doria; Fiesco, por su parte, se reserva el placer de amar.

GIANETTINO. -Vámonos, Lomellino. Es media noche y el tiempo pasa. Gracias por tu recepción; salgo en extremo complacido, Lavagna.

FIESCO. -Con ello veo colmados mis deseos, Príncipe.

GIANETTINO. -Vaya, pues; buenas noches. Mañana se juega en casa Doria, y queda invitado Fiesco. Vamos, Procurador.

FIESCO. -¡Música!... ¡Aquí, luces!

GIANETTINO. (Con altivez, pasando por entre los enmascarados.) -¡Paso, en nombre del Duque!

Uno de los Enmascarados murmura: -En el infierno, pero no en Génova.

Movimiento entre los convidados. -El Príncipe se va. Buenas noches, Lavagna.

(Se van en tropel.)

## Escena VII

Los tres ENMASCARADOS.

(Pausa.)

FIESCO. -Advierto que hay aquí algunos convidados que no participan del júbilo de mis fiestas.

LOS ENMASCARADOS. (Murmuran para sí con despecho.) -Ni uno sólo.

FIESCO.-¿Cómo puede salir de aquí descontento un genovés, a despecho mío? ¡Ea, lacayos!, comience de nuevo la danza y llenad las grandes copas. No quisiera que nadie se fastidiara aquí... ¿Queréis alegrar los ojos con fuegos artificiales, o preferís tal vez recrearos con los chistes de mi bufón? Quizá os distraiga la conversación de las damas; o bien os parece mejor que nos sentemos a la mesa del juego para abreviar las horas.

UN ENMASCARADO. -Estamos habituados a contarlas por nuestras acciones.

FIESCO. -¡Varonil respuesta!... ¡Ah! es Verrina.

VERRINA. (Quitándose el antifaz.) -Antes reconoce Fiesco a sus amigos bajo el antifaz, que ellos a él con el suyo.

FIESCO. -No comprendo lo que dices, pero... ¿Qué significa ese crespón atado al brazo?... ¿Será que Verrina ha perdido algún pariente, sin que lo sepa Fiesco?

VERRINA. -Una noticia de duelo no es propia de tus alegres fiestas.

FIESCO. -¡Pero si tu amigo te la pregunta! (Le toma la mano con viveza.) Amigo de mi alma, ¿quién se nos ha muerto a ambos?

VERRINA. -¡A ambos!... ¡A ambos!... Harto es verdad lo que dices. Pero no todos los hijos lloran a su madre.

FIESCO. -¡Tu madre!... Si ha muerto hace tiempo.

VERRINA. -(Con intención.) Creí que Fiesco me llamaba hermano, porque era hijo de mi patria.

FIESCO. -(Chanceándose.) ¡Ah!... te referías a eso. Se trataba de una chanza. Llevas luto por Génova. Verdad que Génova está agonizando. ¡Ocurrencia nueva y original!... Veo que nuestro primo empieza a mostrar ingenio.

CALCAGNO. -Hablo seriamente, Fiesco.

FIESCO. -Sin duda, sin duda, esto es; basta ver su aspecto triste y lacrimoso. Nada vale un chiste, si el mismo que lo dice lo celebra a carcajadas. ¡Qué cara de entierro! ¡Quién había de decir que el sombrío Verrina había de volverse tan alegre pájaro, cuando viejo!

SACCO. -Vámonos, Verrina. Fiesco no será jamás de los nuestros.

FIESCO. -Pero separémonos al menos como alegres camaradas. Seamos como aquellos herederos astutos, que siguen el féretro sollozando, mientras se ríen para su capote. ¿Qué nos importa que debamos soportar una mala madrastra? Dejaremos que gruña, y nos daremos a la buena vida.

VERRINA. (Con viva emoción.) ¡Por el cielo!... ¡Y estamos con las manos cruzadas! ¿Qué fue de aquel Fiesco, de aquel poderoso enemigo de los tiranos? Recuerdo que hubo un tiempo en que la vista de una corona te ponía malo. Si así se corrompen los caracteres, yo, hijo degenerado de la República, no doy un ardite de mi inmortalidad. Tú responderás de ella.

FIESCO. -Eres un caviloso. ¿Qué importa, dime, que se meta Génova en peso en los bolsillos y la venda a un corsario de Túnez? En tanto beberemos vino de Chipre en brazos de lindas muchachas.

VERRINA. (Mirándole muy serio.) -¿Esto piensas realmente?

FIESCO. -¿Y por qué no, amigo mío? ¿Es gran dicha ser sustentáculo de este animal de mil pies que llaman República? Demos las gracias a quien le presta alas con que volar y exime a los pies de su oficio. Así mientras Gianettino Doria sea dux, no encaneceremos nosotros con los negocios de Estado.

VERRINA. -¡Pero, Fiesco!... ¿esto piensas realmente?

FIESCO. -Andrés adoptó por hijo y heredero a su sobrino. ¿Quién será tan loco que vaya a disputarle la herencia?

VERRINA. (Con visible descontento.) Entonces vamos, genoveses. (Vuelve la espalda a Fiesco de golpe; los demás le siguen.)

FIESCO. -¡Verrina!... ¡Verrina!... Duro es como el acero este republicano.

## Escena VIII

FIESCO. Un ENMASCARADO.

EL ENMASCARADO. -¿Podéis disponer de unos minutos, Lavagna?

FIESCO. (Con cumplido.) -Por vos, de una hora.

EL ENMASCARADO. -¿Tendréis la bondad de dar un paseo conmigo, fuera de la ciudad?

FIESCO. -Son las doce menos diez.

EL ENMASCARADO. -¿Me haréis este favor, Conde?

FIESCO. -Voy a decir que enganchen.

EL ENMASCARADO. -No es necesario. Ya mandé por delante un caballo, y es lo que basta, porque espero que sólo volverá uno de los dos.

FIESCO. (Sorprendido.) -Y...

EL ENMASCARADO. -Alguien va a pedirnos cuentas con sangre, de ciertas lágrimas.

FIESCO. -¿Qué lágrimas?

EL ENMASCARADO. -Las de cierta condesa de Lavagna. Conozco perfectamente a esta dama y quisiera saber cómo ha merecido ser sacrificada a una loca.

FIESCO. -Ahora lo comprendo. ¿Puedo preguntar el nombre de tan extraño provocador?

EL ENMASCARADO. -Es el mismo que adoró un tiempo a la hija de Zibo, y que se retiró cuando vino Fiesco a ofrecerla su mano.

FIESCO. -Escipión Borgognino.

EL ENMASCARADO. (Quitándose el antifaz.) -Él es, quien pretende ahora borrar la vergüenza que le causó retirarse delante de un rival, que, con pésimo consejo, se entretiene en atormentar a la misma bondad.

FIESCO. (Abrazándole con calor.) -¡Noble mancebo!... Bendigo las penas de mi mujer, ya que me ofrecen ocasión de conocer a persona tan digna. Comprendo la belleza de vuestra acción, pero os anuncio que no me batiré.

BORGOGNINO. (Retrocediendo.) -¿Será el conde de Lavagna tan cobarde, que no se atreva a exponerse a mis primeras armas?

FIESCO. -Borgognino, me expondría contra el poder de Francia entera, y no contra vos. Respeto este noble ardor en defensa de una persona amada y confieso que vuestra intención merece una corona, pero batirnos fuera pueril.

BORGOGNINO. (Irritado.) -¡Pueril, Conde! Si nada puede la mujer que no sea llorar el ultraje, ¿para qué está el hombre?

FIESCO. -Muy bien dicho, pero yo no me bato.

BORGOGNINO. (Le vuelve la espalda, y hace que se va.) -Y yo os despreciaré.

FIESCO. (Con viveza.) -¡Vive Dios! Eso nunca, mancebo, aunque en ello debiera perder algo la virtud. (Asiéndole la mano.) ¿Habéis sentido por mí algo como... qué diré... como respeto?

BORGOGNINO. -¿Acaso cediera el puesto a otro alguno, si no le hubiese tenido por el primero?

FIESCO. -Pues bien, amigo mío; difícil me sería despreciar a quien hubiese merecido una sola vez mi respeto. Creería desde luego que la trama de un hábil maestro ha de estar muy artísticamente tejida, y que no es fácil sea patente y clara a los ojos de un aprendiz. Idos a casa, Borgognino, y tomaos tiempo para reflexionar por qué Fiesco ha obrado así y no de otro modo. (Borgognino se retira silencioso.) Ve, noble mancebo. Si arden todavía tales corazones por la patria, ya pueden los Doria cuidar de su seguridad.

## Escena IX

FIESCO. El MORO sale tímidamente y mirando receloso en torno suyo.

FIESCO. (Le observa largo rato con penetrante mirada.) -¿Qué quieres, y quién eres?

EL MORO. -Un esclavo de la República.

FIESCO. -Miserable condición la del esclavo. (Mirándole siempre fijamente.) ¿Qué buscas?

EL MORO. -Señor, yo soy un hombre honrado.

FIESCO. -Trata siempre de defender tu rostro con semejante escudo; no estará de más. Pero ¿qué buscas aquí?

EL MORO. (Intenta acercarse, y Fiesco se aparta.) -Señor, yo no soy un malvado.

FIESCO. -Bien haces en decirlo, aunque no basta... Pero... ¿qué estás buscando?

EL MORO. (Se acerca de nuevo.) -¿Sois vos el conde de Lavagna?

FIESCO. (Con altivez.) -Hasta los ciegos conocen mi paso. ¿Oué tienes que ver con el Conde?

EL MORO. -¡Alerta, pues, Lavagna! (Se adelanta hacia él.)

FIESCO. (Se retira por el otro lado) -Ya lo estoy.

EL MORO. -Alguien hay que no abriga muy buenas intenciones con respecto a vos.

FIESCO. (Se retira otra vez.) -Ya lo veo.

EL MORO. -Guardaos de Doria.

FIESCO. (Acercándose a él.) -Buen hombre, quizá he estado injusto contigo... Este nombre es, en efecto, temible para mí.

EL MORO. -Alejaos de quien lo lleva. ¿Podéis leer?

FIESCO. -¡Rara pregunta!... Sin duda te envía algún señor. ¿Traes un billete?

EL MORO. -Aquí figura vuestro nombre entre los de algunos pobres diablos. (Le presenta un billete y se planta junto a él. Fiesco se coloca delante de un espejo y recorre el papel de una ojeada. El Moro le cerca espionando sus gestos, hasta que tira de un puñal y va a herirle.)

FIESCO. (Se vuelve con presteza y detiene el brazo del Moro.) -Despacio... canalla... (Le arranca el puñal.)

EL MORO. (Pataleando.) -¡Demonio! ¡Perdón!... (Intenta escapar.)

FIESCO. (Le coge y llama en alta voz.) -Esteban, Drullo, Antonio. (Retiene al Moro por la garganta.) Aguarda, amigo. ¡Infernal infamia! (Salen los criados.) Aguarda y contesta. Acabas de cumplir una vil comisión. ¿Quién te ha comprado?

EL MORO. (Después de vanos esfuerzos por desasirse.) -No han de colgarme más arriba de la horca.



FIESCO. -No, consuélate. Claro que no te ahorcarán en los cuernos de la luna, pero sí a bastante altura para que parezcas desde abajo un monda-dientes. Mas tu elección era tan política que no puedo atribuirla al ingenio que te dio tu madre. Dime, pues, quién te ha pagado.

EL MORO. -Señor, llamadme si queréis malvado pero no tonto.

FIESCO. -¡Si tendrá también amor propio esa bestia! Responde, animal... ¿quién te ha pagado?

EL MORO. (Reflexionando.) -Hum... Así no sería yo sólo el loco, y por cien miserables zequíes... ¿Que quién me pagó?... El príncipe Gianettino.

FIESCO. (Picado; paseándose.) -¡Cien zequíes y no más por la cabeza de Fiesco! (Con ironía.) ¡Vergüenza, Príncipe real de Génova! (Echa mano a la gaveta.) Toma, perillán; ahí tienes mil y ve a decirle a tu amo que no es más que un ruin asesino. (El Moro le mira de alto abajo.) ¿Qué estás pensando, miserable? (El Moro toma el dinero, lo pone sobre la mesa, luego vuelve a tomarlo, y mira a Fiesco con creciente sorpresa.) ¿Qué haces?

EL MORO. (Echa resueltamente el dinero sobre la mesa.) -Señor... yo no he merecido ese dinero.

FIESCO. -¡Animal! La horca has merecido tú; pero el elefante irritado aplasta al hombre, y no a una sabandija. Con una sola palabra podía ahorcarte.

EL MORO. (Satisfecho le hace una reverencia.) -Harta es vuestra bondad, monseñor.

FIESCO. -Dios me libre de ello; no para ti. Pero me place poder a voluntad aniquilar o conservar un pícaro como tú, y por eso eres libre. Entiéndelo bien; tu torpeza es prenda del cielo de que estoy destinado a algo grande. Y esta es la causa de mi clemencia y de tu libertad.

EL MORO. (Con cordial efusión.) -Conde, venga esa mano. El honor de un hombre vale el de otro. Si alguien estorba le degüello.

FIESCO. -Vaya qué cumplido animal, que quiere mostrarme su gratitud degollando al prójimo.

EL MORO. -No recibimos gratuitamente nuestros dones, señor. También existe el honor en nuestro cuerpo.

FIESCO. -¡El honor de los degolladores!

EL MORO. -Que está más aquilatado que el de vuestros hombres de bien. Ellos violan sus juramentos a Dios, y nosotros guardamos escrupulosamente los nuestros al diablo.

FIESCO. -¡Eres chusco!

EL MORO. -Me alegra que sea de vuestro agrado. Ponedme a prueba y os daré a conocer con qué presteza despacho. Informaos de quién soy, si queréis puedo mostrar certificados de todas las sociedades de cacos de la primera a la última.

FIESCO. -¿Qué es lo que oigo? (Se sienta.) ¡Conque los pícaros reconocen también leyes y jerarquías! Háblame de la última clase.

EL MORO. -¡Psit... señor!... ¡Miserable caterva de gente de largos dedos!... ¡Indigno oficio que no produce un solo hombre notable, y se afana por acabar a latigazos y dar en presidio o en la horca!

FIESCO. -¡Brillante perspectiva!... Tengo curiosidad de conocer las clases más elevadas.

EL MORO. -Hay la de los espías y soplones, hombres importantes a quienes prestan oído los nobles que les dan noticias. Estos pican como sanguijuelas, chupan todo el veneno del corazón y lo infiltran a quien le toca.

FIESCO. -Ya conozco esto. Adelante.

EL MORO. -Llegamos ahora a los asesinos y envenenadores, a toda esa canalla que acecha largo tiempo a su víctima y la prende en la trampa. Son por lo común cobardes, pero gente de humor, que pagan al diablo el aprendizaje con su pobre alma. Por ellos la justicia hace más de lo acostumbrado; les descoyunta los huesos en la rueda o planta sus cabezas de zorro en la picota. Esta es la tercera clase.

FIESCO. -Prosigue. ¿Cuándo llega la tuya?

EL MORO. -¡Mal rayo, señor!... Ya estamos. Yo las he recorrido todas. Mi genio franquea rápidamente todas las vallas de separación. Ayer tarde hice mi obra maestra en la tercera clase, y hace un rato he fracasado en la cuarta.

FIESCO. -¿Esta se compone...?

EL MORO. -De los que buscan a su hombre entre cuatro paredes, se abren camino a través de los peligros, van hacia él y de buenas a primeras le ahorran el trabajo de dar las gracias. Entre nosotros se les llama los mensajeros del infierno. Al primer capricho que le da, Mefistófeles no tiene más que hacer una seña, y ya tiene el asado a punto y calentito.

FIESCO. -Eres un cumplido pillastre. Mucho ha que iba en busca de uno como tú... Venga esa mano, quiero guardarte a mi servicio.

EL MORO. -¿Os burláis o habláis seriamente?

FIESCO. -Muy seriamente; te daré mil zequíes anuales.

EL MORO. -Acepto, Conde; soy vuestro. Llévase el diablo mi vida privada. Empleadme como queráis. Haced de mi vuestro lebrél, vuestro perro guardián, un zorro; una serpiente, un alcahuete, un ayudante de verdugo. Yo sirvo para todo, monseñor, menos para algo honrado, porque ¡por vida!... soy muy porro en tales materias.

FIESCO. -Descuida. Cuando quiero regalar a alguien un cordero no lo confío al lobo. Ponte desde mañana a recorrer Génova y a olfatear lo que ocurre; averigua que piensan del gobierno, qué se murmura de los Doria, qué dicen mis conciudadanos de mi vida disipada y mis novelescos amores. Ahoga en vino sus cerebros hasta que charlen como cotorras. No ha de faltarte dinero. ¡Conque no seas avaro en derramarlo entre los comerciantes de sedas!

EL MORO. (Mirándole como quien reflexiona.) -¡Señor!...

FIESCO. -Descuida... No hay en eso nada de honrado... Anda... Llama a tu pandilla en tu socorro. Mañana oiré tus noticias. (Se va.)

EL MORO. (Siguiéndole.) -Fiad en mí. Ahora son las cuatro de la madrugada. Mañana a las ocho tendréis tantas noticias como oyen en dos veces setenta pares de orejas. (Se va.)

## Escena X

Aposento en casa de VERRINA. BERTA echada en un sofá, oculto el rostro entre las manos.

Sale VERRINA con sombrío ademán.

BERTA. (Espantada, levantándose.) -¡Dios mío! ¡Él!

VERRINA. (Se detiene y la mira sorprendido.) -¿De cuándo acá mi hija le teme a su padre?

BERTA. -¡Apartad!... ¡Dejadme salir!... Me espantáis, padre mío.

VERRINA. -¡Oh única hija de mi alma!

BERTA. (Alzando a él con dolor la mirada.) -No; es fuerza que tengáis aún una hija.

VERRINA. -¿Te pesa, pues, mi ternura?

BERTA. -Me aplasta.

VERRINA. -¡Cómo me recibes así, hija mía! Otras veces, cuando volvía a casa con el corazón abrumado, mi Berta corría a mi encuentro, y con su sonrisa me aliviaba del grave peso. Ven, hija mía, abrázame; déjame que en tu seno se reanime mi corazón, que se heló junto al féretro de la patria. ¡Oh, hija mía! Desde hoy he cesado de confiar en los goces de la vida, y sólo tú me restas!

BERTA. (Fijando en él la mirada largo rato.) -¡Oh, desdichado padre!

VERRINA. (La abraza angustiada.) -¡Berta, mi única hija, mi última, mi única esperanza!... La libertad de Génova está perdida... Fiesco está perdido... (La estrecha con fuerza contra él, murmurando entre dientes)... ¡Tú serás una mujer perdida!

BERTA. (Desasiéndose.) -¡Dios mío!... Sabéis...

VERRINA. (Trémulo.) -¿Qué?

BERTA. -Mi honor...

VERRINA. (Con rabia.) -¿Qué?

BERTA. -Esta noche...

VERRINA. (Fuera de sí.) -¿Qué?

BERTA. -Violada... (Cae sobre el sofá.)

VERRINA. (Después de prolongado silencio, y con voz ahogada.) -Una palabra, hija mía... la última. (Con voz hueca y cascada.) ¿Quién?

BERTA. -¡Desdichada de mí!... Cese esta cólera, pálida como la muerte... Socorredme, ¡Dios mío!... (Balbucea... tiembla.)

VERRINA. -Y yo no sabía... Hija, ¿quién?

BERTA. -¡Calma, padre mío!

VERRINA. (Atenazándola.) -¡Por el cielo!... ¿Quién?

BERTA. -Un enmascarado.

VERRINA. (Retrocede, y después de un instante de reflexión y angustia.) -No; esto no puede ser; no viene este pensamiento de Dios. (Suelta una carcajada convulsiva.) ¡Qué loco soy!... ¡Como si todo el veneno sólo pudiera salir de un solo reptil! (A Berta, con más calma.) ¿Tenía este hombre mi estatura, o era más bajo?

BERTA. -Más alto.

VERRINA. (Con viveza.) - ¿El pelo negro y rizado?

BERTA. -Negro como el carbón y rizado.

VERRINA. (Se aparta de ella, tambaleándose.) -¡Dios mío!... ¡Ay!... ¡mi cabeza!... ¡La voz!...

BERTA. -Bronca; voz de bajo.

VERRINA. (Con violencia)... -¿De qué color...? No; no quiero saber más... La capa... ¿de qué color?

BERTA. -La capa, verde... me parece.

VERRINA. (Oculta el rostro entre las manos, y cae sobre el sofá.) -Tranquilízate... no es nada... un vahído... ¡Hija mía! (Descubre el rostro, pálido como la muerte.)

BERTA. (Juntando las manos.) -¡Dios de misericordia!... Este no es mi padre.

VERRINA. (Tras un momento de silencio, con amarga sonrisa.) -¡Bien, bien, cobarde Verrina!... No bastaba que violase el santuario de las leyes; era preciso violar también el santuario de la familia... (Se levanta.) ¡Vaya!... presto... llama a Nicolás... ¡A ver!... pólvora y balas... O si no... Aguarda... Se me ocurre otra idea... otra idea mejor... Trae la espada... Encomiéndate a Dios. (Golpeándose la frente)... Pero... ¿qué voy a hacer?

BERTA. -¡Padre!... me da pavor.

VERRINA. -Ven: siéntate junto a mí. (Con intención.) Berta, cuéntame... Berta, ¿qué hizo aquel antiguo romano, cuya hija pareció a alguien tan... ¿cómo diré? tan agraciada... Oye, Berta, ¿qué dijo Virginius a su deshonrada hija?

BERTA. (Con espanto)... -No sé...

VERRINA. -¡Necia!... Nada dijo... (Coge de súbito una espada.) Cogió un cuchillo.

BERTA. (Arrojándose espantada en sus brazos.) -¡Dios mío!... ¿Qué intentáis?

VERRINA. (Suelta la espada.) -No; hay todavía justicia en Génova.

Escena XI

Dichos SACCO. CALCAGNO.

CALCAGNO. -Date prisa, Verrina; prepárate; hoy se verifican las elecciones de la República, y queremos llegar a tiempo a la Signoria para nombrar los nuevos senadores. El pueblo pulula por las calles; toda la nobleza acude a la casa capitular. Irás con nosotros (con ironía) a presenciar el triunfo de nuestra libertad.

SACCO. -¡Una espada en el suelo! ¡Qué torva mirada, Verrina!... y Berta tiene los ojos enrojecidos.

CALCAGNO. -¡Por vida!... Ahora lo advierto... Sacco; aquí ha ocurrido alguna desgracia.

VERRINA. (Colocando dos sillas frente a ellos.) -Sentaos.

SACCO. -Amigo, nos espantas.

CALCAGNO. -Amigo, no te había visto nunca así. Si no hubiese llorado Berta, creería que Génova está perdida.

VERRINA. -¡Perdida!... Sentaos.

CALCAGNO. (Asustado.) -Te conjuro a...

VERRINA. -Oíd.

CALCAGNO. -¡Lo que presiento, Sacco!

VERRINA. -Genoveses: ambos conocéis la antigüedad de mi abolengo. Vuestros abuelos sirvieron a los míos; mis padres se batieron por la patria; sus esposas eran el modelo de las genovesas; nuestro único bien, el honor que pasó como herencia de padres a hijos. ¿Hay quien pueda sostener lo contrario?

SACCO. -Nadie.

CALCAGNO. -Nadie; tan cierto como hay Dios.

VERRINA. -Soy el último de mi raza; mi mujer murió, y su único legado fue mi hija. Vosotros sois testigos, genoveses, de cómo la eduqué. ¿Habrá quien ose presentarse y reconvenirme por haber descuidado a mi Berta?

CALCAGNO. -Tu hija es el modelo del país.

VERRINA. -Soy viejo, amigos, y si pierdo a mi hija no me es dado esperar otra y mi nombre se extingue. (Con terrible gesto.) Pues bien... la he perdido... mi raza está deshonrada.

CALCAGNO Y SACCO. (Conmovidos.) -¡Dios no lo quiera! (Berta cae en el sofá con hondos gemidos.)

VERRINA. -No, hija mía... no desesperes. Estos hombres son buenos y valientes y lloran por ti... Pagará con su sangre la hazaña... No sigáis así estupefactos, amigos. (Lentamente y con gravedad.) Bien pudo violar a una doncella, quien oprime a su patria.

CALCAGNO Y SACCO. (Se levantan y apartan las sillas.) -¡Gianettino Doria!

BERTA. (Con súbita exclamación.) -¡Caigan sobre mí estos muros!... ¡Mi Escipión!

## Escena XII

Dichos. BORGOGNINO.

BORGOGNINO. (Con calor) -¡Albricias, Berta, albricias!... Noble Verrina; de vuestras palabras va a depender mi felicidad. Tiempo hace que amo a vuestra hija, sin que me atreviera a pedir su mano, porque toda mi fortuna flotaba a merced de las olas, sobre engañosas tablas, que llegan de Coromandel. Mas hoy mi fortuna entra en el puerto con velas desplegadas, y dícneme que me trae inmensos tesoros. Soy rico. Concededme la mano de Berta; juro que he de hacerla feliz. (Berta oculta el rostro. Profundo silencio.)

VERRINA. (A Borgognino.) -¿Deseáis, mancebo, arrojar vuestro corazón a un lodazal?

BORGOGNINO. (Echa mano a la espada, mas luego la retira.) -¿Su padre habla así?

VERRINA. -Y así hablará cualquier tuno de Italia. ¿Queréis aceptar las sobras del festín ajeno?

BORGOGNINO. -Mira, no me vuelvas loco, buen viejo.

CALCAGNO. -Verrina dice la verdad, Borgognino.

BORGOGNINO. (Corriendo hacia Berta.) -¿Dice la verdad?... ¿Se ha burlado de mí la desdichada?

CALCAGNO. -No te precipites, Borgognino. Esta doncella es pura como un ángel.

BORGOGNINO. -¡Pues entonces!... ¡Como hay Dios que no comprendo!... ¡Deshonrada y pura a la vez!... Os miráis mutuamente, sin decir palabra; vaga por los trémulos labios la noticia de una acción monstruosa... Os conjuro a que no os moféis por más tiempo de mí... ¿Es pura?... ¿Quién ha dicho eso?

VERRINA. -Mi hija no es culpable.

BORGOGNINO. -Entonces la violencia... (Echa de nuevo mano a la espada.)  
Genoveses... decidme por todos los pecados del mundo, ¿dónde hallaré al desalmado?

VERRINA. -Donde esté el tirano de Génova. (Borgognino, estupefacto. Verrina se pasea pensativo y luego se detiene.) Si no me engañan los indicios, ¡oh, eterna Providencia! quieres servirte de Berta, para libertar a mi patria. (Se adelanta hacia ella, se quita lentamente el crespón que lleva atado al brazo y dice en tono solemne.) No ha de brillar sobre estas mejillas un solo rayo de luz, antes que la sangre de los Doria haya lavado la mancha de tu honor... ¡Hasta entonces... (la cubre con la gasa) cieguen tus ojos! (Pausa. Los tres amigos le contemplan con sorpresa. Verrina extiende la mano sobre la cabeza de Berta.) Maldito sea el aire que respiras, y el sueño que te alivia, y quien te fuere grato en tu desgracia! Ve a esconderte en lo más profundo de mi casa; llora, gime, toma por pasatiempo tu propio dolor. (Estremecido.) Sea tu vida la convulsión del gusano agonizante, el terco y abrumador combate entre el ser y el no ser, y pese sobre ti esta maldición hasta que haya espirado Gianettino. Si así no fuere, arrástrala contigo por toda una eternidad... hasta el día en que se descubra el punto que une los dos extremos de su círculo. (Profundo silencio. Todos los presentes dan muestras de terror, y Verrina los contempla con fija y penetrante mirada.)

BORGOGNINO. -¿Qué has hecho, padre cruel? ¡Lanzar sobre tu hija tan horrible y monstruosa maldición!

VERRINA. -Es horrible, ¿verdad... tierno novio? (Alzando la voz.) ¿Quién de vosotros osará hablar ahora de aplazamientos y de fría serenidad?... La suerte de Génova pesa sobre mi Berta, y mi ternura de padre responde de mis deberes de ciudadano. ¿Quién sería ahora tan cobarde que quisiera aplazar la hora de vuestra libertad, sabiendo que este cordero sin mancha sufre, por tal cobardía, horribles tormentos? ¡Vive Dios que no hablé a tontas y a locas!... Lo he jurado, y no habrá piedad para mi hija mientras no vea tendido en el suelo a Doria, más que deba ingeniarle para torturarla como un verdugo, y magullarla en el potro como un caníbal... ¡Tembláis!... Me estáis mirando, pálidos como espectros... Te repito, Escipión, que ella es para mi como prenda de que tú degollarás al tirano. De tan precioso lazo cuelga tu deber, el mío, el vuestro. Fuerza es que caiga el déspota de Génova, o no hay esperanza para mi hija. No me retracto.

BORGOGNINO. (Se arroja a los pies de Berta.) -Caerá, caerá como víctima por Génova. Tan cierto que hundiré esta espada en el corazón de Doria, como que ansío deponer en tus labios el tierno beso de esposo. (Se levanta.)

VERRINA. -Será esta la primera pareja que bendigan las furias. Enlazad vuestras manos. Pues quieres pasarle el pecho a Doria, tómala, tuya es.

CALCAGNO. (Arrodillándose.) -Ahí tenéis otro genovés que se arrodilla y depone su temible acero a los pies de la inocencia. Así le sea tan fácil a Calcagno acertar con el camino del cielo, como a su espada con el corazón de Doria. (Se levanta.)



SACCO. -Rafael Sacco es el último en prosternarse, pero no el menos resuelto. Si no abre mi puñal la prisión de Berta, que Dios cierre el oído a mi postrera oración. (Se levanta.)

VERRINA. (Con júbilo.) -Os doy las gracias en nombre de Génova, amigos. Ve, hija mía: sé dichosa con sacrificarte así por la causa de la patria.

BORGOGNINO. (La abraza.) -Ve, confía en Dios y en Borgognino. El mismo día verá la libertad de Génova y de Berta. (Berta se va.)

### Escena XIII

Dichos, menos BERTA.

CALCAGNO. -Antes de pasar adelante, una palabra, genoveses.

VERRINA. -La presumo.

CALCAGNO. -¿Seremos bastantes los cuatro para derribar la hidra poderosa de la tiranía? ¿No sería conveniente sublevar al pueblo, y atraer a la nobleza a nuestro partido?

VERRINA. -Comprendo. Oye, pues: tengo a sueldo, hace algún tiempo, un pintor que trabaja ahora en un lienzo que representa la caída de Apio Claudio. Fiesco es adorador de las bellas artes, y se entusiasma con facilidad a la vista de un asunto elevado. Haremos que lleven el cuadro a su palacio, y mientras le contemple, permaneceremos junto a él. Tal vez al aspecto de la pintura despertará su genio... tal vez...

BORGOGNINO. -Para nada le queremos. Redobla el esfuerzo, y no los auxiliares, dice el héroe. Tiempo ha que sentía en mi alma un vacío que nada podía llenar, y advierto de súbito que era... (Se yergue con heroico ademán.) Ya tengo un tirano.

(Cae el telón.)

## Acto II

### Escena I

Antecámara en el palacio de Fiesco.

LEONOR. ARABELLA.

ARABELLA. -Os digo que no. Sin duda no lo habéis visto bien, o lo habéis visto con los ojos de los celos.

LEONOR. -Era Julia en persona; vaya, no hables más de ello. Mi retrato iba colgado de una cinta azul celeste, y ésta era de color de fuego... Mi suerte está decidida.

Escena II

Dichos. JULIA.

JULIA. (Con afectados modales.) -El Conde me ha invitado a ver desde su palacio el cortejo que se dirige a la casa capitular. ¡Qué largo va a parecerme el tiempo! Mientras traen el chocolate, señora, hacedme compañía. (Arabella se va, y vuelve a poco.)

LEONOR. -¿Queréis que invite a alguien a pasar aquí?

JULIA. -¡Ca, no! ¡Qué horror!... ¡Como si aquí viniera por ver gente!... Vos me distraeréis, señora. (Se pasea haciendo mil dengues.) Podéis empezar, porque no tengo qué hacer.

ARABELLA. (Con malicia.) -¡Oh, qué preciosa mano, señora! ¿No se os ocurre cuán cruel ha de ser privar a los galancetes, de la vista de esta lindeza?... ¡Y qué brillante aderezo de perlas!... Casi deslumbra... ¡Dios mío!... ¡Si parece que cargasteis con todos los despojos del mar!

JULIA. (Delante de un espejo.) -Para ti, muchacha, esto es una rareza; pero oye; ¿tus amos te tomaron también para que hablaras?... ¡Está gracioso, señora!... Obsequiáis a vuestros huéspedes por medio de los criados.

LEONOR. -Siento mucho que mi mal humor no me permita gozar de los atractivos de vuestra visita.

JULIA. -Esta cortedad y embarazo nace de la falta de hábito... ¡Vaya!... un poco de chispa... de viveza! Este no es el medio propio para encadenar a vuestro marido.

LEONOR. -Sólo conozco uno, Condesa; procurad que los vuestros sean siempre ocasión de simpatía.

JULIA. (Sin atenderla.) -¡Y qué porte, señora! ¡Por Dios!... Cuidad más de vuestra persona, y echad mano de los recursos del arte, ya que la naturaleza os trató como madrastra. ¡A ver!... un poco de colorete en estas mejillas, que llevan impresa la huella de una pasión enfermiza. ¡Pobre criatura! Tal como estáis, no enamoraréis a nadie con vuestro rostro.

LEONOR. (Alegremente, a Arabella.) -Dame albricias, muchacha. Imposible que haya perdido a Fiesco, y si le perdí, no perdí gran cosa.

(Traen el chocolate, que sirve Arabella).

JULIA. -¡Habláis de haber perdido algo!... Pero ¡Dios mío! ¿cómo fue que se os ocurriera la trágica idea de casaros con Fiesco? ¿Por qué, vamos a ver, subir a tal altura, donde necesariamente habíais de ser vista, y arrostrar las comparaciones? Ciertamente, querida mía, quien os unió a él era un necio o un tunante. (Asiéndole la mano compasiva.) ¡Pobre niña!... Un hombre como él, admitido en la buena sociedad, no podía ser para ti un buen partido.

(Toma una taza de chocolate.)

LEONOR. (Sonriendo, a Arabella.) -O bien no debiera desear que le recibieran en la buena sociedad.

JULIA. -El Conde tiene buena figura, y mucho trato y buen gusto. Ha tenido además la dicha de relacionarse con personas de distinción, y es discreto... animado!... Y ved aquí que cuando se sustrae a los halagos de la reunión en que ha ido animándose, y vuelve a casa, su mujer le recibe con su ordinaria ternura, y apaga el ardor de su alma con fríos besos, y le sirve la correspondiente porción de caricias, como un posadero a su huésped... ¡Pobre marido! Allí los hechizos del ideal que le sonrío; aquí el tedio que le causa la enfermiza sensibilidad de su mujer. Decídmelo por Dios, señora; si no ha perdido el juicio ¿qué elegirá?

LEONOR. (Presentándole una taza.) -Os elegiré a vos, señora... si lo ha perdido.

JULIA. -¡Muy bien!... Yo volveré contra ti el epigrama. Tiembla por esta chanza... pero antes cúbrete de vergüenza.

LEONOR. -¡Cómo!... ¿También vos sabéis lo que sea ruborizarse? ¿Por qué no? ¿No es el rubor un nuevo artificio de tocador?

JULIA. -¿Conque basta irritar al gusano para que eche también chispas? Bien... Fue chanza; dadme la mano, señora, en señal de reconciliación.

LEONOR.. (Dándole la mano con elocuente mirada.) -Condesa, cuidad que mi cólera no turbe vuestro reposo.

JULIA. -¡Oh!..., ¡Qué magnánima! ¿Pero no puedo serlo también yo a mi vez, Condesa? (Lentamente y espiando a Leonor.) Si llevo conmigo el retrato de cierta persona, ¿no se sigue de aquí que el original debe serme precioso?... ¿Qué os parece?

LEONOR. (Confusa y colorada.) -¿Qué decís?... Espero que la consecuencia es algo aventurada.

JULIA. -También lo creo yo. El corazón no llama en su ayuda a los sentidos, ni el verdadero afecto va a refugiarse detrás de un simple adorno.

LEONOR. -¡Dios mío ¿Por dónde venís a parar a esta verdad?

JULIA. -Por el camino de la compasión, de la simple compasión, señora. Porque... ¿veis? puede retorcerse el concepto y entonces volvéis a poseer vuestro marido. (Le entrega el retrato y se echa a reír con malévola intención.)

LEONOR. (Con dolor.) -¡Mi retrato en vuestras manos! (Se echa en un sillón.) ¡El indigno!

JULIA. (Con júbilo.) -Me parece que logré desquitarme ¿verdad? Pues bien, señora; basta de alfileretazos. (Llama.) ¡El coche! Logré mi objeto. (A Leonor acariciándole la barba.) Consolaos, hija mía. Me dio el retrato en un momento de locura. (Se va.)

### Escena III

LEONOR. CALCAGNO.

CALCAGNO. -¡Cómo es eso!... Sale de aquí muy animada la Condesa, y vos, en cambio, señora, estáis conmovida.

LEONOR. (Con desgarradora pena.) -¡No!... ¡esto es indigno!

CALCAGNO. -¡Vive Dios!... Supongo que no lloráis, ¿verdad?

LEONOR. -¡Un amigo de aquel bárbaro!... Salid de mi presencia.

CALCAGNO. -¡Qué bárbaro!... Me asustáis.

LEONOR. -Mi marido. No, Fiesco.

CALCAGNO. -¿Qué es lo que oigo?

LEONOR. -Nada; una villanía de las que suelen los hombres.

CALCAGNO. (Asiéndole la mano con viveza.) -Señora, ¡si supierais qué corazón el mío para compadecer a la virtud que sufre!

LEONOR. (Con gravedad.) -Hombre, al fin... Para mi no valéis cosa.

CALCAGNO. -Soy vuestro, señora, completamente vuestro... Si supierais qué sentimiento poderoso, infinito...

LEONOR. -Eres hombre y mientes... Antes prometes que das.

CALCAGNO. -Os juro...

LEONOR. -¡Juramentos! Basta; que la misma Providencia divina debe de fatigarse de registrarlos todos. ¡Ah, hombres!... ¡hombres!... A ser vuestros juramentos otros tantos demonios, con ellos podríais escalar el cielo y prender a los mismos ángeles.

CALCAGNO. -Deliráis, Condesa. Vuestro dolor os hace injusta. ¿Vais a condenar a todos por el crimen de uno solo?

LEONOR. (Mirándole con dignidad.) -Si a todos les adoraba en uno, ¿no he de aborrecerles en uno a todos?

CALCAGNO. -Tentad, Condesa, un nuevo paso. Mal empleo hicisteis de vuestro corazón la primera vez; yo sé dónde podría descansar.

LEONOR. -¡Pero si al mismo Creador acabaréis por arrojar del mundo con tanta mentira!... Nada quiero oír de ti.

CALCAGNO. -Hoy mismo debierais revocar en mis brazos tan dura sentencia.

LEONOR. (Fijando la atención.) -Acaba; ¿en tus...

CALCAGNO. -En mis brazos que se abren para recibir a la abandonada esposa, y compensarla del amor que perdió.

LEONOR. (Mirándole con dignidad.) -¡El amor!

CALCAGNO. (Hincando la rodilla.) -Sí; he pronunciado la palabra. ¡Amor, señora! La vida o la muerte se hallan para mí en vuestros labios. Si mi pasión es un crimen, la virtud y el vicio son una misma cosa y la misma condenación alcanza al cielo y al infierno.

LEONOR. (Retrocediendo airada y con dignidad.) -¡A eso iba a parar tu compasión, pérfido! ¿Así haces traición de una vez al amor y a la amistad? ¡Lejos de mí para siempre,

odiosa raza! Hasta ahora creí que sólo engañabas a las mujeres; ignoraba que también te vendes a ti misma.

CALCAGNO. (Estupefacto.) -¡Señora!

LEONOR. -No le basta a ese hipócrita romper el sagrado sello de la confianza: le es necesario empañar con venenoso aliento el límpido espejo de la virtud, y acostumbrar al perjurio a la misma inocencia.

CALCAGNO. (Con viveza.) -¡Como no sois vos la única en perjurar!

LEONOR. -Comprendo. Mi pena debiera pervertir mi corazón. (Con nobleza.) ¿Ignoráis por ventura que la misma desgracia, la grandiosa desgracia de ser engañada por Fiesco, ennoblece el corazón de la mujer? Id enhoramala. Bien puede la deshonra de un Fiesco degradar a la humanidad, pero nunca levantar a un Calcagno hasta mí. (Vase.)

CALCAGNO. (Mirándola sorprendido y golpeándose la frente.) -¡Qué necio soy!

#### Escena IV

FIESCO. EL MORO.

FIESCO. -¿Quién acaba de salir de aquí?

EL MORO. -El marqués de Calcagno.

FIESCO. -Han dejado en el sofá un pañuelo... Mi mujer estaba aquí.

EL MORO. -Acabo de encontrarla vivamente agitada.

FIESCO. -El pañuelo está humedecido. (Lo recoge.) ¡Aquí, Calcagno!... ¿Leonor conmovida? (Tras breve instante de reflexión.) Esta misma tarde me enterarás de lo que sucede.

EL MORO. -La señorita Arabella gusta de que le digan que es muy rubia; ella hablará.

FIESCO. -Hete pasadas treinta horas desde que recibiste mis órdenes. ¿Las has cumplido?

EL MORO. -Sin olvidar una jota, señor.

FIESCO. (Sentándose.) -Cuéntame qué se dice de Doria y el gobierno actual.

EL MORO. -¿Qué dicen?... Pestes, señor. El solo nombre de Doria les da calentura. Odian mortalmente a Gianettino y todo se vuelve murmurarle. Los franceses -dicen- eran los ratones de Génova, y Doria el gato que los ha devorado y se entretiene ahora en comerse los ratoncillos.

FIESCO. -Bien puede ser. ¿No conocen algún perro para tales gatos?

EL MORO. (Ligeramente.) -En alguno que otro sitio de la ciudad se habla de cierto... de cierto... ¡Diablo!... ¿Si habré olvidado el nombre?

FIESCO. (Levantándose.) -¡Imbécil! Tan fácil es retenerlo en la memoria, como difícil fue el adquirirlo. ¿Acaso Génova posee más de uno?

EL MORO. -No, por cierto, como no posee dos Lavagnas.

FIESCO. (Sentándose.) -Esto es algo. ¿Y qué dicen de mi vida disipada?

EL MORO. (Mirándole asombrado.) -Oídmme, conde de Lavagna. Preciso es que Génova os tenga en mucho. Nadie se resigna a creer que tan noble caballero, dotado de talento y energía, vehemente, de gran influjo, poseedor de cuatro millones... un hombre que lleva en las venas sangre de príncipe, un caballero como Fiesco, que a una señal suya arrastraría consigo todos los corazones...

FIESCO. (Volviéndose con desprecio.) -¡Que deba oír esto de labios de un granuja!

EL MORO. -...Que el grande hombre de Génova se duerma, mientras Génova se derrumba. Muchos lo sienten y otros se ríen de ello, pero los más os condenan y todos compadecen al Estado porque os ha perdido. Un jesuita pretende que le huele a zorra el cordero.

FIESCO. -Una zorra huele a otra. ¿Qué dicen de mis romancescas relaciones con la condesa Imperiali?

EL MORO. -Algo que de buena gana callaría.

FIESCO. -Habla con libertad. Cuanto más osado, con mayor gusto te escucharé. ¿Qué se murmura?

EL MORO. -No se murmura; se dice a voz en grito, en tabernas y billares, en posadas y paseos, en el mercado, en la Bolsa...

FIESCO. -¿Qué? Te lo mando.

EL MORO. (Retirándose.) -Que estáis loco.

FIESCO. -Muy bien. Toma un zequí por tu relato. Por dar qué pensar a los genoveses empuñé el cetro de la locura, y ahora voy a cortarme el pelo para competir con sus arlequines. ¿Cómo recibieron los tejedores de seda mis regalos?

EL MORO. (En tono chancero.) -Señor loco, parecían pobres reos...

FIESCO. -¡Señor loco!... ¿Has perdido el juicio, camarada?

EL MORO. -Perdonadme; me dio el antojo de ganar algunos zequíes más.

FIESCO. (Riéndose, le da otro.) -Sigue... pobres reos...

EL MORO. -...que reciben de golpe el indulto, con la sogá al cuello. Están con vos, en cuerpo y alma.

FIESCO. -Lo celebro, porque son los que disponen del populacho.

EL MORO. -¡Qué escena!... Lléveme el diablo si faltó mucho para que me aficionara a la generosidad. Se echaron a mi cuello como locos. Tanto se acercaban a mi negra cara las muchachas, que parecían del mismo color de mi padre. Yo decía para mí: ¡Qué poder el del dinero que hasta a un moro puede hacer blanco!

FIESCO. -Mejor es tu pensamiento que el fango en que germina. Buenas son las noticias que traes, y sólo falta que se conviertan en obras.

EL MORO. -Como en horrísona tempestad el ligero rumor del trueno. Ya se buscan y se reúnen y murmuran, apenas acierta a pasar un extranjero. Reina el bochorno en Génova y el descontento se cierne como espesa nube sobre la República... Basta una ráfaga de viento para que estallen los rayos y caiga el granizo.

FIESCO. -Silencio. Oye... ¿Qué rumor es ese?

EL MORO. (Mirando por la ventana.) -Los gritos de la muchedumbre que vuelve de la casa capitular.

FIESCO. -Hoy se elige el procurador. Di que traigan el coche. Es imposible que la sesión haya terminado... quiero asistir a ella... es imposible que haya legalmente terminado... La espada y la capa... ¿Dónde está mi placa?

EL MORO. -Señor, os la he robado y empeñado.

FIESCO. -Pues me alegro.

EL MORO. -¿Y no recibiré mi recompensa?

FIESCO. -¿Por no haber robado también la capa, tal vez?



EL MORO. -Por haber descubierto el ladrón.

FIESCO. -Suenan más cerca las algazaras. Oye, ¿aplauden? (Con viveza.) Date prisa, abre la puerta del patio. No sé qué me da el corazón. Doria es atrevido como él solo... El gobierno se bambolea sobre la punta de un alfiler. Apuesto a que va a pasar algo en la Signoria.

EL MORO. (Gritando desde la ventana.) -¿Qué hay? Vienen por la calle Balbi, a millares... ¡Ya centellean las alabardas y las espuelas!... Se refugian hacia acá los senadores.

FIESCO. -¡Un motín!... Mira, ve a mezclarte con ellos y pronuncia mi nombre. Haz que vengan aquí. (El Moro se va corriendo.) Lo que la hormiga arrastró y amontonó a fuerza de paciencia, lo dispersa el viento del azar en un abrir y cerrar de ojos.

Escena V

FIESCO, ZENTURIONE, ZIBO, ASSERATO, salen atropelladamente.

ZIBO. -Dispensadnos, Conde, que entremos sin anunciarnos.

ZENTURIONE. -He sido ofendido, mortalmente ofendido por el sobrino del Dux, delante de toda la Signoria.

ASSERATO. -Doria ha manchado el libro de oro, del que es una página cada noble genovés.

ZENTURIONE. -Ahí tenéis por qué estamos aquí. En mi persona ha sido insultada la nobleza entera, y la nobleza entera debe tomar sobre sí mi venganza. Cuanto a mi propio honor, sabré defenderlo sin necesidad de auxilio alguno.

ZIBO. -La nobleza comparte su cólera y está que arde.

ASSERATO. -Los derechos de la nación han sido aniquilados. La libertad de la República recibió un golpe mortal.

FIESCO. -¡Por Dios que me tenéis en viva expectación!

ZIBO. -Él era el vigésimo nono a votar. Había echado una bola de oro y debía elegir el procurador. Se acababan de recoger veinte y ocho votos; catorce por mí, catorce por Lomellino, y él y Doria se habían abstenido hasta entonces.

ZENTURIONE. (Interrumpiéndole.) -Faltaban aún dos votos. Yo he votado por Zibo. Doria... ¡mirad qué ultraje!... Doria...

ASSERATO. (Toma de nuevo la palabra.) -No se vio nada parecido en Génova, desde que el mar baña sus muros.

ZENTURIONE. (Con creciente energía.) -Doria tira de la espada que llevaba oculta bajo el manto de escarlata, y la clava en mi papeleta, gritando a la junta:

ZIBO. -¡Senadores!... Ese voto es nulo porque está agujereado.

ZENTURIONE. -¡Lomellino es procurador!... y echa la espada en la mesa.

FIESCO. (Pausa.) -¿Y qué resolvéis?

ZENTURIONE. -La República ha sido herida en el corazón... ¿qué resolvemos?

FIESCO. -Zenturione, el más ligero soplo abate la caña, mas para abatir a la encina se necesita un huracán. Vuelvo a preguntaros qué habéis decidido.

ZIBO. -Pensé que nos preguntaríais qué decide Génova.

FIESCO. -¡Génova!... ¡Génova!... No hablemos de ella. ¡Carcomido madero que se quiebra al asirle! Por que les veis cariacontecidos, y se encogen de hombros cuando se habla del Estado, ¿contáis tal vez con los patricios? Mejor es dejarlos. Todo su antiguo y heroico ardor se cifra en los negocios mercantiles y su alma vaga inquieta en torno de la flota de Indias.

ZENTURIONE. -Cuidad de conocerlos mejor. Apenas hubo cometido Doria su insolente hazaña, más de ciento huyeron hacia la plaza rasgando sus vestidos, y la Signoria se dispersó.

FIESCO. (En tono de mofa.) -Sí, como las palomas a la vista del milano.

ZENTURIONE. (Con vehemencia.) -No, sino como la pólvora inflamada.

ZIBO. -El pueblo está fuera de sí. ¿De qué no será capaz el jabalí herido?

FIESCO. -¿Quién? Ciego y torpe gigante que primero mete mucho ruido sacudiendo la pesada osamenta y parece que va a tragarse con su boca cuanto existe, lo grande y lo pequeño, lo próximo y lo lejano, para tropezar luego en una hilaza. ¡Es inútil, genoveses! Ha pasado la época de los soberanos del mar. Génova yace abrumada bajo el peso de su propio nombre y se halla en el mismo caso que la invencible Roma cuando fue a dar como un rehilete en la pala de un niño, el desmedrado Octavio. Ni puede ya ser libre. Sólo un monarca puede reanimarla. Génova necesita un dueño. Así, mejor es que rindáis pleito-homenaje al atolondrado Gianettino.

ZENTURIONE. -Sí, cuando se reconcilien los contrarios elementos y el polo norte se lance al encuentro del polo sur... Vamos, compañeros.

FIESCO. -Aguardad, aguardad. ¿Qué estás pensando, Zibo?

ZIBO. -Nada, una chanza que será tenida por un terremoto.

FIESCO. (Llevándole hacia una estatua.) -Contemplad esa figura.

ZENTURIONE. -Es la Venus de Florencia. ¿Pero qué tenemos que ver con eso ahora?

FIESCO. -¿Pero os agrada?

ZIBO. -Sin duda. Malos italianos seríamos si no nos agradase. ¿A qué esa pregunta?

FIESCO. -Pues bien, recorred el mundo entero si queréis, y buscad entre las mujeres más hermosas una sola que reúna en sí todos los atractivos de esta obra de arte.

ZIBO. -¿Y qué sacaremos de eso?

FIESCO. -Nada; convencer a la imaginación de embuste.

ZENTURIONE. (Impaciente.) -¿Pero qué ganamos con eso?

FIESCO. -Pues nada menos que la solución del eterno problema entre la naturaleza y el arte.

ZENTURIONE. (Con calor.) -¿Y entonces?...

FIESCO. -Entonces, entonces... (riéndose) olvidaréis el espectáculo de la ruina de Génova.

## Escena VI

FIESCO solo.

(El tumulto crece al rededor del palacio.) ¡Bravo!... ¡bravo! Ya tenemos a la República ardiendo. Torres y casas son pábulo de las llamas. ¡Adelante! ¡adelante! hasta que sea general el incendio y el viento traiga consigo la destrucción.

## Escena VII

El MORO, acudiendo precipitadamente. FIESCO.

EL MORO. -Ya van reuniéndose.

FIESCO. -Abre las puertas de par en par y deja que entre quien quiera.

EL MORO. -¡Qué republicanos! Doblan el cuello al yugo para ir tirando de la libertad, y bufan jadeantes como bueyes bajo el peso de la aristocracia.

FIESCO. -¡Pobres locos que se figuran que Fiesco de Lavagna continuará lo que no empezó! Muy oportunamente llega la sedición, pero a mí me toca conspirar. Ya se precipitan por la escalera.

EL MORO. -¡Hola! ¡Hola! Ahora entrarán con mucha cortesía... derribando las puertas.

(El pueblo se precipita en la sala. La puerta cae hecha astillas.)

## Escena VIII

FIESCO. Doce Obreros.

TODOS. -¡Muera Doria!... ¡Muera Gianettino!

FIESCO. -Más bajo, más bajo, compañeros. La visita que me hacéis, es para mí una prueba de buen corazón, pero tengo los oídos delicados.

TODOS. (En tumulto.) -¡Abajo Doria!... ¡Abajo el tío y el sobrino!

FIESCO. (Después de haberlos contado; sonriendo.) -¡Doce hombres!... ¡Numeroso ejército!

ALGUNOS. -Es necesario echar a los Dorias y constituir el Estado bajo otra forma.

1r OBRERO. -¡Parece imposible!... ¡Arrojar escalera abajo a los electores!

2º OBRERO. -¿Oís, Lavagna?... escalera abajo porque le contrarían en la elección.

TODOS. -Esto no debe sufrirse... no debe sufrirse.

3r OBRERO.-¡Desenvainar la espada en el Consejo!

1r OBRERO. -¡La espada!... ¡El signo de la guerra en el santuario de la paz!

2º OBRERO. -¡Presentarse con un manto de escarlata en el Senado, en vez de ir vestido de negro, como los demás senadores!

1r OBRERO. -¡Recorrer la capital con un tiro de ocho caballos!

TODOS. -¡Tirano! ¡Traidor al país y al gobierno!

2º OBRERO. -¡Tomar a sueldo doscientos alemanes del imperio para su guardia!

1r OBRERO. -¡Armar a los extranjeros contra los hijos del país, tudescos contra italianos, soldados contra las leyes!

TODOS. -¡Traición!... ¡Tiranía! Esto es acabar con Génova.

1r OBRERO. -¡Llevar en la portezuela de su coche el escudo de la República!

2º OBRERO. -¡Y la estatua de Andrés al palacio de la Signoria!

TODOS. -Hagámosle pedazos a él y la estatua.

FIESCO. -Pero ¿por qué me lo decís a mí todo eso, genoveses?

1r OBRERO. -Vos no debéis consentirlo... debéis meterle en cintura.

2º OBRERO. -Sois valiente y no es posible que lo sufráis. A vos toca sostener nuestra causa.

1r OBRERO. -Sois más noble que él; que os trague; no le toleréis.

FIESCO. -Vuestra confianza me honra en extremo. ¿Podré justificarla con mis actos?

TODOS. (En tumulto.) -¡Hiere... derriba... libértanos!

FIESCO. -¿Queréis oír un consejo?

ALGUNOS. -Hablad, Lavagna.

FIESCO. (Sentándose.) -Cuentan, genoveses, que un día se introdujo la discordia en el reino de los animales. Todo se volvía a luchar entre los partidos, hasta que un perro de matarife se apoderó del trono. Acostumbrado a llevar al matadero las reses, se condujo en el gobierno como quien era, aullando, mordiendo y royendo a su pueblo hasta los huesos. La nación murmuraba, y los más atrevidos se reunieron un día y degollaron al real alano. Entonces se celebró una junta magna para dilucidar la gran cuestión, a saber; cuál era el

gobierno mejor. Los concurrentes se dividieron en tres partidos. Veamos, genoveses, ¿por cuál de ellos os hubierais decidido?

1r OBRERO. -¡Por el del pueblo! ¡Todo por el pueblo!

FIESCO. -Este triunfó realmente y el gobierno fue democrático. Todo ciudadano tenía voto, y decidía la mayoría. En esto se pasaron algunas semanas, hasta que un día el hombre declaró la guerra a la recién fundada república y con este motivo volvió a reunirse la asamblea. El caballo, el león, el tigre, el oso, el elefante y el rinoceronte se adelantaron gritando a las armas. Pero les llega el turno a los demás, y el cordero, la liebre, el ciervo, el asno, todo el enjambre de insectos, la tímida bandada de aves y peces, piden la paz lloriqueando. ¿Estáis? Los cobardes eran más que los valientes, los necios más que los sabios, y la mayoría triunfó, y el reino de los animales depuso las armas, y el hombre lo sometió a su dominio. Con esto fue abolido semejante sistema. A ver ahora, ¿a cuál os inclinaríais?

EL 1r Y EL 2º OBRERO. -Votaríamos por la existencia de varias cámaras.

FIESCO. -Pues este fue el parecer que prevaleció. Los negocios de Estado fueron desde entonces de la incumbencia de varias cámaras. A los lobos se les encargó la hacienda; tenían por secretarios a las zorras; las palomas presidían los tribunales de justicia; los tigres cuidaban de las conciliaciones y los machos cabríos de las desavenencias conyugales. Se armaron las liebres, y en cambio los leones y elefantes iban a retaguardia con los bagajes. El asno era el embajador del reino, y el topo, interventor general de la magistratura. Ya podéis figuraros qué ocurriría con tan acertada distribución de funciones. Quien escapaba a los dientes del lobo caía en los de la zorra, y quien tenía la suerte de salvarse de ésta, en las patas del asno. Los tigres degüellan a los inocentes, y las palomas indultan a los asesinos y ladrones; y si por fin se formaba expediente a los magistrados, al topo le parecen siempre intachables. Con esto los animales se sublevaron y hubo un clamoreo general. Elijamos, decían, un monarca que tenga buena cabeza y buenas patas, y un solo estómago. Y se sometieron a un jefe único... sólo a uno, genoveses, pero... (irguiéndose altivo en medio de ellos) era un león.

TODOS. (Palmoreando y echando al aire los gorros.) -¡Bravo!... ¡bravo!... Pues hicieron muy bien.

1r OBRERO. -Y Génova debe imitarles. Génova cuenta con un hombre.

FIESCO. -No quiero saber quién sea. A casa todos y pensad en el león. (Los obreros se precipitan hacia la puerta.) Esto marcha. El pueblo, como el Senado, está contra Doria y en favor de Fiesco... ¡Hasan!.. ¡Hasan! Me conviene fomentar tales odios y tales simpatías... Hasan... Hasan... a ver... hi de cabra... Hasan.

Escena IX

EL MORO. FIESCO.

EL MORO. (Acudiendo solícito.) -Me arden aún los pies... ¿Qué hay de nuevo?

FIESCO. -Lo que voy a mandarte.

EL MORO. (Con humildad.) -¿A dónde debo ir antes, y a dónde después?

FIESCO. -Por esta vez te hago gracia de la carrera. Lejos de ello, otros te llevarán a ti. Prepárate al instante, porque voy a denunciar tu tentativa de asesinato y a mandarte atado al tormento.

EL MORO. (Retrocediendo.) -Señor, esto es contrario a nuestro pacto.

FIESCO. -Tranquilízate, pues se trata de una chanza. Todo consiste ahora en armarla con lo del atentado de Gianettino contra mí. Serás interrogado.

EL MORO. -¿He de confesar o negar?

FIESCO. -Negarás, y entonces te pondrán en el potro y sufrirás la primera prueba. Bien puedes soportarla a cuenta de tu asesinato. A la segunda, confesarás.

EL MORO. (Meneando la cabeza pensativo.) -El diablo es sutil, señor; no sea que los señores jueces me tengan allí mientras cenan, y burla burlando me enrueden.

FIESCO. -Te doy palabra de que volverás. Por toda satisfacción pediré que seas condenado, y luego he de perdonarte a la faz de la República entera.

EL MORO. -Consiento. ¡Que me dislocan los miembros!... Mejor; así me dejarán más ágil.

FIESCO. -Vaya, hazme un rasguño en el brazo con el puñal hasta que corra sangre. Haré como si acabara de cogerte infraganti por la primera vez. Bien. (Suelta un grito terrible.) ¡Al asesino! ¡Al asesino!... Cerradle el paso... ¡Atrancad las puertas! (Coge al Moro por el cuello. Salen algunos criados.)

Escena X

LEONOR, ROSA, salen asustadas.

LEONOR. -Gritaban ¡al asesino! Aquí eran los gritos.

ROSA. -Sin duda, alguna alarma de las que suelen ocurrir en Génova.

LEONOR. Gritaban ¡al asesino! y el pueblo murmuraba claramente el nombre de Fiesco. ¡Miserable ardid! Quieren ocultarme lo que ocurre, pero a mí no me engañan. Corre, date prisa, ve y dime a dónde le llevan.

ROSA. -Serenaos. Ya fue Bella a verlo.

LEONOR. -Bella recibirá su postrer mirada... ¡Feliz ella, y desdichada de mí! Y pensar que muere por mi culpa. Si él me hubiese amado, nunca se le ocurriera lanzarse al bullicio del mundo e ir a exponerse al puñal de la envidia. (Bella se acerca.) Ven... Bella, ven... No... no digas una sola palabra.

## Escena XI

Dichas. ARABELLA.

ARABELLA. -El Conde vive y está sano y salvo. Yo misma le he visto pasar a galope por la calle, más guapo que nunca. El caballo se pavoneaba y rompía muy ufano por medio del gentío, agolpado en torno del real jinete. De paso me vio, y sonriéndose con mucha gracia, ha hecho una seña hacia acá y me ha echado tres besos. (Con malicia.) ¿Qué voy a hacer de ellos, señora?

LEONOR. (Embelesada.) -¡Charlatana!... Se los devuelves.

ROSA. -¿Veis?... Ya os habéis puesto colorada como la escarlata.

LEONOR. -Él desperdicia su corazón entre bribonas, y yo corro tras él por una mirada. ¡Oh mujeres, mujeres! (Se van.)

## Escena XII

El palacio de Andrés.

GIANETTINO, LOMELLINO, salen corriendo.



GIANETTINO. -Deja que rujan por su libertad, como la leona por sus cachorros. Lo que es yo no he dar un solo traspié.

LOMELLINO. -Sin embargo, monseñor...

GIANETTINO. -Vete al diablo con tu sin embargo, procurador de tres horas ha. Digo que no he de retroceder ni un pelo. Aun cuando las torres de Génova movieran la cabeza, y el mar alborotado se empeñara en decirme que no, no me amedrenta la canalla.

LOMELLINO.-El populacho es como leña que arde fácilmente, pero la nobleza es viento que atiza el fuego. La República entera está amotinada; pueblo y patricios.

GIANETTINO. -Pues bien; he de colocarme, como Nerón, en la altura, para ver tan divertido incendio.

LOMELLINO. -Hasta que las masas se entreguen a un jefe de partido bastante ambicioso, para hacer su agosto en la revuelta.

GIANETTINO. -¡Esos son cuentos! Sólo uno conozco que sea temible, y de éste ya cuido yo.

LOMELLINO. -El Dux serenísimo. (Sale Andrés y ambos se inclinan profundamente.)

ANDRÉS. -Señor Lomellino, mi sobrina desea salir.

LOMELLINO. -Tendré el honor de acompañarla. (Se va.)

### Escena XIII

ANDRÉS. GIANETTINO.

ANDRÉS. -Oye, sobrino; no estoy muy contento de ti.

GIANETTINO. -Dignaos de escucharme, serenísimo tío.

ANDRÉS. -Yo escucho al más miserable mendigo de Génova, si es digno de ello, pero al mal ciudadano jamás, aunque sea mi propio sobrino. Harta es mi bondad de tratarte como tío, porque no a el, sino al Dux y la Signoria debieras dar cuenta de tus actos.

GIANETTINO. -Una palabra, monseñor.

ANDRÉS. -Oye primero lo que has hecho y justífcate. Has derribado el edificio que yo había construido con tal solicitud en el trascurso de medio siglo, el mausoleo de tu tío, su única pirámide, el afecto de los genoveses. Andrés te perdona esta ligereza.

GIANETTINO. -Tío y señor.

ANDRÉS. -No me interrumpas. Has atentado a la obra maestra de gobierno que yo mismo, con la ayuda de Dios, concedí a los genoveses, a costa de tantas vigiliass, de tantos peligros, de tanta sangre. A la faz de la ciudad entera manchaste mi honor de príncipe, con tu falta de respeto a mis instituciones. ¿Para quién serán sagradas, si mi familia las desprecia? Tu tío te perdona esta necesidad.

GIANETTINO. (Ofendido.) Señor, me educasteis para ser dux de Génova.

ANDRÉS. -Cállate. Has cometido un delito de alta traición contra el Estado; le heriste en el corazón, pues es preciso que atiendas, hijo, que el Estado sólo se sostiene con la obediencia. Porque, al caer la tarde, dejara su faena el pastor, ¿creíste por ventura que abandonaba el rebaño? Porque encaneció mi cabeza, ¿has de pisotear las leyes como un vagamundo?

GIANETTINO. (Irritado.) -Basta, señor, que hierve también en mis venas la sangre del mismo Andrés que hizo temblar a Francia.

ANDRÉS. -Que calles, te mando. Estoy acostumbrado a que hasta el mar se calle cuando hablo yo. Violaste la justicia en su propio templo, ¿sabes cuál es tu castigo? Responde ahora, rebelde. (Gianettino calla, fijos los ojos en el suelo.) ¡Desdichado Andrés! Alimenté en mi seno al reptil destructor de mis propias obras. Alcé para los genoveses un edificio que debía desafiar al tiempo, y yo mismo arrojo a él la primera tea. Da gracias, insensato, a esta mi encanecida cabeza que ha de ser llevada a la tumba por las manos de mi familia; da gracias a que mi impío amor me priva de lanzar desde el cadalso la cabeza del rebelde al Estado ofendido. (Se va con presteza.)

#### Escena XIV

LOMELLINO, espantado y sin aliento. GIANETTINO, rojo de vergüenza, sigue con la vista al Dux que se retira.

LOMELLINO. -¡Lo que he visto!... ¡Lo que acabo de oír!... Huid, Príncipe, huid ahora mismo. ¡Todo se ha perdido!

GIANETTINO. (Con amargura.) -¿Qué queda para perder?

LOMELLINO. -Génova, Príncipe. Vengo ahora de la plaza, donde el pueblo se agolpaba junto a un moro que llevaban agarrotado. Seguía el conde Lavagna a la cabeza de

trescientos nobles. Se metieron en la casa del tormento. Acababan de prender al moro en el instante en que iba a asesinar a Fiesco.

GIANETTINO. (Dando una patada.) -¡Qué!... hoy parece que han soltado el infierno.

LOMELLINO. -Le preguntaron severamente quién era su comprador, pero nada confesó, ni entonces, ni la primera vez que le han puesto en el potro. Pero a la segunda, sí lo ha dicho... ¡Monseñor!... ¿Cómo se os ocurrió fiar vuestro honor a ese perillán?

GIANETTINO. (Con sombría mirada.) -Nada me preguntes.

LOMELLINO. -Apenas pronunció el nombre de Doria (antes preferiría oír el mío en el infierno que el vuestro en aquel instante), Fiesco se presentó al pueblo. Harto le conocéis a ese hombre, que cuando ruega, parece que manda y se lleva tras sí los corazones de la multitud. El populacho entero le rodeaba inmóvil de espanto, sin aliento, con los ojos fijos en él; habló poco, pero levantaba el ensangrentado brazo; el pueblo se atropellaba para recoger, cual si fueran reliquias, las gotas de sangre. Puesto el moro a su disposición, Fiesco... ¡que golpe tan fatal para nosotros!... Fiesco le ha perdonado. Entonces truécase el silencio en clamoreo atronador, todo son maldiciones para Doria y vitorean y se llevan a Fiesco en triunfo.

GIANETTINO. (Con risa reprimida.) -Atrévase a subírseme a las barbas. Cuento con el emperador Carlos, y con sólo estas dos palabras he de sofocar de tal modo el motín, que no vibrará una sola campana en Génova entera.

LOMELLINO. -De Bohemia acá la distancia es larga. Tal vez, si tanto se apresura, podrá asistir el Emperador a vuestros funerales.

GIANETTINO. (Saca una carta con un gran sello.) -Entonces es ventura que se halle ya aquí... Mucho se sorprende Lomellino. ¿Tan loco me creía que fuese capaz de irritar a los furiosos republicanos, si no estuvieran ya vendidos y sujetos por traición?

LOMELLINO. (Perturbado.) -Pues digo que no sé qué pensar.

GIANETTINO. -Lo que es yo, pienso lo que tú no sabes. Mi resolución es irrevocable. Pasado mañana morirán doce senadores. Doria ceñirá la corona real y el emperador Carlos será su protector... ¡Te espanta!

LOMELLINO. -¡Doce senadores! ¡Francamente no tengo corazón para tanto!

GIANETTINO. -¡Qué necio eres!... Serán arrojados al pie del trono. Ves; he demostrado a los ministros de Carlos que Francia cuenta aún en Génova con poderosos partidarios que podrían entregarle la República por segunda vez, si no se la destruye hasta en sus raíces. Esto ha producido su efecto en el ánimo de Carlos y suscribió a mi propósito. Ahora tú vas a escribir lo que te dictaré.

LOMELLINO. -No sé todavía...

GIANETTINO. -Siéntate y escribe.

LOMELLINO. -¿Pero qué debo escribir? (Se sienta.)

GIANETTINO. -Los nombres de los doce candidatos... Francisco Zenturione.

LOMELLINO. (Escribiendo.) -En pago de su voto, irá a la cabeza del cortejo.

GIANETTINO. -Cornelio Calva.

LOMELLINO. -Calva.

GIANETTINO. -Miguel Zibo.

LOMELLINO. -Para que se enfríen sus pretensiones al cargo de procurador.

GIANETTINO. -Tomás Asserato y sus tres hermanos. (Lomellino se detiene y Gianettino repite): y sus tres hermanos.

LOMELLINO. (Escribiendo.) -Continuad.

GIANETTINO. -Fiesco de Lavagna.

LOMELLINO. -¡Cuidado! ¡Cuidado! Vais a romperos la crisma contra esa piedra negra.

GIANETTINO.- Escipión Borgognino.

LOMELLINO. -Irá a casarse al otro mundo.

GIANETTINO.-Y yo presidiré las bodas... Rafael Sacco.

LOMELLINO. -Debiera suplicar por éste el indulto hasta que me haya pagado cinco mil escudos. La muerte remite la deuda.

GIANETTINO. -Vicente Calcagno.

LOMELLINO. -Calcagno. Yo me encargo de indicar el último, no sea que se nos olvide nuestro enemigo mortal.

GIANETTINO. -Nunca es tarde cuando llega. José Verrina.

LOMELLINO. -La cabeza de la serpiente. (Se levanta; echa arenilla en el papel, le da una ojeada y lo presenta al Príncipe.) La muerte da pasado mañana una pomposa fiesta y ha invitado a doce príncipes de Génova.

GIANETTINO. (Se acerca a la mesa y firma.) -Esto es hecho. Pasado mañana se hará la elección de dux, y cuando se hallen reunidos los senadores, a una señal que haré yo con el pañuelo, serán muertos los doce a un tiempo, y mis doscientos tudescos tomarán por asalto la casa capitular. Una vez habremos dado el golpe, Gianettino Doria entrará en la sala y se hará reconocer por soberano.

LOMELLINO. -¿Y Andrés?

GIANETTINO. (Con desprecio.) -¡Es un pobre viejo! (A un criado.) Si el Dux pregunta por mí, que le digan que estoy en misa. (Vase el criado.) El demonio que llevo conmigo sólo puede guardar su incógnito bajo la máscara de la devoción.

LOMELLINO. -¿Y qué hago de este papel, Príncipe?

GIANETTINO. -Tómale y hazle circular entre los nuestros. Además, un correo debe llevar esta carta a la ribera de Levante. En ella encontrará Espínola las noticias de cuanto ocurre, con la orden de hallarse mañana mismo en la ciudad, a las ocho de la mañana.

LOMELLINO. -Tiene vuestro plan un defecto. Fiesco no asiste al Senado.

GIANETTINO. -Mucho será que no hallemos otro asesino... Yo me encargo de ello. (Vanse en opuesta dirección.)

Escena XV

Vestíbulo en el palacio de Fiesco.

FIESCO con algunas cartas y letras de cambio. El MORO.

FIESCO. -¿Conque han llegado las cuatro galeras?

EL MORO. -Anclaron sin novedad en la dársena.

FIESCO. -A buen punto llegan. ¿Y de dónde vienen los correos?

EL MORO. -De Roma, Placencia y Francia.

FIESCO. (Abre las cartas y les da una ojeada.) -Bien venidos sean a Génova. (Con alegría.) A ver; quiero que sean acogidos de un modo regio.

EL MORO. -¡Hum! (Hace que se va.)

FIESCO. -Oye, aguarda. Mucho qué hacer te cae encima.

EL MORO. -¿Qué me mandáis? ¿Queréis que os traiga la nariz del perro de caza o el dardo del escorpión?

FIESCO. -Por de pronto, el reclamo del pajarero. Mañana por la mañana se colarán en la ciudad para entrar a mi servicio, dos mil hombres disfrazados. Coloca tus agentes a las puertas con la orden de vigilar atentamente a los transeúntes. Algunos entrarán de romeros que acuden en peregrinación a Nuestra Señora de Loreto; otros de religiosos o saboyardos o cómicos; otros de tratantes o músicos; y los más como licenciados del ejército que vienen aquí a comer el pan de Génova. A cada uno se le preguntará dónde piensa alojarse, y si contesta que en la Serpiente de oro, recíbasele con afecto, e indíquesele mi casa. Fío en tu habilidad, buena pieza, ¿oyes?

EL MORO. -Tanto, señor, como en mi maldad. Si me escapa un pelo, cargad con mi par de ojos un arcabuz y disparad con ellos a los gorriones. (Hace que se va.)

FIESCO. -Aguarda. Hay algo que hacer todavía. La vista de las galeras dará golpe en el pueblo. Fíjate en lo que digan con tal motivo. Si alguien te pregunta algo, contesta que has oído decir vagamente que tu señor se propone dar caza a los turcos con ellas. ¿Comprendes?

EL MORO. -Comprendo. Se le echa el muerto a los turcos. Lo que haya en el fondo del saco, sólo el diablo lo sabe. (Hace que se va.)

FIESCO. -Despacio; otra precaución. Gianettino tiene ahora nuevos motivos para odiarme y preparar mi caída. Ve y observa a tus camaradas, a ver si descubres algún otro asesino, y como Doria suele frecuentar también los burdeles, procura arrimarte a las mozas. A veces se esconde más de un secreto de Estado entre los pliegues de unas faldas. Promételes el oro y el moro, hasta tu propio dueño, si a mano viene. Nada, por respetable que sea, nada dejes de sumergir en ese cieno, hasta haberle sondeado completamente.

EL MORO. -¡Basta! ¡basta! Soy parroquiano de cierta Diana Bononi, de quien fui proveedor como cinco trimestres. Anteayer vi que salía de allí Lomellino.

FIESCO. -Está bien. Lomellino es precisamente el eje de todas las aventuras de Doria. Mañana irás allí temprano. Tal vez esta misma noche sea el Endimión de aquella casta Diana.

EL MORO. -Falta todavía una noticia, monseñor. Si los genoveses me preguntan... y claro que lo preguntarán... qué piensa Fiesco del estado de Génova, ¿seguiréis fingiendo mucho tiempo, o qué debo responder?

FIESCO. -Responde... Aguarda. Todo está en sazón, y el dolor anuncia el parto... Génova, dirás tú, está con la soga al cuello y mi amo se llama Juan Ludovico Fiesco.

EL MORO. (Alegre.) -Así lo haré, señor, y doy mi palabra de tunante que daré qué hablar. Y ahora, manos a la obra, amigo Hasan. Primero, a la taberna. Ya les cayó qué hacer a mis zancas. Bueno será que coma algo, porque tripas llevan pies. (Hace que se va y vuelve apresurado.) Ahora caigo en ello... seré breve. Deseabais saber qué ha pasado entre Calcagno y vuestra esposa, ¿verdad? Pues... que le dio calabazas, señor... esto es todo. (Se va corriendo.)

## Escena XVI

FIESCO solo.

Os compadezco, Calcagno. ¿Mas por ventura creísteis que había de exponer de tal modo mi honor conyugal, si la virtud de mi esposa y mi propio valer no me hubieran respondido de él? Pero me place este galanteo. Eres un buen soldado, y él pondrá a mi servicio tu brazo para perder a Doria. (Se pasea a lo largo de la escena.) Ahora, hétenos Doria en el campo de batalla. Ya están en juego todos los resortes de mi grande empresa y templados los instrumentos para el temible concierto. Sólo falta que deje caer la máscara y presente Fiesco a los patriotas de Génova. (Pasos dentro.) ¡Una visita! ¿Quién puede venir a molestarme a esas horas?

## Escena XVII

FIESCO, VERRINA, ROMANO, con un cuadro. SACCO, BORBOGNINO, CALCAGNO.

Todos le saludan inclinándose.

FIESCO. (Va a su encuentro y con sincera alegría). -Bien venidos, señores. ¿Qué importante asunto os trae a mi casa? ¿Tú también, Verrina, querido hermano? En verdad que te hubiera desconocido si no te siguiera asiduamente con el pensamiento, más que con los ojos. Parece que desde el último baile, no había vuelto a ver a mi Verrina.

VERRINA. -No me recuerdes esta fecha, amigo. De entonces acá, enorme peso ha venido a abrumar mi encanecida cabeza, pero basta con esto.

FIESCO. -No, no basta para calmar mi inquietud. Quiero que me hables de ello, cuando estemos solos. (A Borgognino.) Bien venido, joven héroe. Aunque hace poco que os conozco, mi amistad es ya muy honda. ¿Tenéis ya mejor opinión de mí?

BORGOGNINO. -Estoy en camino de adquirirla.

FIESCO. -Me han dicho, Verrina, que este joven caballero va a ser tu yerno y apruebo tu elección. Sólo una vez le hablé, y me creería honrado con que lo fuera mío.

VERRINA. -Me enorgullezco por mi hija, de tu parecer.

FIESCO. (A los demás.) -¿Cómo va, Sacco? ¿Cómo va, Calcagno? Os veo por mi casa muy de tarde en tarde. En poco voy a tener mi hospitalidad, si los más nobles ciudadanos de Génova pasan de largo por delante de mi puerta. Aquí saludo a un quinto huésped, desconocido para mí ciertamente, pero hartos le recomienda su digna compañía.

ROMANO. -Es simplemente un pintor y se llama Romano; hombre que vive de plagiar a la naturaleza, sin que cuente con otros blasones que su pincel. (Haciendo un profundo saludo.) Ahora está a punto de sorprender los grandes rasgos de una cabeza de Bruto.

FIESCO. -Venga esa mano. La pintura, vuestra amiga, se halla unida a mi casa con vínculos de parentesco; yo la amo como a una hermana. El arte es la mano derecha de la naturaleza. Ésta hizo las criaturas, y aquella los hombres. ¿Qué pintáis, Romano?

ROMANO. -Escenas de la vigorosa antigüedad. Tengo en Florencia un Hércules moribundo, una Cleopatra en Venecia, un Ajax furioso en Roma..., allí donde reviven los héroes de otros tiempos; en el Vaticano.

FIESCO. -¿Y en qué trabaja ahora vuestro pincel?

ROMANO. -Lo he abandonado, señor, porque la llama del genio dura menos aún que la de la vida, y llega un punto en que ya sólo enciende la corona de papel que la rodea. Esta es mi última obra.

FIESCO. (Alegremente.) -No podía llegar en mejor ocasión. Me siento hoy más alegre de lo acostumbrado, con cierta templanza heroica, y abierto el ánimo a las más gratas impresiones de la bella naturaleza. Colocad allí vuestra obra. Será para mi una fiesta ese espectáculo. Venid, amigos; entreguémonos sin reserva al artista. Vamos; mostradnos la pintura.

VERRINA. (Haciendo una seña a los demás.) -Atención, genoveses.

ROMANO. (Coloca el cuadro.) -La luz ha de venir de ese lado. Tirad esa cortina y corred la otra. Bien. (Se hace a un lado.) Es la historia de Virginia y Apio Claudio. (Larga pausa. Todos contemplan el cuadro.)

VERRINA. (Con entusiasmo.) -¡Despierta, buen viejo!... ¿Tiemblas, tirano?... ¡Cómo palidecéis, romanos!... Seguidle... brilla el puñal... Seguidme, genoveses... ¡Muera Doria!... ¡Muera!... ¡Muera! (Se lanza hacia el cuadro.)

FIESCO. (Sonriendo, al pintor.) -¿Qué mayor elogio que éste para el artista? Vuestro arte ha convertido a ese anciano, en joven soñador.



VERRINA. (Sin fuerzas.) -¿Dónde estoy? ¿A dónde han ido? ¿Desaparecieron como pompas de jabón? ¿Tú aquí, Fiesco? Y el tirano vive todavía, Fiesco.

FIESCO. -Pues mira. Muchas cosas has dejado de observar con atención. A ti te parece admirable la cabeza del romano; pues déjala y contempla a la hija. ¡Qué dulzura! ¡qué virginal expresión! ¡Cuánta gracia en los descoloridos labios! ¡Cuán voluptuoso hechizo en la moribunda mirada! Inimitable, divino, Romano. ¡Qué encanto en aquel seno de deslumbradora blancura que hincha un postrer suspiro! ¡Ah! Seguid pintando beldades como esa, Romano. Quiero prosternarme ante vuestra imaginación y dar para siempre un adiós a la naturaleza.

BORGOGNINO. -¿Era esta la sublime impresión que esperabas, Verrina?

VERRINA. -¡Valor, hijo mío! Dios rechaza sin duda el brazo de Lavagna y fía en el nuestro.

FIESCO. (Al pintor.) -No hay duda; esta es vuestra última obra, Romano. Agotada vuestra inspiración abandonaréis los pinceles. Pero mientras admiro al artista, olvido su obra, y podría permanecer aquí contemplándola, sin reparar en un terremoto de fuera. Llevaos el cuadro, que para pagar esta sola cabeza de Virginia, fuera necesario empeñar Génova. Lleváoslo.

ROMANO. -El artista queda pagado con la gloria. Os le doy. (Hace que se va.)

FIESCO. -Un poco de paciencia, Romano. (Recorre la sala con majestuoso paso, como preocupado con un gran pensamiento. De cuando en cuando, fija en los presentes una mirada penetrante; luego coge de la mano al pintor y le lleva delante de su cuadro.) Ven acá, pintor. (Con altivez y dignidad.) Muy orgulloso estás, vive Dios, por haber fingido la vida en una simple tela, y perpetuado con poco esfuerzo una grande acción. ¡Cómo blasonas de tu entusiasmo de poeta, y de tu imaginación, que toma por lo serio estos muñecos sin alma, sin fuerza, sin movimiento! Y en resumen ¿qué? Derribas a los tiranos en pintura, y en la vida real eres un miserable esclavo. Con una pincelada das la libertad a la República y no puedes romper tus propias cadenas. (Con energía y en imperioso tono.) Ve; tu obra es pura farsa. Ceda la apariencia a los hechos. (Con grandeza y derribando el cuadro.) Yo he realizado lo que tú sólo has sido capaz de pintar. (Estupefacción general. Romano coge el cuadro, confuso, y se va precipitadamente.)

Escena XVIII

FIESCO, VERRINA, BORGOGNINO, SACCO y CALCAGNO.

FIESCO. (Después de una pausa de sorpresa.) -¡Pensasteis que el león dormía porque no oíais sus rugidos! ¿Tuvisteis la vanidad de creer que sólo a vosotros abrumaba el peso de nuestras cadenas, y que sólo vosotros deseabais romperlas? Antes que oyerais a lo lejos su rumor, Fiesco las había roto ya. (Abre la arquilla, toma un paquete de cartas y las esparce por encima de la mesa.) Aquí, soldados de Parma, aquí, dinero de Francia, aquí, cuatro galeras de Roma. ¿Qué falta para coger al tirano en su madriguera? ¿De qué más podéis acordaros? (Todos callan. Deja la mesa y continúa satisfecho de sí mismo.) ¡Republicanos!... Sois más hábiles en maldecir a los tiranos que en destruirlos. (Todos, excepto Verrina, caen de hinojos a los pies de Fiesco, sin decir palabra.)

VERRINA. -Fiesco, mi genio se inclina ante el tuyo, pero no puedo hincar la rodilla. Eres un grande hombre; mas... alzado, genoveses.

FIESCO. -Génova entera se irrita contra Fiesco por su malicia y maldice al libertino Fiesco. ¡Genoveses, genoveses! Con mis galanteos engañé al receloso tirano, y mi locura ocultó a vuestra penetración la peligrosa cordura. Envuelta en el torbellino de los placeres, iba la maravillosa obra de la conspiración. Basta. Vosotros haréis que Génova me conozca al fin. Mi más audaz deseo está satisfecho.

BORGOGNINO. (Se echa con dolor en una silla.) -¡Ya no soy nada!

FIESCO. -Pasemos desde luego de la idea a su ejecución. La maquinaria está pronta y puedo poner sitio a la ciudad por mar y por tierra. Roma, Francia y Parma me sostienen,... la nobleza está conjurada, el pueblo conmigo. He sumido en el sueño a los tiranos. Tenemos la República en sazón para ser refundida y contamos con la fortuna... Nada falta. ¡Cómo tan pensativo, Verrina!

BORGOGNINO. -Aguardad, conozco la palabra que ha de despertarle con más presteza que la trompa del juicio final. Padre, despierta. Tu hija está desesperada.

VERRINA. -¿Quién ha dicho esto?... ¡Manos a la obra, genoveses!

FIESCO. -Pensad en los medios de ejecución. La noche nos ha sorprendido en esta primera entrevista. Génova duerme; el tirano yace fatigado de sus orgías; velad por la ciudad y por él.

BORGOGNINO. -Antes de separarnos, concluyamos con un abrazo nuestra heroica alianza. (Forman un círculo entrelazando los brazos.) He aquí reunidos a los cinco hombres más ilustres de Génova para decidir de sus destinos. (Se abrazan estrechamente.) Aunque se hundiera el mundo y Dios rompiera los lazos del amor y la amistad, subsistiría a todo ese tronco de cinco ramas.

VERRINA. -¿Cuándo nos reuniremos de nuevo?

FIESCO. -Mañana, a medio día, oiré vuestro parecer.

VERRINA. -Pues hasta mañana a medio día. Buenas noches, Fiesco. Ven, Borgognino. Vais a oír algo raro. (Ambos se van.)

FIESCO. (A los demás.) -Salid por la puerta trasera, para que no os vean los espías de Doria.

## Escena XIX

FIESCO solo y paseándose pensativo.

¡Qué borrasca en mi corazón! ¡Qué rápido movimiento en mis ideas! Como criminales que se deslizan de puntillas, inclinando al suelo el enardecido rostro, cruzan por mi mente fantasmas tentadores! Deteneos, deteneos, y dejad que os mire cara a cara. Un buen pensamiento fortifica el corazón y sale osado a la luz del día. ¡Ah!... Os conozco. Lleváis la librea del eterno impostor. Pasad. (Pausa. Con mayor viveza.) ¡Fiesco, republicano!... ¡Fiesco, dux!... Despacio. He aquí el borde del abismo, límite de la virtud, frontera entre el cielo y el infierno. He aquí donde tropezaron precisamente algunos héroes, y otros cayeron y atrajeron la maldición sobre su nombre. He aquí donde precisamente dudaron los unos, resistieron firmes los otros para convertirse en semi-dioses. (Con mayor viveza.) El corazón de Génova está conmigo la temible Génova se deja llevar de aquí para allá. ¡Oh habilidad del crimen que pone un ángel frente a un diablo! ¡oh desdichada ambición! ¡vieja prostituta!.. Por tus caricias ángeles hubo que perdieron el cielo y la misma muerte fue concebida en tus entrañas. (Se estremece.) Sí; a los mismos ángeles seduces con tus cantos de sirena, y atraes al hombre con oro y mujeres y coronas. (Tras breve instante de reflexión.) Grande empresa es combatir por una corona, mas rechazarla es divino. (Con resolución.) Cae, tirano, y tú, Génova, sé libre. (Con tierna emoción.) Y yo, yo seré tu más feliz ciudadano.

## Acto III

### Escena I

Sitio fragoso y desierto.

Salen VERRINA y BORGOGNINO. Es de noche.

BORGOGNINO (deteniéndose). -¿A dónde me llevas, padre? Harto manifiesta aún tu respiración jadeante, el sombrío pesar con que fuiste a mi encuentro. Cese tu silencio terrible. Habla; no quiero pasar de aquí.

VERRINA. -Este es el sitio.

BORGOGNINO. -El más horrible que pudiste hallar. Se me erizan los cabellos, padre, si lo que debes decirme cuadra con este sitio.

VERRINA. -Es florido jardín comparado con la noche de mi alma. Sígueme a donde la corrupción roe los cadáveres, y la muerte celebra sus festines; a donde los ayes de los condenados regocijan al demonio, y las acerbas lágrimas de la desesperación filtran a través de la eternidad... Allí, hijo mío, en aquel lugar en que se mudan las leyes naturales, y Dios rompe su cetro bienhechor, allí te hablaré en medio de la destrucción y rechinarán tus dientes al oírme.

BORGOGNINO. -¿Y qué debo oír, dime?

VERRINA. -Temo, mancebo... Tu sangre es sonrosada, y fofa tu complexión. Tales naturalezas suelen ser flacas. Tu propia sensibilidad ablanda mi ánimo cruel, pues para que tú me comprendieras, y comprendieras mi dolor, necesario fuera que la nieve de los años y el negro pesar hubiesen detenido el regocijado vuelo de tus ilusiones; necesario fuera que la sangre negra y espesa cerrara tu corazón a los encantos de la vida.

BORGOGNINO. -Prometo oírte y seguirte.

VERRINA. -No, hijo mío; yo lo evitaré. ¡Ah, Escipión! ¡Si supieras qué pesada carga me agobia! Tan horrible intento, horrible como negra noche, monstruoso, capaz de partir el corazón de un hombre, quiero realizarlo yo solo. Pero solo no puedo soportarlo. Si fuera orgulloso, Escipión, te diría que es tormento para mí, ser único en grandeza;... que su grave peso al mismo Creador abrumó y hubo de tomar a los ángeles por confidentes. Oye, Escipión.

BORGOGNINO. -Mi alma devora la tuya.

VERRINA. -Óyeme, y nada digas; ni una palabra, muchacho, ¿entiendes?... ni una palabra sobre esto. Fuerza es que Fiesco muera.

BORGOGNINO. (Estupefacto.) -¡Que muera Fiesco!

VERRINA. -Sí, que muera. ¡Gracias, Dios mío! He pronunciado la palabra. Fiesco debe morir, y debe morir a mis manos. Ahora, vete. Hay acciones que no pueden sujetarse a ningún juicio humano, y sólo reconocen a Dios por árbitro supremo. Está resuelto; ve. No quiero que me reconengas, ni que me aplaudas. Sólo yo sé cuánto me ha costado decidirme. Pero oye; después de esto, tú mismo podrías creer que estás loco... oye. ¿Viste cómo se miraba en nuestra sorpresa? Dime tú, si el hombre que ha burlado a Italia entera

con su sonrisa, podría sufrir un igual en Génova. Fiesco derribará al tirano, muy cierto; pero Fiesco será a su vez el más fatal tirano de Génova; esto es más cierto todavía. (Vase. Borgognino le contempla, mudo de sorpresa, y le sigue lentamente.)

## Escena II

Un salón en casa de Fiesco. En el foro una ventana con vidrieras, con vistas al mar y a Génova. Amanece.

FIESCO, solo, en la ventana.

¡Qué veo! La luna ha desaparecido y brilla la roja aurora sobre el mar. ¡Qué extrañas visiones han turbado mi sueño! Todo mi ser gira en torno de un solo pensamiento, como víctima del vértigo. ¡Necesito respirar!... (Abre la vidriera. El mar y la ciudad brillan a lo lejos, alumbrados por la aurora. Fiesco se pasea a lo largo del salón.) Conque fuera el primer hombre en Génova, vería agruparse junto a mí a todos los pequeños... Mas ofendo a la virtud... (Pausa.) ¡La virtud! Las almas elevadas están sujetas a otras tentaciones que el vulgo. ¿Cómo puede convenir a ambas la virtud? ¿Cómo sentará bien al gigante la armadura del flaco pigmeo? Mía fuera esta majestuosa ciudad. (Extiende hacia ella los brazos.) Yo brillaría por encima de ella, cual la soberana claridad del sol; yo la escudaría con mi autoridad de monarca; yo sumergiría en aquel océano sin fondo mi ansia ardiente y mis insaciables deseos. Si la destreza del ladrón no ennoblece el robo, al menos su valor ennoblece al ladrón. Quien roba un bolsillo se deshonra; quien falta a su fe por un millón, comete una imprudencia, mas: qué inefable grandeza en robar una corona! La infamia mengua cuando crece el delito. (Pausa con expresión.) ¡Obedecer... reinar!... monstruoso abismo que da vértigo. Arrojad a él cuanto hay de más precioso para el hombre; vosotros conquistadores, las victorias; vosotros artistas, las obras inmortales; vosotros epicúreos, los placeres; vosotros navegantes, mares, islas... todo!... ¡Obedecer, reinar!... Ser o no ser. Quien pudiera medir, sin sentir el vértigo, la distancia que separa del infinito al último serafín, sólo éste mediría la profundidad de esa sima. (Con solemnidad.) ¡Qué inmensa dicha subir a tal altura, y contemplar desde allí con desdeñosa mirada la impetuosa corriente del destino, donde voltea sin parar la rueda de la ciega fortuna, y muda maligna las cosas! ¿Qué es llevar a los labios la copa de la dicha, y conducir con andadores al gigante de la ley, armado de coraza? ¡Y poderle herir impunemente, y ver cómo cede su impotente cólera ante la soberanía! ¡Y enfrenar las indómitas pasiones del pueblo, como corcel fogoso con ligera rienda! ¡Y derribar de un soplo en el polvo el orgullo de los vasallos, mientras la fuerza creadora del cetro da vida a los regios ensueños del príncipe, engendrados por la fiebre! ¡Sueño fascinador! ¡cómo arrebatara la mente más allá de sus límites! ¡Oh!... ser príncipe un instante. Toda la esencia de la vida se halla concentrada aquí; que no vale ésta por lo que dura, sino por lo que contiene. Así descompuesto el trueno en simples rumores, sirve a lo más para adormecer a los niños, cuando si estalla de súbito y de una sola vez, estremece con su voz poderosa la bóveda del cielo... Estoy resuelto. (Se pasea con heroico ademán.)

### Escena III

FIESCO. LEONOR, con visible inquietud.

LEONOR. -Perdonadme, Conde; temería turbar vuestro reposo.

FIESCO. (Sorprendido.) -En efecto, señora; mucho me sorprendéis.

LEONOR. -Cosa que no ocurre nunca a los que aman.

FIESCO. -Exponéis vuestra belleza al aire peligroso de la mañana, Condesa.

LEONOR. -¡A qué conservar la pequeña parte que me han dejado los pesares!

FIESCO. -¡Qué pesares, amor mío! Pensé que fuera de los que se ocupan en subvertir los Estados, los demás vivían tan tranquilos.

LEONOR. -Es posible, pero lo que es a mí me mata esa tranquilidad, y vengo precisamente, señor, a haceros una pequeña súplica, si podéis disponer de un instante. Seis meses ha que sueño que soy condesa de Lavagna, pero al fin este sueño singular se ha desvanecido, y sólo me resta de él inefable amargura. Quisiera resucitar las pasadas dichas de mi inocente infantil edad, porque desvanecieran los vivientes fantasmas que me hostigan. Permitidme pues que torne a los brazos de mi buena madre.

FIESCO. (Con viva sorpresa.) -¡Cómo, Condesa!

LEONOR. -¡Cuán pobre y miserable cosa es mi corazón! Debierais compadecerlo, seguramente. Como la más leve memoria dañaría mi enferma imaginación, devuelvo a su legítimo dueño las últimas prendas que fueron testimonio de su amor. (Deja una cajita con alhajas encima de una mesa.) Y este puñal que traspasó mi corazón. (Deja igualmente un paquete de cartas.) Y estas... (Llorando y sollozando.) Sólo guardo para mí la herida.

(Fiesco, conmovido, corre hacia ella y la detiene.)

LEONOR. (Cayendo en sus brazos.) -No merecí ciertamente ser esposa vuestra, pero vuestra esposa merecía respeto. ¡Cómo silba ahora en torno la calumnia! ¡Con qué desdén me miran casadas y doncellas! ¡Miradla, dicen, miradla cómo se marchita la vanidosa que se casó con Fiesco! ¡Cruel castigo a mi femenil presunción!, que cuando el Conde me llevó al altar, despreciaba a mi sexo.

FIESCO. -¡Por Dios!... no... señora... ¡Singular escena!

LEONOR. (Ap.) -Bien. (Palidece y se avergüenza.) ¡Valor!

FIESCO. -Concededme dos días tan sólo y entonces me juzgaréis.

LEONOR. -¡Verme sacrificada!... ¡Ah!... No me dejes pronunciar esta palabra ante ti, ¡oh casta luz del cielo!... Verme sacrificada a una coqueta. Miradme cara a cara, esposo mío. ¡Por Dios! Los ojos que gobiernan y hacen temblar a Génova, no debieran bajarse ante las lágrimas de una mujer.

FIESCO. (Cortado.) -Ni una palabra más, señora, ni una palabra más.

LEONOR. (Con dolor y amargura.) -En verdad que es digno del sexo fuerte, desgarrar el débil corazón de una mujer. Me arrojé en brazos de ese hombre, feliz con enlazar a su fortaleza mis flaquezas femeniles, librando en él mi dicha entera, y este hombre generoso la regala a una...

FIESCO. (Interrumpiéndola con viveza.) -No, Leonor mía.

LEONOR. -¡Leonor mía!... ¡Oh, gracias, Dios clemente! Aún suena para mí el caro acento del amor. Cuando debiera aborrecerte, ¡falso! recojo aún con avidez las migajas de tu ternura. ¡Aborrecerte! ¿Y pude pronunciar esta palabra, Fiesco? ¡Oh! no lo creas. Con tu perjurio, posible es que aprenda a morir, pero jamás a aborrecerte. Se engaña mi corazón. (Suenan dentro los pasos del Moro.)

FIESCO. -Concededme un ligero favor, pueril si queréis.

LEONOR. -Todo, Fiesco, excepto la indiferencia.

FIESCO. -Cuanto queráis y como queráis. (Con expresivo acento.) Ni me condenes, ni me preguntes nada, hasta dentro dos días. (La conduce con dignidad a otra sala.)

#### Escena IV

El MORO llega sin aliento. FIESCO.

FIESCO. -¿Por qué llegas tan sofocado?

EL MORO. -Daos prisa, señor.

FIESCO. -¿Qué nos ha caído en las redes?

EL MORO. -Leed esta carta. ¿Estoy aquí realmente? Juraría que Génova ha perdido una docena de calles o que mis zancas se han estirado. Palidecéis ¿eh? Bien parece jugar con las cabezas de los demás, pero ahora que la vuestra es también de la partida, ¿qué decís a ello?

FIESCO. (Echa la carta, sorprendido, encima de la mesa.) -Dime con mil diablos, cómo has obtenido esta carta.

EL MORO. -Casi, casi, del modo que obtendrá su Señoría la República. Debía llevarla un propio a toda prisa a la ribera de Levante, cuando ved aquí que he olfateado el negocio y me puse en acecho del guapo en una hondonada. De pronto ¡paf!.. la zorra patas arriba y venga acá el pollo.

FIESCO. -Caiga sobre ti su sangre. Esta carta no se paga con oro.

EL MORO.-Ya me contentaré con plata. (Seriamente.) Conde de Lavagna, hace poco me dio otra vez el antojo de perderos (enseñando la carta), y se me ha ofrecido nueva ocasión de satisfacer mi deseo; me parece pues que ahora estamos en paz. Por lo demás podéis agradecerlo a mi amistad. (Le presenta un segundo billete.) Número dos.

FIESCO. (Lo toma con nueva sorpresa.) -¿Pero estás loco?

EL MORO. -Número dos. (Se acerca a él con altivez y le codea.) Vaya que el león no hizo tan gran necesidad perdonando la vida al ratoncillo (con sorna), antes obró con mucha picardía, pues sin él ¿quién hubiera roído las mallas de la red? ¡Qué tal!... ¡Qué os parece!

FIESCO. -¡Habrás pícaro! ¿Cuántos diablos tienes a sueldo?

EL MORO. -Uno solo... para serviros, y a éste le mantiene el Conde.

FIESCO. -¡La propia firma de Doria! ¿De dónde has sacado este papel?

EL MORO. -Fresquito todavía, de manos de mi buena Diana. Estuve en su casa anoche. Le repetí vuestras corteses frases, e hice sonar en sus oídos vuestros zequíes. Surtió efecto la treta. A las seis de la mañana he vuelto a la carga. El Conde estaba precisamente allí, como os decía, y pagaba con ese papel un placer de contrabando.

FIESCO. -¡Cobardes esclavos de las mujeres! Quieren derribar repúblicas y no saben callarse a los pies de una perdida. Por estos papeles averiguo que Doria y los suyos han tramado el plan de asesinaros a mí y a once senadores, y proclamar soberano a Gianettino.

EL MORO. -Y nada más; y esto el día de la elección de dux, el 3 de mayo.

FIESCO. (Con viveza.) -Nuestra actividad de esta noche, hará que aborte su mañana... Aprisa, Hasan; la cosa está en su punto. Llama a los demás y les tomaremos la delantera con sangriento combate. ¡Date prisa, Hasan!



EL MORO. -Antes debo vaciar el saco de noticias que traigo. Ya entraron sin novedad dos mil hombres que escondí en el convento de Capuchinos, donde no penetra un solo rayo de sol. Arden en deseos de ver a su jefe; son brava gente.

FIESCO. -Te toca un escudo por cabeza. ¿Qué dicen en Génova de mis naves?

EL MORO. -Este ha sido el mejor golpe, señor. Más de cuatrocientos aventureros que plantó en la calle la paz entre Francia y España asediaban a los míos, pidiéndoles que intercedieran con vos por que consintierais en enviarles contra los infieles. Les he citado esta tarde para el patio del castillo.

FIESCO. (Muy alegre.) -Me tienes a punto de abrazarte, perillán. ¡Este es un rasgo de maestro! Dices que son cuatrocientos. ¡Adiós Génova!... Te tocan cuatrocientos escudos.

EL MORO. (Con confianza.) ¿Verdad, Conde, que vamos a trastornar la República de tal modo, que podrán quitarse de enmedio las leyes a escobazos? Nunca os he dicho aún, que cuento también con mis pajarracos entre la tropa, y puedo fiar en ellos como en mi condenación. Según mis medidas, tendremos al menos seis de guardia en cada puerta, y con éstos basta para engaitar y emborrachar a los demás. Conque si esta misma noche se os ocurre dar un golpe de mano, hallaréis los centinelas bebidos.

FIESCO. -Basta. ¡Bueno fuera que, después de haber manejado yo solo y sin auxilio alguno este vasto proyecto, cuando estoy próximo a alcanzar mi objeto, viniera a detenerme, con desdoro mío, un bellaco! Dame la mano, camarada. Lo que el conde te debe todavía, el dux te lo satisfará.

EL MORO. -Falta entregaros un billete de la condesa Imperiali. Me hizo señas desde la calle, muy amable y cortés, y me ha preguntado con cierta ironía, si la Condesa tuvo algún ataque de ictericia. Yo le he dicho que a vos sólo os interesaba la salud de una sola persona.

FIESCO. (Arroja el billete, después de haberlo leído.) Muy bien dicho. ¿Y qué ha respondido ella?

EL MORO. -Que sentía, sin embargo, la suerte de la pobre viuda y se obligaba a darle satisfacción, prohibiéndooos en adelante vuestros obsequios.

FIESCO. (Con malicia.) -Harto cesarán antes del juicio final.

EL MORO. (Con malignidad.) -Señor, los asuntos de faldas tienen mucho que ver con la política.

FIESCO. -Ya lo creo, y éste sobre todo; pero ¿qué vas a hacer de este papel?

EL MORO. -Una diablura más que habrá que añadir a las otras. Son unos polvos que me dio la señora Condesa para que los echara cada día en el chocolate de vuestra esposa.

FIESCO. (Retrocede y palidece.) -¿Y ella misma te los dio?

EL MORO. -Doña Julia, condesa Imperiali.

FIESCO. (Le arranca de las manos el paquete.) -Como mientas, canalla, te ato vivo a la veleta de la torre de San Lorenzo, donde des vueltas al soplo del viento... Los polvos...

EL MORO. (Impacientado.) -Los he de echar en el chocolate de vuestra esposa, según me ordenó doña Julia Imperiali.

FIESCO. (Fuera de sí.) -¡Horror!... ¡Horror!... ¡Pobre criatura! ¿Cabe el infierno en el corazón de una mujer? Olvidaba darte las gracias, Providencia divina, por haber aniquilado este proyecto, valiéndote para ello de un malvado demonio. ¡Cuán extraños tus caminos! (Al Moro.) ¿Prometes obedecer y callarte?

EL MORO. -Claro que sí, pues que puedo. ¡Como me ha pagado en el acto!

FIESCO. -En este billete me invita a ir a su casa. Iré, señora, y os persuadiré a seguirme hasta aquí. Bien. Corre tú con tanta presteza como puedas y reúne a los conjurados.

EL MORO. -He previsto esa orden, y por mi cuenta los convoqué para las diez.

FIESCO. -Siento pasos. Son ellos. ¡Ah, pícaro! Merecieras una horca expofeso para ti. Retírate en la antesala hasta que te llame.

EL MORO. (Yéndose.) -El Moro ha cumplido su tarea y puede retirarse.

Escena V

Los CONJURADOS.

FIESCO. (Yendo a su encuentro.) -La tempestad se acerca; ya van amontonándose las nubes. Despacio, y echad la segunda vuelta a la llave.

VERRINA. -Ocho puertas deo cerradas a mi espalda. Ni a cien pasos puede acercarse la sospecha.

BORGOGNINO. -Aquí no hay un solo traidor si no es el miedo.

FIESCO. -El miedo no pasa mi umbral. Dios guarde a quien sigue siendo lo que ayer. Sentaos.

(Se sientan.)

BORGOGNINO. (Paseándose.) -No gusto de sentarme cuando estoy pensando en destruir.

FIESCO. -Hora memorable es esta, genoveses.

VERRINA. -Nos dijiste que meditáramos un plan para dar muerte al tirano; pregúntanos, pues nos tienes dispuestos a responder.

FIESCO. -Ante todo una pregunta que parecerá rara por lo tardía. ¿Quién debe morir? (Todos callan.)

BORGOGNINO. (Apoyándose en el sillón de Fiesco y con intención.) Los tiranos.

FIESCO. -Muy bien dicho, los tiranos. Pero veamos; os ruego que os fijéis en la importancia de esa palabra. Entre el que parece destruir la libertad, y el que tiene el poder de destruirla, ¿quién es más tirano?

VERRINA. -Odio al primero y temo al segundo. ¡Muera Andrés Doria!

CALCAGNO. (Conmovido.) -¡Andrés!... ¡Un pobre viejo, gastado por los años, que quizá mañana mismo pague su tributo a la muerte!

SACCO. -¡Tan clemente como es!

FIESCO. -La clemencia de ese viejo es terrible, amigo Sacco, mientras que la farfantonada de Gianettino es simplemente ridícula. Muera Andrés Doria. Hablaste como cuerdo, Verrina.

BORGOGNINO. -Ora sean de acero, ora de seda nuestras cadenas, siempre son cadenas. Fuerza es que Andrés Doria sucumba.

FIESCO. (Acercándose a la mesa.) -Así quedamos en que deben morir el tío y el sobrino. Firmad. (Todos firman.) Ya sabemos quién debe morir. (Se sientan.) Ahora lo esencial es saber cómo. Hablad primero, amigo Calcagno.

CALCAGNO. -¿Obraremos como soldados o como asesinos? Lo primero es peligroso porque nos obliga a tener muchos confidentes, y aventurado además, pues no contamos aún con la aquiescencia de todos. Para lo segundo, nos bastan cinco buenos puñales. Dentro tres días, se celebra la misa mayor en la iglesia de San Lorenzo y a ella deben asistir ambos Dorias. A los pies del Altísimo, el recelo de los tiranos se adormece. He dicho.

FIESCO. (Volviendo el rostro.) -Calcagno, vuestra premeditada proposición es horrible..., Hablad, Rafael Sacco.

SACCO. -Las razones de Calcagno me placen, pero me repugna el medio que propone. Mejor sería, Fiesco, invitar a tío y sobrino a un banquete, donde, bajo el peso de la cólera

de toda la República, se les diese a elegir entre el puñal y el veneno en vino de Chipre. Este medio es al menos cómodo.

FIESCO. (Con horror.) -¡Ay de ti, Sacco, si esta gota de vino que gustaran los moribundos labios, se convirtiera para ti en pez hirviendo, en anticipado dolor del infierno!... ¿Qué dices a ello, Sacco? Renunciemos a ese plan. Habla tú, Verrina.

VERRINA. -Los corazones sinceros obran siempre cara a cara. Un asesinato nos rebajaría al nivel de los bandidos. Espada en mano se presenta el héroe. Soy, pues, de opinión que demos la señal del motín y convoquemos a los genoveses para vengarse. (Se levanta y hacen lo propio los demás. Borgognino le abraza.)

BORGOGNINO. -¡Ganemos por las armas la victoria! Eso dicta el honor y eso repito yo.

FIESCO. -Y yo. Vaya, genoveses. (A Calcagno y a Sacco.) Harto nos ha favorecido hasta hoy la fortuna; ahora nos toca a nosotros poner manos a la obra. Así, vaya por el motín y sea esta misma noche, genoveses. (Verrina y Borgognino manifiestan su sorpresa, y los demás se asustan.)

CALCAGNO. -¡Cómo!... ¿Esta misma noche? ¿Poderosos como son los tiranos y tan débiles nosotros?

SACCO. -¿Esta misma noche?... Nada está preparado todavía y ya se pone el sol.

FIESCO. -Tenéis razón, pero leed esos papeles. (Le da la lista de Gianettino, y mientras la leen todos con curiosidad, se pasea con ademán irónico.) Ahora, ¡adiós, astro brillante de los Dorias que fulgurabas allí, altivo y esplendente, como si hubieras tomado en arriendo el horizonte de Génova, sin ver que el mismo sol abandona el cielo y comparte con la luna el imperio del mundo!... ¡Adiós, astro brillante de los Dorias! Murió Patroclo y valía más que tú.

BORGOGNINO. -(Después de haber leído los papeles.) ¡Es horrible!

CALCAGNO. -¡Doce de una vez!

VERRINA. -Mañana en la Signoria.

BORGOGNINO. -Dadme esta hoja. Génova entera recorreré con ella, y de tal modo, que hasta las piedras me seguirán, y los perros, aullando, clamarán venganza.

TODOS. -¡Venganza! ¡Venganza! esta misma noche.

FIESCO. -Aquí os quería. En cuanto anochezca, invitaré a los más distinguidos entre los descontentos, especialmente a los que se hallan en la lista de Gianettino, y además a los

Sauli, los Gentili, los Vivaldi, los Vigodimari, a todos los enemigos mortales de la familia de Doria, que olvidó el asesino. Acogerán mi plan con los brazos abiertos, no lo dudo.

BORGOGNINO. -No lo dudo.

FIESCO. -Ante todo, debemos asegurarnos el mar. Tengo a mi servicio galeras y hombres, y en cambio los veinte navíos de Doria están sin aparejo y desarmados, con lo que es fácil apoderarse de ellos. Cerraremos la embocadura de la dársena y quedan privados de toda esperanza de fuga. Conque tengamos el puerto, Génova estará encadenada.

VERRINA. -Sin duda alguna.

FIESCO. -Luego tomaremos y ocuparemos los fuertes de la ciudad. El puesto más importante es la puerta de Santo Tomás que conduce a la bahía y pone en comunicación las fuerzas de mar y tierra. Ambos Dorias serán degollados en su propio palacio. Al toque de arrebato se convocará a los genoveses para tomar las armas en defensa de nuestra libertad. Lo demás lo sabréis en la Signoria, si la fortuna nos favorece.

VERRINA. -El plan es bueno. Veamos cómo nos repartiremos los papeles.

FIESCO. (Con intención.) -Genoveses, libremente me habéis puesto a la cabeza de la conjuración; ¿obedeceréis a mis órdenes?

VERRINA. -Mientras sean las mejores.

FIESCO. -¿Conoces el santo y seña, Verrina? Decidle, genoveses, que no es otro que subordinación. Si no puedo disponer de vosotros conforme me parezca, ¿estáis?; si no soy el jefe de la conjuración, me retiro. Una vida entera de libertad, bien vale un par de horas de esclavitud.

VERRINA. -Obedeceremos.

FIESCO. -Idos ahora. Uno de vosotros debe recorrer Génova y comunicarme el estado de la gente en los diferentes puestos; otro, que se entere del santo y seña; otro, que arme las galeras, y el cuarto me traerá al patio de mi casa los dos mil hombres. Esta misma noche habré dispuesto lo demás, y con ayuda de la suerte, habremos triunfado. Que a las nueve en punto estén aquí todos para recibir mis últimas órdenes. (Llama.)

VERRINA. -Yo me encargo del puerto. (Vase.)

BORGOGNINO. -Y yo de la tropa. (Vase.)

CALCAGNO. -Iré a enterarme del santo y seña. (Vase.)

SACCO. -Pues entonces me encargo yo de dar la vuelta a la ciudad. (Vase.)

## Escena VI

FIESCO. Luego el MORO.

FIESCO. (Sentado junto a un pupitre y escribiendo.) -¡Pues no se han atufado al oír la palabra subordinación! Así se revuelve la mariposa contra el alfiler con que se la clava. Pero es tarde, señores republicanos.

EL MORO. -Señor...

FIESCO. (Se levanta y le da un papel.) -Has de invitar para una función de teatro, que se celebrará esta noche, a cuantos dice esa lista.

EL MORO. -Sin duda para representar en la función su respectivo papel. La entrada costará la vida.

FIESCO. (Con frialdad y desprecio.) -Una vez hecho esto, no quiero verte más en Génova. (Se va y deja caer una bolsa.) Esta es tu última comisión.

## Escena VII

El MORO, solo.

(Recoge la bolsa lentamente y la mira sorprendido.) ¿En eso estamos? No quiero verte más en Génova. En mi jerga de gentil, estas palabras de buen cristiano quieren decir: cuando sea dux haré ahorcar a mi camarada en una horca genovesa. Perfectamente. Porque conozco sus mañas, teme ahora que no sabré guardar el secreto una vez sea dux. Poco a poco, señor Conde; menester fuera pensarlo mucho todavía. Ahora, buen Doria, tu pellejo está en mis manos y estás perdido como no te avise. Si voy a encontrarle y le descubro la trama, salvo al Duque, la vida y el ducado, lo cual ha de valerme al menos tanto oro como cabe en este sombrero. (Hace que se va y vuelve.) Vamos con tiento, amigo Hasan. Estabas a punto de cometer una necedad. ¿Y si toda esa matanza se frustrara y algo resultase de ahí?... ¡Diablo!... ¡diablo!... ¡Qué pasada iba a jugar me mi codicia! Veamos. ¿Qué puede salirme peor, engañar a Fiesco o entregar a la muerte a los Doria? Pues, señor, es difícil resolverlo. Como Fiesco gane, Génova tal vez se levantará de su postración... ¡Oh!... esto no, esto no me conviene. Si Doria se salva, todo sigue como estaba, y Génova en paz... ¡Oh! esto es peor. Pero... ¿qué es ver la cabeza de los rebeldes cayendo en la canasta del verdugo? (Paseándose)... ¡Y la divertida carnicería de esta noche, cuando los muy serenísimos darán con su cuerpo en el suelo, al silbido del moro! No, salga de este enredo

un cristiano como pueda, que para un hereje el problema es harto difícil... Voy a consultar a un sabio. (Vase.)

## Escena VIII

Un salón en casa de la condesa Julia.

JULIA de trapillo. Sale GIANETTINO turbado.

GIANETTINO. -Buenas noches, hermana.

JULIA. (Levantándose.) -Algo extraordinario ocurre, cuando viene a ver a su hermana el príncipe heredero de Génova.

GIANETTINO. -Como tú de mariposas, yo vivo rodeado de avispas y no hay medio de dejarlas. Sentémonos.

JULIA. -No tardarás en cansarme.

GIANETTINO. -Oye, hermana. ¿Hace mucho que no has visto a Fiesco?

JULIA. -¡Singular pregunta! Como si me acordara yo mucho rato de semejantes nonadas!

GIANETTINO. -Me conviene saberlo.

JULIA. -Pues bien... ayer estuvo aquí.

GIANETTINO. -¿Y se ha mostrado franco?

JULIA. -Como de costumbre.

GIANETTINO. -Siempre con el mismo capricho..., ¿verdad?

JULIA. (Ofendida.) -¡Hermano!

GIANETTINO. (Alzando la voz.) -Oye... ¿siempre con el mismo capricho?

JULIA. (Irritada, se levanta.) ¿Por quién me tienes, hermano?

GIANETTINO. (Sigue sentado, con ironía.) -Por una muchachuela, envuelta en un gran... un gran título de nobleza. Sea dicho acá para inter nos. Ya ves, nadie nos oye.

JULIA. -Pues... acá para inter nos... eres un mono insolente y menguado que explotas el crédito de mi tío... Ya ves, nadie nos oye.

GIANETTINO. -¡Hermana!... ¡hermana!... Vaya, no nos enfademos. Me alegro de saber que Fiesco sigue con el mismo capricho, que es lo que deseaba averiguar. Con Dios. (Hace que se va.)

## Escena IX

Dichos. LOMELLINO.

LOMELLINO. (Besando la mano a Julia.) -Dispensadme mi osadía, señora. (A Gianettino.) Ciertas cosas que no admiten espera...

GIANETTINO. (Le lleva aparte. Julia picada se sienta al clavicordio, y toca un allegro.) -¿Está todo preparado para mañana?

LOMELLINO. -Todo, Príncipe, pero el correo que salió esta mañana para la ribera de Levante, no ha vuelto todavía, ni Spínola tampoco. ¡Si le hubiesen sorprendido!... Estoy en verdad muy ansioso.

GIANETTINO. -No te dé cuidado. ¿Traes la lista?

LOMELLINO. (Confuso.) -Señor... la lista... no sé... Ayer me la metí en el bolsillo de la ropilla.

GIANETTINO. -Bien. Conque estuviera aquí Spínola... Mañana hallarán a Fiesco muerto en la cama. Ya lo tengo arreglado.

LOMELLINO. -Pero esto parecerá espantoso.

GIANETTINO. -Y de aquí nuestra seguridad, camarada. Un atentado ordinario irrita al ofendido y le vuelve capaz de todo, pero un crimen sorprendente le hiela de espanto y le anonada. ¿No conoces la historia de la cabeza de Medusa?... Quien la veía quedaba petrificado, y en cambio una tentativa incompleta subleva las mismas piedras.

LOMELLINO. -¿Le habéis dado a comprender algo a la Condesa?

GIANETTINO. -Claro que no. Conviene tratarla con ciertos miramientos en lo que se refiere a Lavagna; mas cuando haya gustado el fruto de la empresa no echará de menos lo que costó. Vamos. Aún aguardo para esta noche algunas tropas de Milán, debo dar órdenes a los guardias. (A Julia.) ¿Qué tal, hermana? ¿Se te pasó el enojo?



JULIA. -Ve con Dios; eres un mal criado. (En el punto en que se va, Gianettino se encuentra con Fiesco.)

Escena X

Dichos. FIESCO.

GIANETTINO. (Retrocediendo.) -¡Ah!

FIESCO. (Adelantándose con respeto.) -Príncipe, me ahorráis una visita que pensaba haceros desde luego.

GIANETTINO. -Y yo me alegro muchísimo de veros, Conde.

FIESCO. (Se acerca a Julia y le besa respetuosamente la mano.) -Es costumbre en vuestra casa, señora, que la realidad exceda siempre a la esperanza.

JULIA. -¡Pues!... En boca de otro, esto pareciera un equívoco. Pero dispensadme, Conde, estoy hecha una bruja. (Se va hacia el cuarto tocador.)

FIESCO. -¡Oh!... Aguardad, linda Condesa. La mujer nunca parece más bella que vestida con cierto desaliño y desdén. Es su tocado propio para seducir... Estas trenzas... con que ornáis la cabeza... Permitidme que las desate.

JULIA. -¡Y cómo gusta a los hombres introducir el desorden en todo!

FIESCO. (Con cierta indiferencia y mirando a Gianettino.) -Así en las trenzas como en las repúblicas ¿verdad? Para nosotros, da lo mismo... Y esta cinta mal prendida... Hacedme el favor de sentaros, bella Condesa. Laura entenderá sin duda el modo de engañar los ojos, pero no los corazones. Dejad que haga yo de doncella. (Julia se sienta y Fiesco arregla su tocado.)

GIANETTINO. (Tirando de la ropa a Lomellino.) -¡Qué miserable e indolente bribón!

FIESCO. (Inclinándose sobre el seno de Julia.) -Veis, esta parte la velo un poco, porque los sentidos deben ser ciegos mensajeros, e ignorar los artificios del arte y la naturaleza.

JULIA. -Esto es indiferente.

FIESCO. -No por completo, porque la más grave noticia pierde su valor en cuanto es conocida de todos. Nuestros sentidos mantienen la República y sostienen la nobleza, y sin embargo, ésta se eleva por encima de su gusto vulgar. (Acaba el tocado de la Condesa, y la

lleva frente a un espejo.) Bien; por mi honor que ese tocado estará mañana de moda en Génova. (Con galantería.) ¿Me permitiréis, Condesa, que os acompañe así por la ciudad

JULIA. -¡Habrás tunante! Cómo sabe obligarme a hacer su voluntad!... No, no; me duele la cabeza pienso quedarme en casa.

FIESCO. -Perdonadme, señora; podéis hacerlo si os place, pero no querréis sin duda. Hoy mismo llegó de Florencia una compañía de comediantes, y se ha ofrecido a representar en mi palacio. No puedo impedir que asista a la función la mayor parte de las nobles damas de Génova, y no sé cómo ocupar el palco de honor sin herir la susceptibilidad de mis invitados. Sólo conozco un medio. (Haciendo una reverencia.) ¿Tendría la bondad, señora?...

JULIA. (Colorada, yendo a su gabinete.) -¡Laura!

GIANETTINO. (Dirigiéndose a Fiesco.) -¿Recordáis, Conde, cierto lance desagradable y reciente que ocurrió entre nosotros?

FIESCO. -Príncipe, deseo que ambos le echemos en olvido. Los hombres solemos tratarnos según la opinión que nos merecemos. ¿Quién tiene la culpa de que mi amigo Doria no me conozca bien?

GIANETTINO. -Al menos no he de olvidarlo antes de haberos pedido sinceramente perdón.

FIESCO. -Ni yo sin perdonaros sinceramente. (Julia vuelve algo compuesta.)

GIANETTINO. -A propósito, Conde. Recuerdo ahora que deseáis emprender una cruzada contra los turcos.

FIESCO. -Esta noche levantan anclas. Precisamente abrigo mis temores con respecto a tal empresa, y espero que la deferencia de mi amigo Doria los disipará.

GIANETTINO. (Con mucha cortesía.) -¡Con mucho gusto!... Disponed de todo mi poder.

FIESCO. -La partida producirá al anochecer cierto movimiento en el puerto y junto a mi palacio, que vuestro tío, el Dux, quizá interprete mal.

GIANETTINO. (Cordialmente.) -Esto corre de mi cuenta. Seguid adelante con vuestros propósitos; os deseo el mejor éxito.

FIESCO. -Os quedo muy obligado.

## Escena XI

Dichos. Un ALEMÁN de la guardia.

GIANETTINO. -¿Qué hay?

EL ALEMÁN. -Al pasar por la puerta de Santo Tomás he visto multitud de soldados armados, y las galeras del conde de Lavagna prontas a darse a la vela.

GIANETTINO. -¿Y nada más?... Lo dicho no trae consecuencia.

EL ALEMÁN. -Bien está. Hay algunos grupos de sospechosos junto al convento de Capuchinos, y a veces se corren hasta la plaza. Por su porte y su andar parecen soldados.

GIANETTINO. (Colérico.) -¡Demonio con el celo de este imbécil! (A Lomellino en confidencia.) Son mis milaneses.

EL ALEMÁN. -Si su Señoría ordena que sean detenidos...

GIANETTINO. (A Lomellino.) -Id a ver qué pasa. (Con sequedad al soldado.) Bien está; vete. (A Lomellino.) Dad a entender a ese buey, que debe callarse. (Lomellino se va con el alemán.)

FIESCO. (Que hasta entonces ha seguido bromeando con Julia, y mirando alguna vez que otra a hurtadillas.) -Parece que estáis de mal humor; ¿podremos saber el motivo?

GIANETTINO. -No tiene nada de particular... Esas eternas cuestiones e informaciones... (Se va.)

FIESCO. -El teatro nos espera. ¿Permitiréis, señora, que os ofrezca el brazo?

JULIA. -Un momento. Antes debo ir por el velo. Pero que no sea trágica la función, Conde, porque sueño después horrores.

FIESCO. (Con intención.) -¡Oh, señora!... ¡si será cosa de morir de risa! (Le da el brazo; cae el telón.)

## Acto IV

Es de noche. Patio del palacio de Fiesco. Habrá algunas linternas encendidas. Sale gente trayendo armas a la escena. Una de las alas del castillo está alumbrada.

## Escena I

BORGOGNINO. (al frente de algunos soldados). -¡Alto!... A ver... Cuatro hombres de centinela a la puerta del patio y dos a cada puerta del palacio. (Los centinelas se colocan en el puesto designado.) Dejar que entre quien quiera, pero salir... a nadie, y a quien haga uso de la fuerza... matarle. (Entra en el castillo con los demás. Los centinelas siguen en sus puestos. Pausa.)

## Escena II

Los CENTINELAS. (De la puerta del patio.) -¿Quién vive?

ZENTURIONE.-Un amigo de Lavagna. (Atraviesa el patio y se dirige a la puerta de la derecha.)

EL CENTINELA. -¡Atrás! (Zenturione, sorprendido, se dirige hacia la de la izquierda.)

ZENTURIONE. (Deteniéndole perplejo. Al centinela de la derecha.) -¿Por dónde se va a la comedia, amigo?

EL CENTINELA. -No lo sé.

ZENTURIONE. (Sorprendido al de la izquierda.) -¿A qué hora empieza la comedia?

EL CENTINELA. -No lo sé.

ZENTURIONE. (Espantado y embozándose.) -¡Cosa más rara!

EL CENTINELA. (De la puerta principal.) -¿Quién vive?

## Escena III

Dichos. ZIBO.

ZIBO. -Un amigo de Lavagna.

ZENTURIONE. -Zibo, ¿dónde estamos?

ZIBO. -¿Qué?

ZENTURIONE. -Observa en torno tuyo, Zibo.

ZIBO. -¿Dónde... ¿Cómo?

ZENTURIONE. -Todas las puertas están defendidas.

ZIBO. -Y aquí..., armas.

ZENTURIONE. -Sin que nadie nos explique...

ZIBO. -Es singular.

ZENTURIONE. -¿Qué hora es?

ZIBO. -Las ocho dadas.

ZENTURIONE. -¡Demonio!... Hace un frío de todos los diablos.

ZIBO. -Las ocho; es la hora fijada.

ZENTURIONE. -(Meneando la cabeza.) -Hay en esto algo incomprensible.

ZIBO. -Fiasco sin duda quiere darnos algún bromazo.

ZENTURIONE. -Mañana es la elección de dux... Zibo; esto no está claro.

ZIBO. -¡Silencio!... ¡Silencio!

ZENTURIONE. -El ala derecha resplandece muy alumbrada.

ZIBO. -¿Oyes algo?... ¿Oyes algo?

ZENTURIONE. -Sí; como si sonara allá dentro sordo rumor y de vez en cuando...

ZIBO. -Confuso chis, chas, como choque de armaduras.

ZENTURIONE. -Es espantoso.

ZIBO. -Un carruaje... Se detiene a la puerta.

EL CENTINELA. (De la puerta principal.) -¿Quién vive?

Dichos. Los cuatro ASSERATO.

ASSERATO. (Entrando.) -Amigo de Fiesco.

ZIBO. -Son los cuatro Asserato.

ZENTURIONE. -Buenas noches, amigos.

ASSERATO. -Vamos, a la comedia.

ZIBO. -Buen viaje.

ASSERATO. -¿No vais también?

ZENTURIONE. -Pasad delante; queremos tomar un poco el fresco.

ASSERATO. -Empezará en breve; vamos.

(Intentan irse.)

EL CENTINELA. -No se pasa.

ASSERATO. -¿Qué significa eso?

ZENTURIONE. (Riéndose.) -Subid al castillo.

ASSERATO. -Sin duda hay error en eso.

ZIBO. -Un error evidente.

(Suena la música dentro, a la derecha.)

ASSERATO. -Ya tocan la sinfonía. La comedia va a empezar.

ZENTURIONE. -A mí me parece que ya ha empezado, y que nosotros representamos el papel de bobos.

ZIBO. -Yo no siento aquí mucho calor; conque..., me voy.

ASSERATO. -¡Armas aquí!

ZIBO. -¡Bah!... el equipo de los cómicos.

ZENTURIONE. -¿Seguiremos aquí como los locos a orillas del Aqueronte? Vamos al café. (Se dirigen los seis hacia la puerta.)

Los CENTINELAS. -¡Atrás!

ZENTURIONE. -¡Mil rayos! Nos han cogido.

ZIBO. -Mi espada me dice que no será por mucho tiempo.

ASSERATO. -Volved a envainarla, creedme. El Conde es un caballero.

ZIBO. -Estamos vendidos. Somos víctimas de la traición. La comedia era el cebo y hemos caído en el lazo.

ASSERATO. -No lo quiera Dios. Me temo que va a tener todo eso un pesado desenlace.

Escena V

Dichos. Luego VERRINA y SACCO.

EL CENTINELA. -¿Quién vive ?

(Salen Verrina y Sacco.)

VERRINA. -Amigos de la casa.

(Salen siete nobles más.)

ZIBO. -Sus confidentes. Ahora se aclarará todo.

SACCO. (Conversando con Verrina.) -Pues como os decía, Lescaro está de guardia en Santo Tomás. Es el mejor oficial de Doria y su ciego adicto.

VERRINA. -Me alegro.

ZIBO. (A Verrina.) -A buen tiempo llegáis, Verrina, para ayudarnos a salir de este enredo.

VERRINA. -Pues... ¿qué ocurre?... ¿qué ocurre?...

ZENTURIONE. -Hemos sido invitados a una comedia.

VERRINA. -Para eso estamos.

ZENTURIONE. (Impaciente.) -Sí, ya sé;... como todo mortal... ¡Mirad qué guardadas las puertas!... ¿y por qué?... vamos a ver.

ZIBO. -¿Por qué estas armas?

ZENTURIONE. -Estamos aquí, como en la horca.

VERRINA. -Ya vendrá el Conde en persona.

ZENTURIONE. -No debiera hacerse esperar. Tasco el freno, impaciente.

(Los nobles se pasean por el fondo.)

BORGOGNINO. -¿Cómo va lo del puerto, Verrina?

VERRINA. -A pedir de boca.

BORGOGNINO. -El castillo está atestado de tropas.

VERRINA. -Poco falta para las nueve.

BORGOGNINO. -Mucho se hace esperar el Conde.

VERRINA. -Todo irá mas aprisa de lo que se figura, Borgognino. Me estremezco con sólo recordar cierto intento...

BORGOGNINO. -No os precipitéis, padre.

VERRINA. -No cabe precipitación, donde no cabe retardo. Si no cometo este segundo homicidio, no respondo del primero.

BORGOGNINO. -Mas ¿cuándo debe morir Fiesco?

VERRINA. -Cuando Génova sea libre, Fiesco morirá.

EL CENTINELA. -¿Quién vive?

Escena VI



Dichos. FIESCO.

FIESCO. -Amigo. (Todos le saludan y los centinelas presentan las armas.) Bien venidos, mis queridos huéspedes. Sin duda me habéis murmurado por la tardanza; excusadme. (Por lo bajo a Verrina.) ¿Está dispuesto todo?

VERRINA. (Al oído.) -A pedir de boca.

FIESCO. (Por lo bajo a Borgognino.) -Y...

BORGOGNINO. -Todo está en orden.

FIESCO. (A Sacco.) -Y...

SACCO. -Todo marcha.

FIESCO. -¿Y Calcagno?

BORGOGNINO. -No ha venido todavía.

FIESCO. (A los centinelas.) -Cerrad las puertas. (Se quita el sombrero y se adelanta con dignidad y soltura hacia los congregados.) Señores, me tomé la libertad de invitaros a un espectáculo en mi casa, no ciertamente para divertirlos, sino con el objeto de repartir los papeles. Harto hemos sufrido, amigos míos, las injurias y desaires de Doria y las usurpaciones de Andrés. Si queremos libertar a Génova, no hay ya tiempo que perder. ¿Con qué objeto pensáis que sitian el puerto de nuestra patria veinte galeras? ¿Con qué objeto contrajeron los Dorias ciertas alianzas y han llamado al corazón de Génova extranjera tropa? No se trata ya de murmurar ni de maldecir. Fuerza es arriesgarlo todo por salvarlo todo, que a grandes males, grandes remedios. ¿Quién habrá entre nosotros que sufra por soberano al que no sea su igual? ¿Y quién de nosotros no cuenta tan antiguo abolengo como la misma ciudad? Yo os conjuro por lo más sagrado, a que me digáis qué privilegio tienen entonces aquellos dos simples ciudadanos para alzarse por encima de nosotros con insolente vuelo. (Vivos murmullos.) No existe un solo hombre aquí, que no sea llamado a defender la causa de Génova contra sus opresores, ni pueda abandonar un ápice sus derechos sin hacer traición al alma del Estado. (Agitación e interrupciones. Luego continúa.) Pues veo que os conmueven mis frases, doy por ganada la causa. ¿Queréis seguirme? Estoy pronto a conducirlos. Esos preparativos, que poco ha os sobrecogieron de terror, deben infundiros ahora valor heroico y trocarse tales temblores y ansiedad en memorable celo para aliaros a los patriotas y a mí, y aterrar a los tiranos. El éxito coronará nuestros esfuerzos, porque mi plan está bien concebido y la empresa es justa, puesto que Génova sufre; gloriosa, puesto que es arriesgada y grande.

ZENTURIONE. (Con arrebatado.) -Basta. Génova será libre. Con semejante grito de guerra combatiríamos contra el mismo infierno.

ZIBO. -Quien no despierte a ese grito, gima condenado a eterna brega hasta el día del juicio.

FIESCO. -Esto es hablar como hombres. Ahora merecéis conocer el peligro que os amenaza, a vosotros y a Génova. (Les entrega la lista que consiguió el Moro.) Aquí, luces, muchachos. (Los nobles se agolpan al rededor de una antorcha y leen) Esto marcha a medida de mis deseos, amigos.

VERRINA. -No lo digas muy alto. A algunos vi palidecer y temblar, allá a la izquierda, en el fondo.

ZENTURIONE. (Furioso.) -¡Doce senadores! ¡Infamia como ella! Vamos, espada en mano... (Todos echan mano a las armas, excepto dos.)

ZIBO. -Tu nombre figura también en la lista, Borgognino.

BORGOGNINO. -Y hoy mismo, Dios mediante, he de escribirlo en la garganta de Doria.

ZENTURIONE. -Quedan allí dos espadas.

ZIBO. -¿Cómo?

ZENTURIONE. -Hay dos que no han tomado espada.

ASSERATO. -Mis hermanos no pueden ver sangre... Excusadlos.

ZENTURIONE. -¿Cómo no, siendo de tiranos? ¡Mueran los cobardes! Echad de la República estos hijos bastardos. (Algunos conjurados, movidos de la cólera, se arrojan sobre ellos.)

FIESCO. (Los separa.) -¡Deteneos!... ¡Deteneos! Génova no puede deber su libertad a esclavos, ni ha de perder el oro su puro sonido con impura liga. (Separad los dos hermanos.) Hacedme la bondad, caballeros, de retiraros a mi palacio hasta que se decidan nuestros asuntos. (A la guardia.) Prended a esos dos hombres; me respondéis de ellos. Pónganse dos centinelas a su puerta. (Se los llevan.)

EL CENTINELA. (De la puerta principal.) -¿Quién vive? (Llaman.)

CALCAGNO. (Con voz angustiada.) -Abrid, amigo,... abrid... por Dios.

BORGOGNINO. -Es Calcagno. ¿Qué significa esta súplica, por Dios?

FIESCO. -Abridle, soldados.

Dichos. CALCAGNO espantado y sin aliento.

CALCAGNO. -¡Estáis perdidos!... Huid... Sálvese quien pueda... Todo está perdido.

BORGOGNINO. -¡Cómo... perdido! ¿Son por ventura de bronce y nuestras espadas de caña?

FIESCO. -Pensadlo bien, Calcagno, porque en nuestro caso este sería imperdonable error.

CALCAGNO. -Nos han hecho traición... Infernal verdad... Vuestro criado moro, Lavagna... ¡Miserable! Acabo de verle en el palacio de la Signoria, celebrando una entrevista con el Duque. (Los nobles palidecen, el mismo Fiesco se inmuta.)

VERRINA. (Con energía, a los centinelas de la puerta del foro.) -Aquí, soldados, pasadme el corazón de una lanzada, que no quiero morir en manos del verdugo. (Los nobles se desbandan aterrorizados.)

FIESCO. (Serenamente.) -¿A dónde vais?... ¿Qué hacéis?... Vete al diablo, Calcagno, con tu ciego terror... ¡Pareces una mujer!... ¡Decir esto delante de esos niños! Y tú, Verrina, y tú, Borgognino, ¿a dónde vais?

BORGOGNINO. (Con vehemencia.) -Yo a casa a matar a Berta y vuelvo.

FIESCO. (Soltando una carcajada.) -¡Aguardad!... ¡deteneos! ¿Este es el valor de los que quieren matar al tirano?... Has representado tu papel a maravilla, Calcagno... Pero ¿no adivinasteis que yo le mandé traer la noticia? Habla, Calcagno. ¿Verdad que te mandé poner a prueba el valor de estos antiguos romanos?

VERRINA. -Bien está. Puesto que puedes reír, quiero creerte, o no te tendré por hombre.

FIESCO. -¡Vergüenza, amigos! ¡Sucumbir a esta prueba de muchacho! Tomad de nuevo las armas. Ahora fuerza os será combatir como leones si queréis reparar esa brecha. (Por lo bajo a Calcagno.) ¿Estabais vos mismo allí?

CALCAGNO. -Pasé por delante de la guardia para cumplir mi comisión e informarme por medio del Dux... y cuando ya me retiraba, veo que traían al Moro.

FIESCO. (En alta voz.) -Ya tenemos al vicio en la cama; iremos a sacarle de entre las sábanas. (Por lo bajo.) ¿Habló mucho rato con el Dux?

CALCAGNO. -Mi súbito pavor y la urgencia del peligro no me han permitido permanecer allí dos minutos.

FIESCO. (En alta voz y alegremente.) -¡Mirad cómo tiembla todavía mi gente!

CALCAGNO. -No debisteis dejar que estallara tan pronto el motín. (Por lo bajo.) Pero, por Dios vivo, Conde, ¿qué esperáis conseguir con ese embeleco?

FIESCO. -Pienso ganar tiempo. Con eso habrá pasado el primer susto. (En alta voz.) ¡Hola!... que traigan vino. (Por lo bajo.) ¿Palideció el Duque? (Alto.) Vaya, camaradas; quiero que bebamos una vez siquiera antes de entrar en la danza de esta noche. (Por lo bajo.) ¿Palideció el Duque?

CALCAGNO. -La primera palabra del Moro ha sido conjuración, y al oírla el viejo, se echó hacia atrás, blanco como la nieve.

FIESCO. -¡Ah!... ¡Ah!... ¡Qué pillo es! Hasta que les vio con el cuchillo a la garganta, no nos delató. Así ahora será para ellos realmente su ángel salvador. ¡Qué pillo es! (Sale un criado trayéndole una copa de vino; la presenta a la reunión y bebe.) Brindo por el buen éxito de nuestra empresa, camaradas. (Llaman.)

EL CENTINELA. -¿Quién vive?

UNA VOZ. -Abrid... ¡en nombre del Duque! (Los nobles desesperados se desbandan.)

FIESCO. (Dirigiéndose a ellos.) -No; no os asustéis, hijos míos, que yo estoy aquí. Aprisa; esconded esas armas. Sed hombres, os ruego. Esta visita me hace esperar que Andrés duda todavía. Salid y serenaos. Abrid las puertas, guardias. (Todos se van. Se abre la puerta.)

## Escena VIII

FIESCO, como si viniera del castillo. Tres ALEMANES que traen al MORO agarrotado.

FIESCO. -¿Quién me llamaba en el patio?

UN ALEMÁN. -Llevadme a presencia del Conde.

FIESCO. -Ahí le tenéis; ¿quién me llama?

EL ALEMÁN. (Saludándole militarmente.) -Os saludo en nombre del Duque. Os manda agarrotado ese moro que ha ido diciendo pestes de vos. Por esa carta sabréis lo demás.

FIESCO. (Toma la carta con indiferencia.) -¿No te decía hoy mismo que irías a parar a las galeras? (Al Alemán.) Está bien, amigo. Ofreced mis respetos al Duque.

EL MORO. (Alzando la voz.) -Y los míos también, y decidle... al Duque... que si no hubiera mandado aquí a un asno, sabría a estas horas que hay dos mil hombres escondidos aquí. (Los alemanes se van. Salen otra vez los nobles.)

## Escena IX

FIESCO. Los CONJURADOS. El MORO con arrogante serenidad.

Los CONJURADOS. (Retroceden a la vista del Moro.) -¿Qué es esto?

FIESCO. (Después de haber leído el billete con reprimida cólera.) -Genoveses; ya no existe el peligro, pero tampoco la conjuración.

VERRINA. (Sorprendido.) -¿Cómo!... ¿Han muerto los Dorias?

FIESCO. (Con violento ademán.) -¡Vive Dios! Ni todas las tropas juntas habían de amedrentarme... pero eso, eso no lo esperaba. El débil anciano venció con ese par de líneas a dos mil quinientos hombres. (Deja caer los brazos con desaliento.) Doria ha vencido a Fiesco.

BORGOGNINO. -Hablad, pues. Grande es nuestra estupefacción.

FIESCO. (Lee.) -«Lavagna, mala suerte tenéis conmigo. Vuestros beneficios son pagados con ingratitud. Este moro me advierte vuestra conjuración; os lo mando atado, y esta noche dormir sin guardias.» (Deja caer el papel. Todos se miran unos a otros.)

VERRINA. -¿Y bien, Fiesco?

FIESCO. (Con nobleza.) -¡Un Doria me habrá vencido en generosidad!...¿Faltará esa virtud a la raza de Fiesco?... No por vida mía: tan cierto como me llamo así. Separaos. Corro a verle y a confesárselo todo. (Hace que se va.)

VERRINA. (Le detiene.) -¿Pero estás loco?... ¿Somos niños por ventura, o se trata realmente de la causa de la patria? ¿Contra quién te dirigías tú? ¿Contra la persona de Andrés o contra el tirano? Detente, repito. Te prendo por traidor al Estado.

Los CONJURADOS. -¡Atadle!... ¡Echadle al suelo!

FIESCO. (Coge una espada y se abre paso.) -Poco a poco. ¡A ver quién será el primero que eche el lazo al tigre!... Vedlo, señores; soy libre y puedo ir donde quiera. Pero me quedo; se me ocurre otra idea.

BORGOGNINO. -La de vuestros deberes.

FIESCO. (Colérico y con altivez.) -Mancebo, aprended primero a conocer los vuestros con respecto a mí, antes de hablarme de los míos. Tranquilizaos, señores... Todo sigue como hasta ahora. (Al moro, desatándole.) Tienes el mérito de haber dado lugar a una grande acción... Lárgate.

CALCAGNO. (Airado.) -¡Cómo!... ¡Cómo!... ¿Vivirá ese pagano, después de haber hecho traición a todos?

FIESCO. -Viva él, con haberos asustado así. Vete, camarada. Pero advierte que pesa la ciudad entera sobre tus hombros, y que sus hijos pueden vengar en ti su falta de valor.

EL MORO.- Esto prueba que el diablo no deja nunca a un pícaro en un apuro... Soy vuestro muy humilde y obediente servidor, señores. Ya veo que no crece en Italia el cáñamo con que han de ahorcarme, y fuerza será que vaya por él a otro lado. (Se va riendo.)

Escena X.

Sale un CRIADO. Dichos excepto el MORO.

EL CRIADO. -La condesa Imperiali ha preguntado ya tres veces por su señoría.

FIESCO. -Diablo, es verdad; debe empezar la función. Dile que al instante soy con ella. Aguarda; ruega a la señora condesa, mi esposa, que me espere en la sala de conciertos, escondida detrás de los tapices. (Vase el criado.) En esta hoja apunté el reparto de papeles, y todo irá a maravilla, si cada cual atiende al suyo respectivo. Antes irá Verrina al puerto, y cuando se haya apoderado de las naves, dará la señal del ataque con un cañonazo. Ahora yo me voy, porque me reclama un importante asunto. En cuanto suene una campanilla, acudid todos a la sala de conciertos... y mientras, entrad... saboread a placer mi vino de Chipre. (Se van todos.)

Escena XI.

La sala del concierto.

LEONOR, ARABELLA, ROSA; las tres muestran su ansiedad.

LEONOR. -Fiesco ha prometido venir aquí, y no viene, y son ya las once dadas. El palacio entero resuena con el rumor de armas y hombres, y él no viene.

ROSA. -Dice que debéis esconderos tras los tapices. ¿Qué intento será el suyo?

LEONOR. -Lo quiere él, y me basta para obedecer sin temor alguno. Pero tiemblo... Bella... mi corazón late angustiado. Por Dios, hijas mías, no me dejéis.

ARABELLA. -Nada temáis, señora. El espanto enfrena nuestra curiosidad.

LEONOR. -Donde quiera que vuelvo los ojos, sólo veo semblantes desconocidos para mí, como siniestros y desfigurados espectros. Apenas llamo a uno, tiembla como un malhechor y huye a esconderse en la sombra, negro asilo de la conciencia culpable; si por ventura me responde, me habla con cierto misterio, como si la angustia y la vacilación le helaran la respuesta en los labios... Fiesco... Algo terrible se prepara aquí. ¡Oh Dios mío! (juntando las manos suplicante)... proteged a mi querido esposo.

ROSA. -(Asustada.) -Jesús... ¡qué ruido en la galería!

ARABELLA. -Es el centinela.

EL CENTINELA. (Dentro.) -¡Quién vive!

LEONOR. -Alguien viene. Aprisa... a escondernos.

(Se esconden detrás de los tapices.)

## Escena XII

JULIA, FIESCO, salen conversando.

JULIA. (Muy turbada.) -Callad, Conde, por Dios, que tales galanteos no suenan en oído indiferente e inflaman mi pasión... ¿Dónde estoy?... Solos... sin más compañía que la noche con sus seducciones. ¿A dónde habéis traído, Conde, mi pobre corazón indefenso?

FIESCO. -Donde el amor desalentado cobra ánimos, señora, y la emoción responde con más libertad a la emoción.

JULIA. -Basta, Fiesco. Os ruego por lo más sagrado que no paséis adelante. A no ser tal la oscuridad, vierais encenderse mis mejillas y me tendríais compasión.

FIESCO. -Todo lo contrario. Mi turbación crecería con la tuya, y mi audacia con ella.  
(Le besa la mano con ardor.)

JULIA. -¡Qué ardor febril anima tu rostro y tus palabras!... ¡Ay de mí! Siento arder en el mío, culpable e impetuosa llama... Que traigan luces, te ruego. Cediera mi pasión al arrebatado influjo de la oscuridad. Rebelde al yugo, proseguiría su impía obra... Creedme, Fiesco;... salgamos de aquí.

FIESCO. (Con mayor instancia.) -¿A qué, amor mío, esta inmotivada inquietud? ¿Por ventura la reina debe temer a su esclavo?

JULIA. -¡Malditos seáis vosotros y vuestras eternas contradicciones! ¡Como si no fuerais los vencedores, y los más peligrosos, una vez cautivasteis nuestro amor propio! Porque, si es fuerza confesarlo, fue mi amor propio el guardador de mi virtud, y mi orgullo quien desafiaba tus artificios. Sólo en esto se fundaba mi firmeza. Desesperaste de la astucia y acudes a mi debilidad... Ahora, dejadme.

FIESCO. (Confiadamente.) -¿Y qué pierdes con perder tu fuerza?

JULIA. (Con arrebatado.)... -¿Qué?... ¿No lo habré perdido todo, el día que te haya entregado como juguete la llave del santo pudor y puedas tú afrentarme cuando te parezca?... ¿Quieres saber más, burlón? ¿Querrás aún que te confiese que todo el secreto de nuestra habilidad consiste en defender con miserables precauciones este punto débil, pronto a ceder a vuestras protestas ¡rubor me causa decirlo! apenas vuelve el rostro la virtud?... ¿Es fuerza que te diga cómo nuestros artificios femeniles se emplean en proteger esta plaza sin defensa, del modo que en el ajedrez todas las piezas en defender al rey, inmóvil? Si ganas es mate y todo va de vencida. (Pausa. Gravemente.) Acabo de mostrarte nuestra pomposa miseria. Sé generoso.

FIESCO. -Y sin embargo, Julia, ¿a quién mejor que a mi infinita pasión pudieras confiar ese tesoro?

JULIA. -Sin duda que no pudiera estar ni en mejores ni en peores manos... óyeme, Fiesco... ¿Cuánto tiempo durará ese infinito? Harto desgraciada he sido para exponer aun mi último bien. Fié en mis hechizos, Fiesco, para cautivarte, mas no les creo el poder de retenerte. Pero ¿qué es lo que he dicho, Dios mío? (Retrocede y oculta el rostro entre las manos.)

FIESCO. -Dos blasfemias en una. Desconfiáis de mi buen gusto y cometéis un crimen de lesa majestad injuriando vuestra belleza. ¿Cuál de ambos crímenes es más excusable?

JULIA. (Fatigada, próxima a sucumbir y con voz conmovida.) -Los embustes son las armas del infierno, y Fiesco no tiene necesidad de ellas para subyugar a Julia. (Cae sin aliento en el sofá. Pausa. Continúa en tono solemne:) Oye, Fiesco; permíteme que te diga la última palabra. Somos verdaderas heroínas mientras creemos segura nuestra virtud; niñas, cuando la defendemos; (Fija los ojos en los de Fiesco)... furias, cuando nos toca vengarla... Oye, Fiesco; si me inmolaras fríamente...



FIESCO. (Arrebatado.) -Fríamente... ¡Por el cielo!... ¡Qué habrá que satisfaga la insaciable vanidad de una mujer, si duda todavía, cuando ve un hombre arrastrándose a sus plantas? ¡Ah!... siento que despierta mi altivez; lo siento. (Con frialdad.) Cae la venda de mis ojos. Los más grandes favores de una mujer no bastan a compensar la más pequeña bajeza de un hombre. (Saludándola fríamente.) Serenaos, señora, porque estáis segurísima.

JULIA. (Sorprendida.) -¡Conde!... ¡Qué mudanza!

FIESCO. (Con absoluta indiferencia.) -No, señora; tenéis razón que os sobra. Ambos no podemos sacrificar nuestro honor más que una sola vez. (Le besa cortésmente la mano.) Permittedme, pues, que os ofrezca mis respetos. (Hace que se va.)

JULIA. (Deteniéndole.) -¡Aguarda!... pero deliras... ¡aguarda!... Quieres forzarme a que te diga abiertamente lo que todos los hombres, de rodillas y con lágrimas en los ojos, no hubieran podido arrancar a mi orgullo. ¡Oh desdicha mía!... No es bastante esa oscuridad a ocultar el ardor que harto muestra mi rostro inflamado. ¡Ah Lavagna! Ultrajo mortalmente a mi sexo... seré odiada para siempre... Fiesco, ¡te adoro! (Cae a sus pies.)

FIESCO. (Retrocede y sin alzarla suelta una carcajada de triunfo.) -Lo siento, señora. (Llama, levanta el tapiz y presenta a Leonor.) ¡Mi esposa!... Una mujer divina. (Se echa en brazos de Leonor.)

JULIA. (Se levanta gritando.) -¡Oh inaudita traición!

### Escena XIII

Salen en tropel los CONJURADOS, y por otra puerta las damas.

FIESCO, LEONOR y JULIA.

LEONOR. -¡Oh, esposo mío!... Esto es demasiado.

FIESCO. -Otra cosa no merecía un mal corazón. Debía esta satisfacción a tus lágrimas. (A los presentes.) No, señores míos, no; no estoy habituado a perder el juicio, como un mozalbete, a la menor ocasión. Las locuras de los hombres me divierten mucho tiempo antes de arrebatarme. Esta mujer es merecedora de toda mi cólera, porque había preparado para un ángel este veneno. (Lo muestra a todos, que retroceden con espanto.)

JULIA. (Devorando su ira.) -Bien... muy bien... divinamente, caballero. (Hace que se va.)

FIESCO. (Deteniéndola.) -Un poco de paciencia, señora, que no he acabado todavía. Cuantos me oyen sabrán con placer por que abdiqué mi razón, hasta el punto de representar esta insensata farsa con la mujer más insensata de Génova.

JULIA. (Enfurecida.) -Es insoportable, pero tiembla. (Amenazante.) Doria empuña el rayo en Génova, y yo soy su hermana.

FIESCO. -Si este es vuestro último veneno, peor para vos. Por desgracia, puedo anunciaros que Fiesco de Lavagna hizo con la corona que robó vuestro serenísimo hermano, una cuerda con que ahorcar esta misma noche al usurpador de la República. (Julia palidece. Fiesco continúa sonriendo.) ¡Ah!... ¡ah!... no lo esperabais, y sin embargo (con ironía creciente) ved por qué me pareció conveniente ocupar en algo la curiosidad de vuestros allegados, y me entregué a esa pasión de arlequín, y abandoné (señalando a Leonor) ese diamante, por correr tras ese brillante falso. Os doy las gracias por vuestra complacencia, señora, y abandono mi disfraz. (Le devuelve el retrato haciendo una profunda reverencia.)

LEONOR. (Suplicante, a Fiesco.) -¡Ludovico mío!... Está llorando la pobre. Leonor se atreve a suplicarte temblorosa...

JULIA. (Con arrogancia, a Leonor.) -Cállate, odiosa criatura.

FIESCO.(A un criado.) -Sed galante y ofreced el brazo a la señora, que desea visitar mi prisión de Estado. Cuidaréis bajo vuestra responsabilidad de que nadie la importune... Como sopla mucho el aire afuera... la tormenta que derrumbará esta noche el trono de Doria podría echar a perder su peinado.

JULIA. (Sollozando.) -Así te mate la peste, perverso y profundo hipócrita. (A Leonor, colérica) No te goces en su triunfo; también a ti te perderá y se perderá a sí mismo... La desesperación le aguarda. (Vase.)

FIESCO. (A los convidados.) Habéis sido testigos de lo ocurrido; os suplico que venguéis mi honor en Génova. (A los conjurados.) Venid por mi en cuanto suene el primer cañonazo. (Todos se van.)

Escena XIV

LEONOR. FIESCO.

LEONOR. (Se le acerca con ansiedad.) -¡Fiesco, Fiesco! sólo os comprendo a medias, pero empiezo a temblar.

FIESCO. (Gravemente.) -Leonor, os vi siempre a la izquierda de una genovesa, y en la asamblea de los nobles ser la segunda en el besa-manos. Esto, Leonor, me lastimaba. He decidido que debía cesar y cesará. ¿Oís el bélico tumulto de mi palacio? ¡Cuánto temáis, es verdad!... Id a descansar, Leonor, que mañana amaneceréis duquesa.

LEONOR. (juntando las manos se echa en un sillón.) -¡Oh Dios mío!... ¡Mis presentimientos!... Estoy perdida.

FIESCO. (Con calma y dignidad.) -Dejadme hablar, amor mío. Dos de mis antepasados ciñeron triple corona, y la sangre de los Fiesco sólo corre a placer bajo la púrpura. ¿Por qué ha de renunciar vuestro esposo a este hereditario esplendor? (Animándose por grados.) ¿Por qué ha de fiar su grandeza a la suerte, que le dio en un día de mal humor, por cerrar el paso a un Juan Ludovico Fiesco con los restos de un viejo y enmohecido pasado? No, Condesa; soy demasiado altivo para esperar a que me den lo que yo puedo tomarme por mi mano. Esta misma noche he de arrojar a la tumba de mis abuelos los esplendores que heredé. Los condes de Lavagna han muerto y empiezan los príncipes de Lavagna.

LEONOR. (Mueve la cabeza, fija la vista en el vacío, como alucinada.) -¡Qué veo! Cae al suelo mi esposo, mortalmente herido. (Con voz sombría.) ¡Ahora desfila un silencioso cortejo que me trae el cadáver destrozado de mi esposo! (Levantándose con espanto.) La primera y única bala que se dispara, atraviesa el corazón de mi Fiesco.

FIESCO. (Asiéndole la mano con ternura.) -Cálmate, hija mía. Esta bala no me tocará.

LEONOR. (Le contempla seriamente.) -¡Tanto puedes fiar en el cielo! Más que existiera una sola probabilidad, entre mil, esta milésima probabilidad podría acaecer y perdería a mi esposo. Mira, Fiesco, que te juegas la misma salvación, y aunque fuesen mil contra una ¡cómo serás tan atrevido que eches suertes y lances a Dios tan audaz reto? No, esposo mío. Cuando se arriesga el todo por el todo, cada golpe de dados es un acto sacrílego.

FIESCO. (Sonriéndose.) -No temas. La fortuna y yo somos buenos camaradas.

LEONOR. -Esto dices, y persistes en ese juego que consume el corazón. ¡A eso llamáis pasatiempo! Harto conoces cómo la traidora sabe atraerse a su predilecto con algunos golpes felices, hasta que se levanta enardecido y con el intento de cargar con todo... ¡Entonces le abandona a su desesperación! ¡Oh esposo mío!... no, no saldrás a la calle para ganarte el afecto de los genoveses; no irás a arrancar de su sueño a esos republicanos. Domar un caballo fogoso no es lo mismo que sacarle a paseo. Fiesco, no te fíes de los rebeldes; Fiesco, mira que los astutos que te excitan, te temen, y los necios que te divinizan, de nada han de servirte. Donde quiera que vuelvo los ojos, veo la perdición de mi Fiesco.

FIESCO. (Paseándose a lo largo.) -La falta de valor es el peor de los males. Algún sacrificio debe hacerse para alcanzar grandeza.

LEONOR. -La grandeza... ¡Fiesco!... ¡Ah! ¡Si supieras cómo me lastima la superioridad de tu genio! Mira; tengo confianza en tu suerte, y quiero creer que triunfarás... pero, entonces ¡ay desdichada de mí! seré la más infortunada mujer que hubo en el mundo.

Desgraciada, si te estrellas; más desgraciada todavía si vences. No hay medio, amigo; si Fiesco no es dux, está perdido; si llega a serlo, he perdido a mi esposo.

FIESCO. -No te comprendo.

LEONOR. -¡Ah, Fiesco mío! Sécase bien pronto en las agitadas regiones del trono la flor delicada del amor. El corazón del hombre (aunque este hombre sea el mismo Fiesco) es estrecho para contener las dos divinidades poderosas que se aborrecen mutuamente. El amor vierte lágrimas; la ambición tiene los ojos de bronce, que jamás humedeció el sentimiento. El amor ansía un solo bien y rechaza el resto de la creación entera; la ambición, ni con la creación entera se sacia. Convierte el mundo en calabozo horrísono con el rumor de las cadenas, mientras el amor con sus ilusiones trueca en paraíso el desierto. Vendrás a descansar en mi regazo, y un vasallo rebelde atacará el imperio en aquel instante; iré a ti con los brazos abiertos, y con la ansiedad del déspota sentirás los pasos del asesino tras un tapiz y huirás de sala en sala medroso. Sí; el recelo, ojo avizor, turbaría la paz doméstica. Cuando tu Leonor te trajere refrigerante bebida, rechazarías la copa convulso, y acusarías mi ternura de envenenamiento.

FIESCO. -Calla, Leonor. ¡Horrible cuadro!

LEONOR. -No está acabado todavía. Con gusto te dijera: sacrifica el amor a la gloria, sacríffcale tu reposo, mientras sigas siendo para mi el mismo Fiesco. Pero este es el último golpe. Rara vez los ángeles ocupan el trono, y aún más rara vez descienden de él. Quien no debe temer ya al hombre, ¡cómo sentirá compasión por el hombre! Quien puede hacer bueno su deseo con el poder, ¡cómo ha de endulzarlo con tiernas palabras! (Calla, se acerca a él tiernamente, le coge la mano y le dice con tierna amargura:) Deja para los príncipes, Fiesco, esta suerte de mal concebidos proyectos del genio ambicioso, mas limitado en su poder;... déjales a ellos el empeño de colocarse entre Dios y la humanidad... ¡Fatales creaciones... y aún más fatales creadores!

FIESCO. (Se pasea agitado.) -Cesa, Leonor, es tarde; he quemado mis naves.

LEONOR. (Contemplándole con ternura.) -Y por qué, esposo mío. Sólo los hechos son irreparables. (Con ternura y malicia.) ¡Cuántas veces me has jurado que mi belleza te hizo olvidar todos tus proyectos!... Entonces o jurabas en falso, hipócrita, o mi belleza se ha marchitado bien pronto. Di tú quién tiene la culpa. (Le abraza con pasión.) Torna a mis brazos... Ten firmeza y renuncia a tus designios. El amor te recompensará. ¿No te basta mi corazón para apagar tu sed ardiente? ¡Oh Fiesco! Si no lo puede el amor, menos lo podrá una corona. (Con cariñoso acento.) Ven, quiero prevenir todos tus deseos, y reunir en un beso todos los hechizos de la vida, y retener con lazo celestial a mi noble prófugo... Tus deseos son infinitos... y el amor también lo es, Fiesco. (Enternecida.) ¡Hacer feliz a una pobre criatura que halla un paraíso en tus brazos... ¿esto puede dejar un vacío en tu corazón?

FIESCO. (Vivamente conmovido.) -¿Qué hiciste, Leonor mía? (Cae sin fuerza en sus brazos.) Ya no podré presentarme a los genoveses.

LEONOR. -Huyamos, Fiesco: afuera la vana pompa; vivamos en las regiones ideales del amor. (Le estrecha en sus brazos enajenada.) No nublará el pesar nuestras almas, serenas como el límpido azul del cielo, y cual sonoro manantial refluirá nuestra vida al seno de Dios.

(Suena un cañonazo. Fiesco se liberta de los brazos de Leonor. Salen los conjurados.)

Escena XV

Los CONJURADOS. LEONOR. FIESCO.

Los CONJURADOS. -¡Llegó la ocasión!

FIESCO. (A Leonor, con firmeza.) -¡Adiós para siempre!... o mañana tendrás la ciudad a tus plantas. (Hace que se va.)

BORGOGNINO. (Exclama.) -¡La Condesa se desmaya! (Leonor cae sin sentido, y todos acuden a socorrerla. Fiesco se echa a sus pies.)

FIESCO. (Con desgarrador acento.) -¡Leonor!... ¡Salvadla!... En nombre del cielo... ¡Salvadla! (Rosa y Arabella acuden.) Abre los ojos. (Se levanta con resuelto ademán.) Vamos a cerrar los de Doria.

(Los conjurados corren en tropel hacia la puerta. Cae el telón.)

Acto V

Es más de media noche. Gran calle de Génova. En diversos sitios y frente a las casas habrá algunas linternas que irán apagándose sucesivamente. En el foro la puerta de Santo Tomás, la cual estará cerrada. Discurren por la plaza algunas personas con linternas. Pasa la ronda. Reina la tranquilidad. El mar está agitado.

Escena I

FIESCO sale armado y se detiene delante del palacio de Andrés.

Luego ANDRÉS.

FIESCO. -El buen viejo ha cumplido su palabra. No veo luces ni centinelas en el palacio... Voy a llamar. (Llama.) ¡Hola!... Despierta, Doria; estás rendido, te han hecho traición... Doria... despierta... ¡Ea!

ANDRÉS. (Asomándose al balcón.) -¡Quién va!

FIESCO. (Con voz fingida.) -No quieras saberlo..., huye... te abandona tu estrella... Génova se subleva contra ti; tus verdugos se acercan. ¿Y puedes dormir todavía, Andrés?

ANDRÉS. (Con dignidad.) -Tranquilo dormía cuando el mar enfurecido azotaba mi galera, y crujía la quilla, y se partía el palo mayor... ¡conque ya ves!... ¿Quién manda esos verdugos?

FIESCO. -Un hombre más temible que el mar enfurecido. Juan Ludovico Fiesco.

ANDRÉS. (Riéndose.) -¡Qué chancero estás, amigo! Mira, guarda para mañana tus chanzas, que esta no parece hora muy oportuna.

FIESCO. -¿Conque, te burlas de quien viene a avisarte?

ANDRÉS. -No; se lo agradezco, pero... me voy a dormir. En cuanto a Lavagna, seguramente se habrá amodorrado en sus orgías, y no le queda tiempo para pensar en Doria.

FIESCO. -¡Ah, desdichado!... No te fíes de semejante serpiente de siete colores... Te acercaras a ella sin recelo y serás víctima de vértigo mortal. Si te mofaste de los avisos de un traidor, no te mofes ahora de los consejos de un amigo. En el patio te aguarda un caballo; huye, ahora que es tiempo todavía; no desdeñes a un amigo.

ANDRÉS. -Fiesco tiene noble corazón, y como en nada le ofendí, no ha de venderme.

FIESCO. -Tiene noble corazón y te ha vendido. De ambas cosas te ha dado pruebas.

ANDRÉS. -Pues bien; cuento con una guardia que ni el mismo Fiesco puede derrotar, como no mande un ejército de querubines.

FIESCO. (Irónico.) -Me gustaría hablar a esa guardia y darle un billetito para la eternidad.

ANDRÉS. (Con nobleza.) -¡Pobre burlón! ¿Ignoras acaso que Andrés Doria cuenta ochenta y cinco años, y que Génova es feliz? (Vase.)

FIESCO. (Contemplándole fijamente.) -¡Forzoso fue sin duda que antes de derribar a ese hombre me convenciese de que es imposible igualarle! (Da algunos pasos pensativo.)

No; pagué generosidad con generosidad; estamos en paz, Andrés. Ahora siga la destrucción su camino.

(Se va precipitadamente por una calle apartada. Suena el redoble del tambor en diversos puntos y se promueve un violento combate junto a la puerta de Santo Tomás, hasta que cede esta hecha astillas y aparece la vista del puerto y de las naves alumbradas por antorchas.)

## Escena II

GIANETTINO embozado en una capa color de escarlata. Le preceden casi corriendo LOMELLINO y algunos criados con antorchas.

GIANETTINO. (Se detiene.) -¿Quién ha mandado tocar a generala?

LOMELLINO. -Las galeras dispararon un cañonazo.

GIANETTINO. -¡Cómo sacuden los esclavos las cadenas! (Suenan algunos tiros de mosquete junto a la puerta de Santo Tomás.)

LOMELLINO. -Por allí es el ataque.

GIANETTINO. -¡La puerta está abierta y la guardia en conmoción! (A los criados.) Aprisa, bribones... luz!... Corramos al puerto.

(Corren hacia la puerta del foro.)

## Escena III

Dichos. BORGOGNINO con los CONJURADOS que llegan por la puerta de Santo Tomás.

BORGOGNINO. -Muy bravo es Lescaro.

ZENTURIONE. -Se defendió como un león antes de sucumbir.

GIANETTINO. (Retrocede con la mayor sorpresa.) -¿Qué es lo que oigo?... Deteneos.

BORGOGNINO. -¿Quién va allá con una antorcha?

LOMELLINO. -¡Los enemigos, Príncipe!... Escurrid el bulto por la izquierda.

BORGOGNINO. (Más alto.) -¿Quién va allá con una antorcha?

ZENTURIONE. -¡Atrás!... el santo y seña.

GIANETTINO. (Tira de la espada con arrogancia.) -¡Sumisión y Doria!

BORGOGNINO. (Con ira.) -Robador de la República y de mi prometida! (A los conjurados y acometiendo a Gianettino.) ¡Qué buena presa, camaradas! Sus propios demonios le traen. (Le hiere.)

GIANETTINO. (Cae; con voz de angustia.) -¡Socorro!... ¡Al asesino!... ¡al asesino!... Véngame, Lomellino.

LOMELLINO Y LOS CRIADOS. (Huyendo.) -¡Socorro! ¡Al asesino!...

ZENTURIONE. (Exclama en alta voz.) -¡Ha muerto!... ¡Prended al Conde! (Prenden a Lomellino.)

LOMELLINO. (Cayendo de rodillas.) -No me matéis; seré de los vuestros.

BORGOGNINO. -¿Vive todavía el monstruo? Soltad a ese cobarde. (Lomellino escapa.)

ZENTURIONE. -Ya es nuestra la puerta de Santo Tomás y Gianettino ha muerto. Corred cuanto podáis, id a decírselo a Fiesco.

GIANETTINO. (Se incorpora con las ansias de la muerte.) -¡Maldición!... ¡Fiesco! (Muere.)

BORGOGNINO. (Saca la espada del cadáver.) Génova es libre y Berta también. Dame tu espada, Zenturione, y lleva esa, ensangrentada todavía, a mi esposa. Su cárcel está abierta; yo iré cuanto antes a darle el beso de esposo. (Se van en opuesta dirección.)

#### Escena IV

ANDRÉS Doria. Soldados alemanes.

UN ALEMÁN. -El ataque ha seguido esta dirección. Montad a caballo, Duque.

ANDRÉS. -Deja que contemple por última vez las torres y el cielo de Génova... ¡Ah!... ¡no es sueño! Andrés fue víctima de la traición.



UN ALEMÁN. -Donde quiera, sólo hallamos enemigos. Huid, Duque, huid, pasad la frontera.

ANDRÉS. (Arrojándose sobre el cadáver de su sobrino.) -¡No! ¡Quiero morir aquí!... No me habléis de fugarme... Aquí descansa la fuerza de mi vejez; mi carrera acabó. (Calcagno a lo lejos, con los conjurados.)

UN ALEMÁN. -¡Los asesinos!... ¡los asesinos!... huid, Príncipe.

ANDRÉS. (Suenan los tambores.) -Oídmelos, extranjeros, oídmelos... Estos son los genoveses cuyo yugo rompí con mis manos. ¿Recompensáis así tales servicios en vuestro país?

EL ALEMÁN. -Huid, huid mientras se mellan sus espadas en los huesos de vuestros alemanes.

(Se acerca Calcagno.)

ANDRÉS. -Salvaos, dejadme. Id y poned espanto a las naciones con la terrible nueva; los genoveses mataron a su padre.

EL ALEMÁN. -Huid, la lucha nos da tiempo todavía... ¡Camaradas!... Resistid con firmeza y conducid al Duque en medio. A zurriagazos debéis enseñar a esos perros de italianos el respeto debido a las canas.

CALCAGNO -¿Quién va?... ¿Qué hay?

LOS ALEMANES. (Acometiéndole.) -Soldados alemanes.

(Combaten. Retiran el cadáver de Gianettino.)

Escena V

LEONOR disfrazada de hombre; ARABELLA; salen ambas ansiosas.

ARABELLA. -Venid, señora, venid.

LEONOR. -Allí ruge la sedición. Escucha... me parece que oí sollozar a un moribundo... ¡Oh desdicha! Ya le rodean; ya apuntan las armas al corazón de Fiesco... al mío, Arabella... ¡Disparan!... deteneos... es mi esposo. (Eleva las manos al cielo.)

ARABELLA. -Pero, por Dios.

LEONOR. (Cada vez más loca, grita, yendo de aquí para allá.) -¡Fiesco!... ¡Fiesco!... ¡Fiesco!... Le abandonan los suyos; vacila su constancia. (Con espanto.) ¿Mi esposo a la cabeza de los revoltosos?... Arabella... ¡oh Dios mío!... Mi Fiesco combate por la revuelta.

ARABELLA. -¡Oh! no, señora. Es, por el contrario, el árbitro temible de la ciudad.

LEONOR. (Atenta.) -¡Pero cómo!... ¡Temblar yo!... ¿La más cobarde republicana abrazará al primero de los republicanos?... ¡Bueno fuera!... Cuando los hombres se disputan el gobierno, las mujeres deben mostrar también valor. (Suenan de nuevo tambores.) Voy a arrojarme en medio de los combatientes.

ARABELLA. (juntando las manos.) -¡Dios de misericordia!

LEONOR.-¡Poco a poco!... Con algo he tropezado... ¡Ah sí! Un sombrero, una capa, una espada en el suelo. (La recoge.) Mucho pesa, Arabella, pero ya verás cómo puedo manejarla... cómo sabré manejarla con honor. (Toca una campana a rebato.)

ARABELLA. -¡Oíd! ¡oíd!... La campana de la iglesia de los Dominicos... ¡Dios tenga piedad de nosotras!... ¡Qué horrible algazara!

LEONOR. (Con entusiasmo.) -Di mejor ¡qué delicioso sonido!... Con esa campana habla Fiesco a la ciudad. Ni el mismo son de las flautas me fue nunca tan grato. Por Fiesco redoblan los tambores... ¡Ah! ¡cómo se inflama mi corazón! Génova entera despierta. A su voz se arrojan los soldados al combate. ¡Y en tanto se asustaría su mujer! (Suenan otras campanas en diversas torres.) No; mi héroe abrazará una heroína; mi Bruto estrechará contra el suyo el corazón de una romana. (Se cubre con el sombrero, y se echa a los hombros la capa.) Soy otra Porcia.

ARABELLA. -¡Ah, señora! Vos no sabéis cuán terrible parece este delirio... no, no lo sabéis.

(Resuenan otra vez campanas y tambores.)

LEONOR. -¡Ah, desdichada!... ¡Y puedes oír esto sin entusiasmo! Las mismas piedras lloran de no poder precipitarse tras Fiesco; estos palacios maldicen al arquitecto que los arraigó fuertemente a este suelo; estas riberas, si pudiesen, olvidarían su puesto y librarían Génova al mar por correr al redoble de los tambores! ¿No despertará tu valor lo que a la misma naturaleza inanimada arranca de sus cadenas?... Bien está; yo hallaré mi camino.

ARABELLA. -¡Oh Dios! no es posible que os dejéis arrebatar de semejante capricho.

LEONOR. (Con heroísmo y altivez.) -¡Pues lo he resuelto, alma vulgar! (Con calor.) Acudiré donde más terrible sea el tumulto y combata mi Fiesco en persona. Y cuando oiga que digan: ¿Es Lavagna el invencible, de cuyas manos de hierro depende el destino de

Génova? ¿Es Lavagna realmente? Yo les responderé: Sí, genoveses: es él, mi esposo, y yo tengo también en ello mi parte. (Sale Sacco con los conjurados.)

SACCO. -¿Quién vive? ¿Fiesco o Doria?

LEONOR. (Con entusiasmo.) -¡Fiesco y libertad! (Echa a correr hacia una calle. La multitud la separa de Arabella.)

## Escena VI

SACCO, seguido de su tropa. CALCAGNO llega con otra.

CALCAGNO. -Andrés Doria ha huido.

SACCO. -Mala recomendación para ti, a los ojos de Fiesco.

CALCAGNO. -Estos osos alemanes estaban plantados como peñas delante del viejo, de forma que ni aun me fue posible verle. Nueve de los nuestros han muerto allí. Incluso yo, he sido herido en la oreja izquierda. Si de tal modo se batían por un extranjero, ¿qué no harían por defender a sus príncipes!

SACCO. -Contamos ya con muchos partidarios y han caído en nuestro poder todas las puertas.

CALCAGNO. -Dicen que el combate arrecia en la fortaleza.

SACCO. -Allí está Borgognino. ¿Y Verrina?

CALCAGNO. -Apostado entre la ciudad y el mar, como el cancerbero. Ni una anchoa pasaría por allí.

SACCO. -Voy a que toquen a rebato en los arrabales.

CALCAGNO. -Y yo, a la plaza Sarzana. ¡Marchen! (Se va al son del tambor.)

## Escena VII

El MORO, capitaneando una cuadrilla de rateros.

El MORO. -Habéis de saber, granujas, que a mí se debe el rancho y ahora me dejan sin cuchara... ¡Bueno va! La caza me place. Vamos a incendiar y a pillar cuanto podamos. Mientras ellos se baten por allá por una corona, nosotros pegaremos fuego a las iglesias para que se calienten un poco esos pobres apóstoles que están aquí tiritando de frío.

### Escena VIII

Subterráneo alumbrado por una sola lámpara. El fondo estará completamente oscuro, y Berta sola, con la cabeza cubierta de un velo negro, y sentada sobre una piedra. Después de una breve pausa, se levanta y da algunos pasos.

BERTA. Luego BORGOGNINO y después VERRINA.

BERTA. -No suena todavía rumor alguno, ni un solo paso, que anuncie a mi libertador. ¡Horrible espera!... horrible e inútil, como la del hombre enterrado vivo. ¿Y qué es lo que aguardo, insensata? Invariable juramento te retiene en esa cueva. O sucumbe Doria y Génova es libre, o Berta se consumirá aquí. Tal fue el juramento de mi padre. ¡Horrible cárcel que sólo puede abrir el estertor de muerte del bien defendido tirano! (Virando en torno.) ¡Qué terrible silencio!... parece el de la tumba. La noche se recoge en los rincones solitarios de mi calabozo. Esta lámpara se apaga. (Se pasea con ansiedad.) ¡Oh, ven,... ven, amado mío... ¡es tan horrible morir aquí! (Pausa. Recorre el calabozo y retuerce las manos desesperada.) Me abandona... rompe su juramento... olvida a su Berta... ¡Ah! Los vivos no curan de los muertos... y esta bóveda es una tumba... Desespera pues, que sólo florece la esperanza, donde Dios deja caer su mirada, y la mirada de Dios no penetra en ese calabozo. (Nueva pausa; con creciente inquietud.) Habrán sido derrotados mis libertadores. ¡Quizá frustrada la conjuración, sucumbió al peligro el intrépido!... ¡Oh, desdichada Berta! ¡Quién sabe si ahora mismo sus sombras errantes lloran, junto a esos muros, sus esperanzas fallidas! (Lanza un grito.) ¡Oh Dios! si ya no existen, estoy perdida sin remedio... condenada sin remedio a muerte espantosa. (Se apoya en el muro y continúa con dolor.) Y si vive todavía ¡oh amado mío! si vive, y cuando venga a cumplir su promesa y a llevarse en triunfo a su amada, sólo responde a su júbilo... aquí... en este lugar mudo y solitario... frío cadáver! ¡Ay! sus ardientes besos buscan en vano el aliento de mi vida; llora en vano sobre mi cuerpo; cae mi padre sobre él y resuenan en esos muros desnudos los ayes de su dolor... Oh!... entonces... entonces..., siniestras paredes, calladles mis quejas; decidles que sufrí como una heroína y que mi último suspiro fue una palabra de perdón. (Cae sin aliento sobre la piedra. Pausa. Suena dentro rumor de campanas y tambores. Berta se levanta.) Oigamos... ¿Qué pasa? ¡Será sueño o habré oído realmente... Las campanas suenan todas a la vez de un modo terrible... no... este no es el toque sagrado... (Crece y se acerca el rumor, corre de una a otra parte con espanto.) Más recio... más recio todavía. ¡Dios mío! Es el toque de rebato. ¿Ha sido incendiada la ciudad o entra en ella el enemigo?... Es ruido espantoso, como el clamoreo de millares de hombres... ¿Qué será? (Llaman a la puerta.) ¡Se acercan!.. ¡Descorren los cerrojos! (Se refugia en el fondo.) Son hombres... ¡La libertad!...

¡la salvación! ¡la salvación! (Sale Borgognino, espada en mano, seguido de algunos con antorchas.)

BORGOGNINO. -¡Berta!... ¡Berta!... eres libre. El tirano ha muerto, ¡esta espada le mató!

BERTA. -¡Salvador mío!... ¡Ángel mío!

BORGOGNINO. -¿Oyes el toque de rebato y el redoble de los tambores? Fiesco es vencedor; Génova, libre; la maldición de tu padre, anonadada.

BERTA. -¡Oh Dios mío! Entonces era por mí este terrible rumor... el toque de las campanas...

BORGOGNINO. -Por ti, Berta: es la señal de nuestro matrimonio; sal de ese horrible calabozo y sígueme al altar.

BERTA. -¡Al altar, Borgognino! ¿Ahora mismo? ¿A media noche? ¿Con ese espantoso tumulto?... Cuando no parece sino que el mundo se desquicia... (Sale Verrina sin que lo adviertan y se detiene sin decir palabra.)

BORGOGNINO. -Sí; esta misma noche, bella y magnífica, en que Génova celebra su libertad como su himeneo. La espada, húmeda todavía con la sangre del tirano, será mi adorno de bodas, y el sacerdote enlazará la tuya con mi mano, que arde aún después de mi acción heroica. ¡No temas, amor mío, y sígueme al altar! (Verrina se coloca entre ambos y los abraza.)

VERRINA. -Dios os bendiga, ¡hijos míos!

BERTA Y BORGOGNINO. (Cayendo a sus plantas.) -¡Padre mío!

VERRINA. (Poniendo las manos en la frente de ambos. Pausa. En tono solemne a Borgognino.) -No olvides jamás a cuánta costa la obtuviste; no olvides jamás que tu matrimonio data de la libertad de Génova. (Con nobleza y gravedad a Berta.) Tú eres la hija de Verrina y esposa del matador del tirano. (Pausa. Les hace seña de que se levanten y dice con voz sofocada:)... El sacerdote os aguarda.

BERTA Y BORGOGNINO. (A la vez.)... -¡Cómo, padre mío!... ¿No venís con nosotros?

VERRINA. (Gravemente.) -Terrible deber me llama a otra parte. (Suenan trompas y timbales y clamoreo de júbilo.) ¿Sabes qué significa ese clamoreo?

BORGOGNINO. -Fiesco es proclamado dux. El pueblo le diviniza y le entrega la púrpura, sin que la nobleza, que lo ve con horror, ose protestar contra ello.

VERRINA. (Con amarga sonrisa.) -Ya ves pues, hijo mío, que es forzoso que corra a ser el primero en prestar homenaje al nuevo monarca.

BORGOGNINO. -¿Qué es lo que intentáis? Yo os acompañaré.

BERTA. (Cogiéndose a Borgognino ansiosa.) -¡Dios mío!... ¿Qué ocurre, Borgognino?... ¿Qué intenta mi padre?

VERRINA. -Oye, hijo: vendí cuanto poseía y deposité el dinero en tu navío coge del brazo a tu amada y embárcate sin tardar; tal vez os siga... tal vez nunca más... Dirigíos a Marsella y (abrazándoles con emoción) que Dios os acompañe.

BORGOGNINO. (Con firmeza.) -Me quedo; no ha pasado todavía el peligro.

VERRINA. (Llevándole junto a Berta.) -Insaciable orgulloso, ve y regocíjate con tu esposa. Pues inmolaste a un tirano, déjame el mío (Se van.)

## Escena IX

FIESCO sale precipitado. ZIBO le sigue.

FIESCO. -¿Quién es el autor del incendio?

ZIBO. -Ya está tomada la fortaleza.

FIESCO. -¿Quién es el autor del incendio?

ZIBO. (Haciendo una seña a los que le siguen.) -Vaya una patrulla en persecución del culpable.

(Se van algunos hombres del séquito.)

FIESCO. -¡Vive Dios!... ¿Queréis hacer de mí un asesino? Daos prisa a traer aquí bombas y cubos. (Se van algunos hombres del séquito.) Pero sepamos, ¿Gianettino ha sido preso?

ZIBO. -Así dicen.

FIESCO. (Furioso.) -No hacen más que decirlo. ¿Y quién lo dice, Zibo? Por vuestro honor, ¿se ha escapado?

ZIBO. (Pensativo.) -Si he de creer a mis ojos antes que a la palabra de un noble, Gianettino vive todavía.

FIESCO. (Colérico.) -Va en ello vuestra vida, Zibo.

ZIBO. -Os repito que le vi pasar hace cinco minutos con su plumaje amarillo y su capa colorada.

FIESCO. (Fuera de sí.) -¡Mil rayos! Por vida mía, Zibo, que he de cortar la cabeza a Borgognino... Corred, Zibo; que cierren todas las puertas de la ciudad y echen a pique las falúas para que no pueda fugarse por mar. A quien venga a decirme que Gianettino ha muerto, le regalo ese diamante tan hermoso, el mejor que se halle en Génova, en Luca, en Venecia, en Pisa... (Zibo se va precipitadamente.) Corred, Zibo.

## Escena X

FIESCO. SACCO. EL MORO. Soldados.

SACCO. -Acabamos de sorprender a ese moro echando una mecha encendida en el interior de la iglesia de los jesuitas.

FIESCO. -Te perdoné la traición porque se trataba de mí, pero el incendiario merece la horca. Llévalo en seguida y ahorcadlo a la puerta de la iglesia.

EL MORO. -¡Diablo, diablo!... La ocasión no es muy oportuna... ¿No puede rebajarse nada?

FIESCO. -Nada.

EL MORO. (Con cierta confianza.) -Mandadme a las galeras a prueba.

FIESCO. (A los soldados.) -¡A la horca!

EL MORO. -Pues bien; quiero hacerme cristiano.

FIESCO. -Poco caso hace la Iglesia de los desechos de la idolatría.

EL MORO. (Con acento cariñoso.) -Al menos enviadme borracho a la eternidad.

FIESCO. -No; en ayunas.

EL MORO. -Pero no me ahorquéis en una iglesia cristiana.

FIESCO. -He dado mi palabra de caballero; te dije que tendrías una horca como para ti solo.

SACCO. (Con enfado.) -Basta de charla, pagano, que tenemos mucho que hacer.

EL MORO. -Pero si por casualidad la cuerda se rompiera...

FIESCO. (A Sacco.) -Que lleven dos.

EL MORO. (Resignado.) -Sea pues, y prepárese el diablo a mi imprevista visita.

(Se va con los soldados que van a ahorcarle.)

## Escena XI

FIESCO. LEONOR sale por el fondo, embozada en la capa color de escarlata de Gianettino.

FIESCO. (Repara en ella, se adelanta, retrocede luego, y exclama colérico:) -¡Yo conozco este penacho y esta capa! (La acomete.) ¡Yo conozco este penacho y esta capa! (La hiere ciego de furor.) Si tantas vidas tienes, álzate y anda.

(Leonor cae lanzando un grito. Suena dentro una marcha triunfal; tambores, cornetas y oboes.)

## Escena XII

FIESCO, CALCAGNO, SACCO, ZENTURIONE, ZIBO. Soldados precedidos de la música y con banderas.

FIESCO. (Yendo a su encuentro, alegremente.) -Genoveses; la suerte está echada. Ahí tenéis muerta la serpiente de mi alma, el horrible objeto de mi odio, Gianettino; alzad las espadas.

CALCAGNO. -Y yo vengo a deciros que los dos tercios de Génova se afilian a vuestro partido y juran fidelidad a la bandera de Fiesco.



ZIBO. -Verrina, por su parte, me envía desde la capitana, con encargo de saludaros como señor del puerto y la bahía. Zenturione, el gobernador os entrega por mi mano las llaves y el bastón de mando.

SACCO. -Y ambas Cámaras se prosternan, en mi persona, ante su señor y piden de rodillas favor y clemencia.

CALCAGNO. -Quiero ser el primero en felicitar al vencedor desde los muros de la ciudad... ¡Viva Fiesco! rendid las banderas... ¡Viva el dux de Génova!

TODOS. (Descubriéndose.) -¡Viva el dux de Génova! (Fiesco permanece pensativo y cabizbajo durante esta escena.)

CALCAGNO. -El pueblo y el Senado aguardan el instante de saludar a su noble señor, revestido de las insignias de la realeza. Permitidme, serenísimo dux, que os conduzca a la Signoria.

FIESCO. -Antes permitidme a mi vez que satisfaga un vivo deseo de mi corazón. Dejeé en la mayor angustia a una persona, muy cara para mí, y que debe compartir mi triunfo. (Conmovido, a los presentes.) Hacedme el favor de acompañarme a ver a vuestra amable Duquesa. (Hace que se va.)

CALCAGNO. -¿Dejaremos aquí el cadáver del vil asesino o enterraremos su vergüenza en un rincón?

ZENTURIONE. -Plantad su cabeza en lo alto de una pica.

ZIBO. -Descuarticémosle. (Arriman luces junto al cadáver.)

CALCAGNO. (Con voz sofocada por el terror.) -Mirad, genoveses... este no es el semblante de Gianettino.

(Todos se detienen mudos de sorpresa.)

FIESCO. (Inmóvil, mira en torno suyo, luego fija la mirada en el cadáver, convulso, agitado.) -¡Voto al infierno!... No... este no es el semblante de Gianettino. ¡Infernal sorpresa! (Mira otra vez en torno suyo.) Génova es mía... decís... ¡mía! (Lanzando un grito de rabia.) ¡Espantosa ilusión!... es mi esposa. (Cae, como herido del rayo. Los conjurados le rodean con profundo silencio. Fiesco se levanta sin aliento y prosigue con voz sombría:) ¡Genoveses!... ¿Maté a mi esposa? Hablad... os lo ruego... no contempléis, pálidos como espectros, este horrible capricho de la naturaleza... ¡Oh! no; catástrofes hay, que, gracias al cielo, no ha de temer el hombre, cabalmente por ser hombre; pues a quien le fue negada la absoluta felicidad, no puede condenársele a un tormento absoluto, infernal; y esto fuera mayor tortura todavía. (Con horrible calma.) ¡Oh! no; genoveses; esto no puede ser.

### Escena XIII

Dichos. ARABELLA, sale sollozando.

ARABELLA. -Mátenme, si quieren... Si ya no tengo nada que perder... Decidme, ¡por piedad!... Dejá aquí a mi señora y no la hallo en ninguna parte.

FIESCO. (Acercándose a ella y con voz temblorosa.) -¿Tu señora se llama Leonor?

ARABELLA. (Con alegría.) -¡Ah!... sois vos, mi noble y querido señor... no os enojéis contra mí... no pude impedir...

FIESCO. (Con vehemencia.) -¿Qué?

ARABELLA. -Que se lanzara...

FIESCO. -¿A dónde?

ARABELLA. -Al combate.

FIESCO. (Furioso.) -Así se te vuelva la lengua de cocodrilo... ¿Cómo iba?

ARABELLA. -Con una capa de púrpura.

FIESCO. (Se arroja a ella con rabia.) -¡Vete al infierno!... ¿Y la capa?...

ARABELLA. -Estaba aquí, por el suelo.

ALGUNOS CONJURADOS. (Murmuran.) -Gianettino fue muerto aquí...

FIESCO. (Tambaleándose y pálido como la muerte; a Arabella.) -Pues ya hemos hallado a tu señora.

(Arabella se va angustiada; Fiesco, despavorido, gira en torno la mirada; luego dice con voz temblorosa que se eleva lentamente hasta el tono del furor.)

FIESCO. -¡Cierto! ¡cierto!... Soy juguete de inconcebible fechoría. (Convulso.) Retiraos, miseras criaturas. (Rechinando los dientes y alzando la vista al cielo.) ¡Ah! si tuviera el mundo entre los dientes! ¡Ah si pudiera triturarle con horrible rechino hasta que sufriera lo que yo! (A los presentes; tembloroso.) Ya veis lo que es la compasiva raza que alaba al cielo y se felicita de no ser como yo... ¡como yo! (Estremeciéndose.) Para mí solo este suplicio. (Con rabia creciente.) ¡Para mí!... ¿Y por qué para mí solo, y no para los demás? ¿Por qué no puede embotarse mi dolor con el ajeno?

CALCAGNO. (Temeroso.) -Querido dux...

FIESCO. (Asiéndole con horrible júbilo.) -¡Ah! Bien venido, amigo. ¡Alabado sea Dios! ahí tenemos a otro, víctima también del rayo. (Estrecha a Calcagno entre sus brazos.) Bien venido a mi infierno, compañero de desgracia. Ya ves que ha muerto ella, la que tú amabas también. (Le fuerza a acercarse a Leonor y a que contemple el cadáver, bajando hacia él la cabeza.) Desespera; ha muerto. (Observando en torno con hosca mirada.) ¡Ah! quién pudiera hallarse en el umbral del mismo infierno y contemplar desde allí las torturas de los condenados, y oír sus gemidos!... ¡Ah! si pudiera verles... tal vez soportara entonces mi tormento. (Se acerca a Leonor.) ¡Aquí mi mujer asesinada! No, no es bastante... asesinada por mí, por mí, desalmado. ¿Y esto no conmueve al mismo infierno? Primero me encumbró a la cima de la dicha y me entretuvo en las mismas puertas del cielo, y luego... luego... ¡ah! si pudiera con mi aliento emponzoñar las almas... y luego... yo mismo mato a mi esposa. Mal digo; mayor fue su execrable astucia. Entonces se engañaron mis ojos (con expresión horrible) y maté a mi esposa. (Con espantosa carcajada.) ¡Qué obra maestra! (Los conjurados vivamente conmovidos, se apoyan en las armas: algunos enjugan sus lágrimas. Pausa. Fiesco, sin aliento y más sereno, pasea en torno la mirada.) ¡Alguien llora!... ¡Sí, vive Dios!... Los mismos matadores de un príncipe lloran. (Enternecido.) Decidme si por ventura lloráis la horrible traición de la muerte, o la caída de mi genio. (Acercándose a Leonor y en actitud conmovedora.) ¿Cómo, lo que derrite en llanto a estos asesinos de corazón de roca, sólo arranca maldiciones a la desesperación de Fiesco? (Cae junto a ella llorando.) Perdóname, Leonor; el arrepentimiento no irrita el cielo. (Con dolor y ternura.) Años hacía que saboreaba anticipada la ventura de este instante, en que iba a presentar a los genoveses su duquesa. Imaginaba ya el rubor de tu modestia, los latidos de tu seno henchido de orgullo, bajo la plateada gasa, y tu voz, tu voz conmovida, impotente para expresar tu arrobamiento. (Con viveza.) ¡Cómo resonaban en mis oídos las solemnes aclamaciones! ¡Cómo el triunfo de mi amada resplandecía sobre la envidia espirante! Llegó el momento, Leonor... tu Fiesco es dux de Génova, y el más miserable mendigo no querría trocar su suerte por mi corona y mi tormento. (Con emoción.) Su esposa comparte su dolor. ¿Con quién compartiré yo mi poderío? (Rompe a llorar e inclina el rostro sobre el cadáver de Leonor. Emoción general.)

CALCAGNO. -¡Era una mujer admirable!

ZIBO. -Ocultemos al pueblo esta siniestra ocurrencia. Flaquearan los nuestros y se envalentonarían los contrarios.

FIESCO. (Alzándose con firmeza.) Oídme, genoveses... La Providencia, comprendo su aviso, hirióme así para poner a prueba mi corazón en el instante de alcanzar el poder. ¡Arriesgada prueba!... Ahora no temo ya ni la desgracia, ni el desvanecimiento. Vamos; me decís que Génova me aguarda; quiero darle un príncipe como no vio otro alguno Europa entera... quiero honrar a esta desgraciada Princesa con tan fúnebre pompa, que la vida perderá sus adoradores y la muerte parecerá esplendente de hermosura como una desposada. (Se van con la bandera.)

Escena XIV

ANDRÉS DORIA. LOMELLINO.

ANDRÉS. -Por allí suenan las aclamaciones.

LOMELLINO. -El triunfo les embriaga. Abandonaron las puertas y todos se dirigen hacia la Signoria.

ANDRÉS. -Sólo mi sobrino abandonó su puesto; ha muerto... ¿oyes, Lomellino?

LOMELLINO. -¿Esperáis por ventura algo todavía, Dux?

ANDRÉS. (Con gravedad.) -Tiemblo por tu vida. ¡Mofarte así llamándome Dux, cuando ya nada debo esperar!

LOMELLINO. -Pensad, señor, que una nación sublevada pesa en la balanza de Fiesco. ¿Qué hay en la vuestra?

ANDRÉS. (Con majestad.) -¡El cielo!

LOMELLINO. (Encogiéndose de hombros, fisgando.) -Desde que se inventó la pólvora, los ángeles ya no pelean.

ANDRÉS. -¡Miserable bufón que intenta arrebatarle su Dios a un anciano desesperado! (En tono severo e imperioso.) Ve, y anúnciales que Andrés vive todavía... que les ruego no echen de su patria, a ochenta años, a quien los extranjeros no perdonarían la prosperidad de Génova; diles que Andrés pide a sus hijos el espacio de tierra bastante para cubrir sus huesos.

LOMELLINO. -Obedezco, mas nada espero de este paso. (Hace que se va.)

ANDRÉS. -Oye; llévate este mechón de pelo encanecido. Diles que era el último que quedaba en mi calva; se desprendió de ella la noche del 3 de enero, cuando separóse Génova de mi corazón. Que rayo en los ochenta, les dirás, y a ochenta años este mechón es harto flojo, pero asaz fuerte, sin embargo, para atar la púrpura del hermoso mancebo. (Se va tapándose el rostro.)

(Lomellino se precipita por otra calle. Suenan dentro gritos de júbilo y algazara, trompetas y timbales.)

Escena XV

VERRINA. FIESCO, con las insignias de dux; encontrándose.

FIESCO. -En buena ocasión llegas, Verrina; iba precisamente a buscarte.

VERRINA. -Y yo a ti.

FIESCO. -Dime, Verrina, si observas alguna mudanza en tu amigo.

VERRINA. -No la deseo.

FIESCO. -Pero ves alguna.

VERRINA. (Sin mirarle.) -Espero que no.

FIESCO. -¿Ninguna, vuelvo a preguntarte?

VERRINA. (Después de una rápida mirada.) -Ninguna.

FIESCO. -Pues bien, ya ves cómo es falso que el poder convierta a los hombres en tiranos. Desde que nos separamos, héteme nombrado dux de Génova, y me parece que Verrina (abrazándole) hallará mis abrazos tan ardientes como ayer.

VERRINA. -Siento que sólo pueda corresponder a ellos con frialdad. El cetro de tu poder cae como afilado puñal, entre el dux y yo. Juan Ludovico Fiesco imperaba en mi corazón, y pues conquistó ahora Génova, recobro lo que me pertenece.

FIESCO. -¡Dios me libre de ello!... ¡Exorbitante precio para un ducado!

VERRINA. (Con lúgubre acento.) -¡De tal manera ha pasado de moda la libertad, que arrojan las repúblicas en las manos del primer advenedizo, por un precio infame!

FIESCO. (Mordiéndose los labios.) -A nadie repitas tales palabras sino a Fiesco.

VERRINA. -¡Oh! claro está que es fuerza ser hombre escogido para oír la verdad sin apalearla. Sólo es lástima que el hábil jugador haya errado en un punto; contó con la envidia, verdad, mas por desgracia olvidó en su astucia a los patriotas. (Con intención.) Yo pregunto al opresor de la libertad, si halló medio también de poner freno a la virtud romana. ¡Lo juro, vive Dios! Antes hallarán mis huesos en el potro, que en el cementerio de un ducado.

FIESCO. (Asiéndole la mano con ternura.) -No será si el duque se llama tu hermano, y el poder es sólo un tesoro que destina a hacer el bien, como no pudo hasta aquí detenido por la necesidad. ¡Incluso, entonces, Verrina!...

VERRINA. -Incluso entonces. No sé que nunca los regalos del ladrón le hayan salvado de la horca. Semejante generosidad no seduce a Verrina. A un conciudadano puedo permitírsela, porque me es dado corresponder a ella, pero los presentes de un príncipe son gracias, y estas sólo quiero recibirlas de Dios.

FIESCO. (Con amargura.) Antes arrancaría la Italia al mar, que a ese testarudo sus convicciones.

VERRINA. -Y eso que tratándose de arrancar, no es lo que menos sepas, como se ve con esa República, ese cordero que arrancaste a Doria, el lobo, para devorarla después tú. En una palabra, dime brevemente, Dux, ¿qué crimen cometió el pobre diablo que colgasteis en la iglesia de los jesuitas?

FIESCO. -Esa canalla pegaba fuego a Génova.

VERRINA. -Pero al menos dejaba intactas las leyes.

FIESCO. -Verrina abusa de mi amistad.

VERRINA. -¡Lejos de mí la amistad!... Dígote que ya no te amo; te juro que te odio, te odio como la sierpe del paraíso que arrojó al mundo la primera traición, que aún mana sangre tras cinco mil años... Óyeme, Fiesco; no hablo como vasallo a su señor, ni como un amigo a otro, sino de hombre a hombre. Al mismo Dios de verdad ofendiste forzando la virtud a ayudarte en tu criminal empresa, empleando los patriotas de Génova a la prostitución de Génova. Si fuera tan necio, Fiesco, que no conociera la maula, ¡vive Dios que me arrancaría las tripas y me estrangulaba con ellas, arrojándote a la cara mi postrer aliento con los espumarajos de la convulsión!... Mucho pesará en la balanza del pecado esta regia infamia, pero tú te mofas del cielo y fías tu causa al tribunal de ese mundo. (Fiesco atónito y mudo, le mira fijamente.) No intentes responder; hemos concluido. (Después de haber medido la escena con los ojos.) Hay en las galeras del tirano de ayer, Dux de Génova, muchedumbre de pobres diablos que expían sus pasados delitos a fuerza de remos, y vierten al Océano tales lágrimas que el Océano, como un hombre rico, se desdeña de contar... Los buenos príncipes inauguran su reinado con la clemencia; ¿quieres resolverte a libertar a esos galeotes?

FIESCO. (Con intencionado acento.) -Sea este el primer acto de mi tiranía. Ve y anúnciales su libertad.

VERRINA. -Pero si te privas de su júbilo vas a hacer la obra a medias. Goza de ella; ve tu mismo en persona. Puesto que los poderosos presencian rara vez el mal que hacen, no veo que deban retirarse cuando hacen el bien. No tenía al Dux por tan superior que no pueda ver la satisfacción del último mendigo.

FIESCO. -Eres terrible, pero no sé qué me fuerza a seguirte. (Ambos se dirigen hacia el mar.)

VERRINA. (Se detiene; con dolor.) -Abrázame por última vez, Fiesco, Nadie hay aquí para ver a Verrina, llorando y enterneciéndose en brazos de un príncipe. (Le estrecha contra su corazón.) En verdad que nunca latieron juntos dos corazones más grandes, ni se amaron con tan ardiente y fraternal afección. (Llorando en brazos de Fiesco.) ¡Ah! ¡Fiesco, Fiesco!... ¡qué vacío dejas en mi alma!... vacío que no podrá llenar la misma raza humana, ni que fuera tres veces más numerosa de lo que es.

FIESCO. (Muy conmovido.) -Sé... mi amigo.

VERRINA. -Despójate de esa odiosa púrpura... y lo seré... El primer príncipe fue un asesino, y revistió la púrpura para cubrir la mancha de su crimen con este color de sangre... óyeme, Fiesco; soldado soy y no me sienta bien el llanto. ¡Fiesco!... Estas son mis primeras lágrimas... despójate de la púrpura.

FIESCO. -Calla.

VERRINA. (Con creciente vehemencia.) -Mira, Fiesco aunque me ofrecieran de un lado todas las coronas del mundo, y de otro todas las torturas, no hincaría la rodilla a ningún mortal. ¡Fiesco! (Se arrodilla.) Esta es la primera vez que hincó la rodilla... Despójate de la púrpura.

FIESCO. -Alza; no me irrites más.

VERRINA. (Resuelto.) -Me levanto: no te irritaré más. (Se dirige a una tabla que conduce a las galeras.) ¡El Príncipe primero! (Se adelanta por la tabla.)

FIESCO. -¿Por qué me tiras así de la capa? (Cae.)

VERRINA. (Soltando terrible carcajada.) -¡Pues!... Cuando cae la púrpura debe seguirle el Príncipe. (Le precipita en el mar.)

FIESCO. (En el agua.) -¡Socorro! ¡Génova! ¡socorro al Dux! (Desaparece.)

## Escena XVI

CALCAGNO, SACCO, ZIBO, ZENTURIONE, los CONJURADOS, el pueblo; todos acuden ansiosos.

CALCAGNO. -¡Fiesco!... ¡Fiesco! Ha vuelto Andrés; la mitad de Génova vuelve a unirse a él. ¿Dónde está Fiesco?

VERRINA. (Con firmeza.) -Ahogado.

ZENTURIONE. -¿Quién dice tal? ¡Será el infierno o un loco!

VERRINA. -Ha sido ahogado... si os parece mejor así. Voy al encuentro de Andrés.

(Estupefacción general. Cae el telón.)

---

**[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)**

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.

